

¡ÉPALE! CCS


Librería
DigitalCCS

Crónicas cotidianas

Prólogo de Earle Herrera



Marlon Zambrano ↔ Nathali Gómez ↔ Andrés Paravisini
↔ María Betania Chacín ↔ Francisco Aguana ↔ Rocío
Cazal ↔ Malú Rengifo ↔ Mercedes Chacín ↔ Gustavo
Mérida ↔ Pedro Delgado ↔ Jessica Dos Santos ↔
Reinaldo González ↔ María Eugenia Acero Colomine

PRÓLOGO Y PRESENTACIÓN

Caracas
secreta y desnuda

Earle Herrera

contenido

COMER EN EL CATEDRAL	6
EL FABRICANTE DE ESTRELLAS	7
TRES VIDAS LLENAS	9
EL MUNICIPAL SE DEFIENDE SOLO	12
UN VIERNES COMÚN	13
VIVIR EN EL CERRO	16
LAS SEMILLAS DEL MERCADO	19
GUAICAIPURO	
AUNQUE MAL PAGUEN... A VECES	23
UNA LAGUNA ENTRE BARES	27
Y CANTINAS	
LOS ÁRABES DE CATIA	30
HOTEL Y RESTAURANTE ÁVILA	32
QUE NOS LLAMEN	34
LAS BOMBÓN	
LLEGAR A LA CUMBRE	37
DE CARACAS	
EN EL VIENTRE DE EL SILENCIO	40
LA ESQUINA DE OTSIRC	43
PÁRATE EN NOMBRE DE LA LEY	44
EN MARÍN EMPEZÓ LA COSA	48
SOBRE RÍOS Y QUEBRADAS	51
LAS PRIMERAS 5 ESTRELLAS	54
LAS CAMPANADAS	57
MARZO EL PEOR MES	62
PELABOLAS ANCESTRALES	65
¿QUIÉN SERÁ?	66
MINI BIOGRAFÍAS	67

Caracas nunca te lo cuenta todo. Es un pacto secreto de las ciudades, grandes o pequeñas. Siempre se guardarán intimidades y pecados. Revelan unos, protegen otros. Una urbe sin sorpresas pierde el ángel. Como las vírgenes de tiempos primorosos, las ciudades disfrutan que las vayan descubriendo, desnudando. Se gozan los asombros ajenos. Los primeros habitantes de la metrópolis inventaron un oficio para que esta no se le pierda de vista: el de cronista. Pero por lo general, los cronistas terminan sufriendo de la vista.

Estudiar Caracas desde que un empalador de indios, Diego de Losada, clavó un estandarte en un peladero que luego llamaría Plaza Mayor, no te convierte en baquiano de su historia y sus historias. Pero el periplo vale la pena. Los cronistas de Indias nos asoman a su aurora. Los escribanos coloniales, a la ciudad empedrada de las buenas intenciones independentistas que nos llevaron al infierno de la guerra. Seguid el ejemplo que Caracas dio. Todo el siglo XIX nos lo cuentan con delicia los cronistas costumbristas. Después vino la nostalgia.

Un guía de excepción de prosa esplendente, Enrique Bernardo Núñez, nos llevó calle a calle por *La ciudad de los techos rojos*. Otro narrador de todos los quilates, Guillermo Meneses, nos leería al oído su *Libro de Caracas*. Don Alfredo Cortina, desde un título nostálgico, rememoraría *La ciudad que se nos fue*. Pero las ciudades no se van; pasan sus hombres y mujeres y otros y otras llegan: olas de

un mar vivo. Recorriendo los ventanales de Caracas, sus balaustres, arabescos, mamposterías, hierros y maderas, Aquiles Nazoa, el transeúnte sonreído, cuenta la historia del país y la ciudad, los gustos o el mal gusto, las costumbres y las cuitas, las serenatas y los amores. Si quiere saber más, entonces intérense en las páginas de su *Caracas física y espiritual* y dele los buenos días al Ávila, a nuestro Waraira Repano.

Yo acepté la invitación de todos esos señores y escuché los testimonios de los viejos taxistas que todavía llaman a Marcos Pérez Jiménez “mi General”, un militar constructor de las mayores obras civiles de la ciudad. En el afán modernizador, lo antecedió otro general, pero del siglo XIX, Antonio Guzmán Blanco, el Ilustre Americano. Este quiso convertir Caracas en una pequeña París. Pérez Jiménez prefirió Nueva York como modelo. “El guzmancismo es caraqueño”, llegó a decir Guillermo Meneses. Vamos, el perezjimenismo también lo es, si no que lo digan las torres del Centro Simón Bolívar, a una cuadra apenas de ese monumento guzmancista que es el Palacio Federal Legislativo, como para que los dos generales se miren por siempre frente a frente.

Pero con estos guías y estos testimonios yo no conozco Caracas. Y usted tampoco. Esto nos enamora de la ciudad, pero más nada. Y si alguien cree conocerla totalmente, le invito a dar un paseo con los cronistas que **Mercedes Chacín** reunió en torno a la revista *Épale*, del semanario *Ciudad*

Caracas. Son ellos herederos y relevo de los escritores que nombré líneas arriba. Aquellos nombres asustan, pero la juventud es atrevida y el verbo audaz. Y si la juventud pasa, no ocurre así con la intrepidez del periodismo. Por lo demás, Caracas es inagotable.

Acepte que **Andrés Paravisini** lo invite a comer en Catedral, un restaurant frente a la iglesia homónima, pero escondido, con un menú sin exceso de condimentos, aderezado en una crónica sin exceso de adjetivos, como corresponde cuando se procura la armonía entre fondo y forma. Antes de sentarse, el cronista lo llevará y lo sacará del laberinto que se ha de desandar para llegar hasta su mesa, previa cola de comensales. Siéntese. Disfrute el menú y disfrute esta crónica.

Después que haga la buena digestión, **Francisco Aguana Martínez** lo meterá en la máquina del tiempo -no otra cosa es la crónica- y lo llevará a los días inaugurales de la avenida Sucre (1922), a lo largo de la cual florecerán bares y putas casi silvestremente. Cada bar es una historia y cada chica una sombra. Hay categorías: bares, *dancings*, bares-burdeles, cabarés, botiquines y clubes sociales. No se avergüence por su visita, antes allí estuvieron bailarinas clásicas y cantantes del cine. Si se siente lúcido, el cronista lo llevará a otro extremo donde una crónica de las redadas policiales en el barrio, termina siendo una requisitoria de la brutal represión de varias décadas. Yo preferí correr menos riesgo, aunque riesgo al fin, y me quedé probando un menjurje del Médico Asesino.

Si le dije que Caracas nunca lo cuenta todo es porque, cuando le revela un secreto, está creándose otros. Y otros. Hace más de medio siglo el reportero Germán Carías escribió una serie de reportajes bajo el título:

“Habla La Charneca”. El periodista ya no vive, como el barrio que él descubrió entonces, tampoco existe. De allí la novedad de la crónica “Vivir en el barrio” de **Gustavo Mérida**. Con su calé, su trajín y su dejo de nostalgia. El narrador Ángel Gustavo Infante nos presentó a los pobladores del cerro en su libro de cuentos *Cerrícolas*. Los que nos presenta Mérida en el barrio “Los sin Techos” son otros, distintos en todo. Después subimos del cerro y sus cerrícolas a la montaña y sus montañistas, como decir, de la rumba a la paz, del trajín al remanso. Lo hacemos en una crónica que agita, cansa y jadea por los poros de sus letras. Así se narra.

Caminé con **Jessica Dos Santos** por los primeros puentes de Caracas, los viví y los disfruté. Es la magia de la crónica si la cronista conoce sus yerbas: transportarte, llevarte a lugares donde jamás has estado y hacerte decir, con o sin suspiro: “Yo estuve allí”. Cada puente es una y muchas historias: de amor y de muerte, de enamorados y espantos, de cintas inaugurales y suicidios. Atravesamos el más reciente de esos pasadizos sobre ríos o quebradas y entramos, también, a los primeros hoteles y nos pusimos a contar si ya tenían o no estrellas. Sin hoteles, las ciudades no se convierten en metrópolis, necesitan de ese aire mundano que no se lo dan las acogedoras pero tímidas posadas. La guía que es nuestra cronista nos cuenta la historia de cada uno, que es al mismo tiempo, un pedacito de la historia del país y la ciudad, con fechas, datos y curiosidades. En aquella Caracas, aunque todavía no existía eso de VIP, esos primeros hoteles albergaron gente importante de afuera y de adentro, unos ricos y otros más ricos, personajes famosos, y anónimos que se harían famosos, como el botón del Hotel Majestic que se llamó Aquiles Nazoa. Entre a esos hoteles, descúbralos, Jessica se lo va

a contar todo y usted se apropiará de otro poquito de Caracas.

Voy a caminar un poco más rápido porque si no, no nos alcanza el tiempo. Entro nada menos que a San Agustín, con su mitad en el centro de la ciudad, su parte baja, y la otra mitad en el cerro. No es uno sino muchos barrios. Con su afinque de Marín, su grupo Madera, su tumbao, su teatro Alameda donde dejaron su aroma Carlos Gardel y La Lupe y su orgullo de que fue allí donde nació la salsa y empezó la cosa. Todo este vértigo de rumba y cultura popular lo va a bailar usted en la crónica de **María Eugenia Acero Colomine**. Ella misma lo rescatará del jolgorio y lo llevará a recorrer la parroquia Catedral, la más pequeña del país pero centro de todos los poderes. Por allí nació el Libertador Simón Bolívar y por allí hay un cementerio donde reposan los restos de su joven esposa, María Teresa del Toro. Vivos, muertos y espantos pueblan su historia. Déjese llevar por la prosa de María Eugenia Acero y disfrute el ayer y hoy de la parroquia Catedral con campanadas.

Petare es otra cosa, otra ciudad. **Marlon Zambrano** le puede servir de baquiano si le acompaña a buscar a unos bombones sexodiversos que le ofrecieron una entrevista y lo metieron en una aventura de la que usted puede formar parte: bienvenido a Petare. De una asfixia rosa puede usted pasar a un agobio gris si comparte con el cronista que marzo es el peor mes de nuestra vida. No todo marzo, sino el de 2020, con la pandemia que descolocó y dislocó al mundo. Empezaba lo que se habría de llamar “la nueva normalidad” y Zambrano plasma en letras la ciudad que ignoraba lo que se le venía encima. Esta es una de las primeras crónicas de la cuarentena planetaria: la leemos, la vivimos y, aunque usted no lo crea, todos la escribimos desde adentro. El cronista es



nuestro médium. Lo que usted está leyendo, lo está viviendo. O sufriendo. Virtud de la crónica, pero no crea que el cronista está mejor.

Con **María Betania Chacín** sumérgase en los recovecos de Sabana Grande un día viernes. Terminará en una fiesta gay donde el baile y las máscaras no disfrazan una larga lucha política y social por los derechos de la sexodiversidad. No es un “mundo raro”, es el mundo, el de todos y todas. Pero nada de panfleto ni consignas que conviertan la crónica en proclama. María Betania Chacín baila con soltura narrativa en la fiesta. De allí y sin resaca, nos lleva al hipódromo La Rinconada y nos introduce en la pasión del juego de caballos, las apuestas, la ludopatía, la excitación y la esperanza. Nos cuenta la historia hípica del país, como manda la preceptiva periodística. Una vez metido en el alma de la crónica, a usted le provocará apostar a Trynicarol, la yegua campeonísima de clásicos que humilló a cuanto caballo le opusieron. No le juegue a placé. Trynicarol ganará, conducida sin gríngolas y sin fusta por la pluma de María Betania. ¡Ni Balsamino Moreira, pues!

Si el pez muere por la boca, sin el pez en la boca la ciudad pierde buena parte de su sabor. Una trucha a la alcaparra es un delicioso pretexto para una crónica gastronómica. **Mercedes Chacín** lo recibe carta en mano, en el restaurant Municipal, escondido detrás del teatro homónimo. La cronista conversa con el dueño y el mesonero del lugar, pero no es necesario, en materia de comida Mercedes se las sabe todas. Por eso, desde ese restaurant escondido en el propio centro de la ciudad, nos lleva a otro comedero escondido en el norte de Caracas, en el Hotel Ávila,

San Bernardino arriba, a la pata del Waraira Repano. Mercedes logra con soltura lo que se le pide a una buena crónica gastronómica: abrir el apetito. Y nos descubre dos lugares semi escondidos en una ciudad que no se le esconde a nadie, aunque nunca te lo cuenta todo, como bien lo saben todas las seductoras que en el mundo han sido. Y Caracas... se deja y sabe seducir, mucho antes de leer el *Manual del Levante*, de otro seducido por la ciudad, nuestro Pedro Chacín. Buen apetito y mejor lectura.

Dejamos a Mercedes peleando con su trucha en el Municipal y cruzamos media cuadra, donde nos espera **Nathali Gómez**. Sin más preámbulos, como dicen los presentadores que nunca hallan la forma de salir del preámbulo, la cronista nos lleva a pasear por las torres del Centro Simón Bolívar. ¡Qué de historias, qué de secretos, qué de épocas! En un tiempo, esas torres sucias y abandonadas, fueron imagen de postales de turistas exógenos y endógenos. Es que eran la imagen de Caracas. No les cuento más, que la cronista los lleve a tropezarse con caminantes distraídos de las Torres como Alfredo Sadel, Benny Moré, Daniel Santos o Barbarito Diez.

Pero no todo se ha perdido. Nathali, para compensarnos del carajazo de nostalgia hecha guiñapos que nos asestó el Centro Simón Bolívar, nos condujo a través de su prosa al Mercado de Guaicaipuro, donde el pasado todavía es amable y convive con el presente. O como diría un entusiasmado estudiante de sociología: con la postmodernidad. Recuerdo que cuando estos mercados, los mercaditos y abastos empezaron a sufrir la competencia desleal y neoliberal –valga la redundancia– de los faramalleros supermercados, nuestro Aníbal Na-

zoa escribió una crónica memorable titulada: “Vamos a gozar al supermercado”. Si la crónica de Nathali Gómez me recordó una de Aníbal Nazoa, no tengo que agregar nada más. Entren al mercado.

Salgo del barroco y multisápido mundo del mercado Guaicaipuro y me dejo caer por la esquina de Otsirc, la que todo caraqueño debe conocer aunque le suene raro su nombre. Es la esquina del Cristo al Revés y no es una herejía, sino un disgusto que se le convirtió en milagro a un zapatero. Para decirlo con el título de una obra teatral de Román Chalbaud, Caracas es el epítome y la síntesis de lo obsceno y lo sagrado (epítome para un lingüista, síntesis para un marxista del círculo de estudio). Es la Caracas a la que nos asoma **Reinaldo González** en su risueña crónica, como también lo pregonan sus esquinas. Por ejemplo, yo siempre me he preguntado por qué a la Asociación de Escritores la ubicaron en la esquina de Miseria. ¿Ironía o superrealismo?

De una esquina con reminiscencia religiosa -la del Cristo al Revés-, Reinaldo casi nos pone frente a los mercaderes del templo, bajo el título de “Los árabes de Catia”. Extraña crónica, pues si hablamos de árabes -y no hay un pueblo en Venezuela que no tenga una calle de estos *baisanos*- hemos de empezar con pequeños comercios de cortes, ropas y muebles. Pues, aquí no. Estos árabes empezaron vendiendo pinchos, hasta monopolizar el negocio con el arrogante nombre de “El Rey del Pincho”. El buen humor garantiza la digestión. Éntrele.

Por poco el imperialismo no se queda atascado en el sector Boqueroncito, Catia, en la carretera hacia El Junquito. La crónica de ese suceso



nos la entrega en texto breve **Pedro Delgado**. En un barrial del oeste caraqueño, allá por los años 60, se quedó “pegado” un flamante Cadillac, con un extraño personaje en su vientre de fino cuero. Al vecindario de ayer y de hoy le encanta ayudar, por lo que, casi de inmediato, un tumulto estaba luchando contra el barro y empujando la nave. Por fin, derrotado el lodo, el Cadillac retornó victorioso a la carretera, pero en sentido contrario. ¿Cuál es la gracia? Pues, como manda la literatura de suspense, al final el cronista nos revela que el misterioso pasajero era, nada más y nada menos, que Robert Kennedy, quien vino a Venezuela a supervisar el programa de su hermano, John F. Kennedy, denominado la “Alianza para el Progreso”. Esta crónica de Pedro Delgado vale por dos. Ah, el imperialismo no cayó.

La crónica que sigue tiene un inicio excitante. **Rocío Cazal** erotiza el verbo para hablarnos de un oficio mojado. Nos presenta a una mujer joven ante la que los clientes hacen cola para ser atendidos. Relata que en 15 minutos ella queda bien, a plenitud, satisfecha. De pronto, el lector se encuentra en un autolavado y entiende por qué el de la chica es un oficio mojado. Sus colegas, otros lavadores de carros de libre ejercicio, están en las calles, con un tobo y una estopa o un trapo. Detrás de ella y ellos, la historia sórdida de la marginalidad, la pobreza extrema y el rebusque, como vistos por un retrovisor humedecido.

Otro que también se rebusca prefiere andar de casa en casa, pero su oficio es más viejo, viene de la Caracas decimonónica y, para darle más caché, dicen que llegó de España. Es el amolador de cuchillos, una especie en extinción pero terca y dura. Ro-

cío los busca y los encuentra. Habla con algunas de sus clientas. Si la tradición lo envolvió en un halo de superstición, Aquiles Nazoa lo elevó en su Credo a mago “fabricador de estrellas”. Si el amolador todavía anda por allí, ello le permite a Rocío hacer crónica costumbrista en pleno siglo XXI. Magia del género, terquedad de la ciudad. Oficio de escribana.

El cronista es un ocioso, como el poeta, como el músico, como el vagamundo. Por eso te cuenta grandes historias o vainas que a nadie importan. Del cronista Aníbal Nazoa se preguntaba su colega, Kotepa Delgado, “cómo es posible que haya perdido tanto el tiempo en aprender cosas tan inútiles”. No quiere decir que sea inútil el empeño de **Malú Rengifo** en hurgar en los orígenes de nuestros pelabolas, desde Guaicaipuro para acá. Una crónica ancestral, antropológica y actual. Es la historia de lo que algunos llaman “hambres atrasadas”. Malú le da soporte histórico. Por los años 70 se hizo fuerte en la UCV el movimiento COPELBO (Comité de Peladores de Bolas), tan combativo como el Grupo Estadio, pero con muchos más militantes. Solo le faltaba una historia, pero Malú no andaba por allí. Sin embargo, gracias a ella, ahora conocemos sus antecedentes. La suya es una sabrosa crónica sobre el hambre. Una visión contextualizada de los pelabolas. Pudiera ser, si a ver vamos, la crónica existencial de casi todos los cronistas.

CONCLUSIÓN

La crónica no tiene conclusión. Es la gracia y el encanto del género. El lector pone el final, si quiere. O lo deja así. ¡Épale!, ¿qué espera? Caracas aguarda por usted y es impaciente. Se puso así desde el 19 de abril de 1810. La crónica y estos cronistas de guardia le abren sus puertas. Pase. █

CONSEJO EDITORIAL

Erika Fariás
María Isabella Godoy
Roberto Malaver
Gustavo Borges Revilla
Mercedes Chacín

COORDINACIÓN EDITORIAL

Mercedes Chacín

CUIDADO DE TEXTOS

Gustavo Mérida

PRODUCCIÓN

Andrea Quiñones Rubio

COORDINADOR DE FOTOGRAFÍA

Bernardo Suárez

COORDINADORA 2.0 (†)

Yanira Alborno

DISEÑO Y CONCEPTO GRÁFICO

Tatun Gois

COLABORAN EN ESTA EDICIÓN

Andrés Paravisini, Rocío Cazal, María Betania Chacín, Mercedes Chacín, Gustavo Mérida, Marlon Zambrano, Nathali Gómez, Reinaldo González, María Eugenia Acero Colomine, Jessica Dos Santos, Francisco Aguana, Malú Rengifo, Pedro Delgado

Fotografía de portada: Bernardo Suárez.

WEB Y REDES

Enyeli González

REDES

www.epaleccs.info Mepale.ciudadccs@gmail.com

[@epaleccs](https://twitter.com/epaleccs)

[@epaleccs](https://www.instagram.com/epaleccs)

[f Épale CCS](https://www.facebook.com/EpaleCCS)

Una publicación de:



Premio Nacional de Periodismo “Simón Bolívar”, 2014, 2015 y 2017.
Premio Municipal de Periodismo “Guillermo García Ponce”, 2014.
Premio de Periodismo Aníbal Nazoa, 2018



FOTOGRAFÍA AMBROSIO PLAZA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 6 EL 4 DE NOVIEMBRE DE 2012

COMER EN EL CATEDRAL

Andrés Paravisi

Seguimos aquí, en el centro de la galaxia de concreto caraqueña, donde se levanta, en un escondido pasaje del casco histórico de la ciudad capital, el restaurant Catedral. Asimismo, uno de los mejores secretos del funcionario público caraqueño se esconde en un pasillo oscuro detrás del escaparate de una tienda de ropa entre las esquinas de Torre y Madrices.

Llegado al punto descrito usted podrá reconocer la entrada al local por un desfile de maniqués de plástico. Al fondo, “caleta”, bajo un toldo amarillo se encuentra con Catedral, un lugar donde se puede comer sabroso sin pagar un alto costo. Vale acotar aquí que el menú, además de solidario, es sortario, dado que la disponibilidad y calidad de los platos varía según el día de

la semana; además, el día que fui, pedí y comí en diez minutos.

No hay servicio más rápido, que yo conozca, en todo el centro de Caracas. El menú, sobrio, muy poco condimentado, pero gustoso. Tiene mucho de sabor a fogón pero, como sabemos, la rapidez y la escala siempre van en detrimento de un mejor servicio. El menú tiene dos páginas donde se puede escoger entre la oferta tradicional y los platos del día.

El menú solidario cuesta cuarenta bolívares. Normalmente, la oferta del plato del día es parte del menú tradicional: atún al ajillo, pollo a la plancha, asado negro, costilla de res, chuleta de cochino, pescado frito, lengua o chivo al vino, un tradicional pabellón o una

sopa de res. Si es parte del menú del día, incluye jugo por el mismo precio. El día que fui esperé más por una mesa que el tiempo en el que me atendieron y sirvieron el plato. Austero, de aspecto un poco lúgubre, pero lo suficientemente limpio para no caer en contradicciones morales de tipo sanitario. No obstante, precauciones y advertencias, el mejor indicativo sobre el lugar lo da su clientela. Ese día, un miércoles a las doce y media del mediodía, había al menos siete policías almorzando. Aquí en Caracas, el efectivo policial es como el gandolero en la carretera, donde usted vea uno comiendo párese, porque si no come bien al menos descubre algo interesante.

El próximo es en un restaurant subiendo de Torre a Veroes, un vegetariano diagonal al Café Artesanos. Luego te doy más señas. ▀



FOTOGRAFÍAS ALEJANDRO CEGARRA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 6 EL 4 DE NOVIEMBRE DE 2012

EL FABRICANTE DE ESTRELLAS

Rocío CAZAL

Cuando llega ya todos saben de quién se trata. Siempre tiene que demostrar a su paso que está cerca y que viene de visita. Su sonido lo identifica, al igual que su grito acentuado, el cual retumbaba en cualquier casa, esquina o urbanización.

De ellos hay cuentos de pueblos y hasta urbanos y siempre han sido tan famosos que hasta Aquiles Nazoa les dedicó un extracto en su célebre “Credo”: “... Creo en el amolador que vive de fabricar estrellas de oro con su rueda maravillosa”. Claro, aunque en estos tiempos la tecnología improvisada sustituye la arandela que formaba parte de su indumentaria hace décadas atrás.

Ponerse una olla encima de la cabeza, un sartén, un libro, papel, monedero, billete o simplemente una moneda para evitar malos augurios o pedir el deseo más anhelado no quedó en el pasado. Unos recuerdan que eso ocurría con periodicidad hace unas cuantas décadas, otros mantienen la rutina que heredaron de sus ancestros y otros ni saben siquiera que se hacían esas cosas cada vez que pasaba el famoso amolador o afilador.

Rosa conoció a uno de estos que aún pasan por la parroquia San Juan. No es muy constante pues ha hecho esperar a más de un cliente al jurar por un puño de cruces que pasará un día específico y al final no lo hace, pero por sus cuen-

tos de camino se le perdona tal informalidad.

“Él dice que es el dueño del oeste: de Propatria, Casalta, Los Magallanes, Los Flores, Las Lomas, La Cortada y 23 de Enero hasta llegar a San Martín. Trabaja cuando quiere y cuenta que es amolador porque su padre y su abuelo también lo fueron. Ya es costumbre de familia. Y si le pides una rebaja te la da sin problemas”.

Idelfonso es su nombre, quien cuenta con un lenguaje pausado y particular. Sus anécdotas también son curiosas, pues manifiesta que en varias oportunidades, cuando suena su silbido o tonada, le llegan en la calle hombres

Pasa a la pág 8

Viene de la pág 7 

y mujeres a darle dinero. “Eso no pasa siempre, pero, por ejemplo, un día me dieron hasta 100 bolívares y el tipo me dijo que me estaba esperando porque la vez anterior que pasé, él hizo el rito de ponerse algo en la cabeza, pidió un deseo que quería muchísimo y se le cumplió... ¿Ves? Lo que hago es mágico ¡Hasta cumpló deseos, pues!”

El señor Fernando también ha escuchado al amolador. Ignoraba esas historias hasta que lo oyó de otro vecino: “Al tercer sonido te pones algo encima y eso te da buena suerte. Las muchachas de antes lo hacían porque si no se quedaban solteronas”.

CUENTOS POCO AFILADOS

Esos cuentos de cuchillos que nunca perderán el filo, sí, esos que venden en comerciales, en tiendas por departamentos o en folletos de marcas representativas resultan ser eso: cuentos. Muchos los compran con esa creencia ciega de que les servirá para toda la vida, pero el uso constante demuestra que no todo dura para siempre.

Carlos tenía uno de esos cuchillos superafilados que le vendieron con la promesa de que jamás volvería a comprar otros iguales. El vendedor no le mintió: no compró unos iguales sino mejores, pero con el tiempo tuvo que recurrir a la piedra como amoladora para todos sus implementos “inigualables”.

Los amoladores que quedan en Caracas van de casa en casa, no tocan la puerta, solo se dejan escuchar hasta que alguna ama o amo de casa les pide sus servicios.

Veinte bolívares es el monto mínimo para amolar una pieza, depende del tamaño y la sencillez, pero no solo afilan cuchillos, tijeras, navajas y cor-



tañas, también lo hacen con las hojillas de picatodo, de licuadoras, de ayudantes de cocina, hasta machetes, guillotinas y cortadoras de embutidos. Unos 120 bolívares puede ser lo máximo que cobren, pues también el fabricante de estrellas o hacedor de luces –como se hacen llamar–, puede esmerarse con su trabajo unos breves minutos o hasta incluso horas.

Son tan especiales en su trabajo y haciendo cumplir deseos que hasta la orquesta Billo's le dedicó una canción al amolador caraqueño. Los Ocho de Colombia también le dieron melodía con una salsita, y Rafael Salazar también escribió un tema para ellos, por supuesto, enaltecidos con la voz de Lilia Vera.

Ahora ya no pasan con sus ruedas mágicas. Una caja de madera embaldada con cables y discos son su indumentaria en diferentes tamaños y versiones. Haga la prueba de usar sus servicios para afilar utensilios cortantes, y no deje de pedir su deseo. Dicen por ahí que de que vuelan, vuelan.

DE LA FLAUTA DE CAÑA A LA ARMÓNICA DE PLÁSTICO

Son muy pocos los amoladores que se consiguen en Caracas y, por tanto, las amas y amos de casa han optado por contar con piedras o amoladoras automáticas que en los mercados a todos los precios.

Se dice que los amoladores comenzaron su oficio en el siglo XIX y su implemento era un carruaje que empujaban o manejaban cual bicicleta. Luego se invertía el vehículo y la rueda giraba una correa o polea que ponía en movimiento una piedra de esmeril, la cual afilaba todo implemento.

Usaban una flauta de pan de caña y ahora, los pocos que quedan utilizan silbato o armónicas de plástico.

La orquesta Billo's señala en su canción que el amolador llegó a Caracas sin saber si fue de España o Italia: “Cuántas cosas Caracas va perdiendo y en el tiempo van desapareciendo. El amolador, el amolador caraqueño”. ■





FOTOGRAFÍAS AMBROSIO PLAZA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 16 EL 03 DE FEBRERO DE 2013

TRES VIDAS LLENAS DE HISTORIAS MOJADAS

Rocío Cazal

Ella es la más buscada por ellos, sobre todo por los que tienen el mejor carro. No, no es la tipa explotada como piensan (ni en el físico y menos en el término capitalista), más bien es una flaca de textura fuerte, a quien le son suficientes 15 o 20 minutos para sentirse bien, satisfecha, en plenitud.

Sí, le gusta mojarse. Muy poco se le ve molesta cuando está en acción. Sus compañeros la chalequean siempre. Ella ríe, pero sabe que los agarrará “en la bajaíta”. No come cuentos de camino. Solo le basta con ganarse la vida a punta de darle duro con una esponja,

agua, champú y esa manguera que llaman hidrojet.

Su vida no ha sido fácil. Cuando niña le tocó lavar ropa y cocinarle a sus nueve hermanos, mientras sus padres buscaban el pan, allá, en Barranquilla. Eran muy pobres.

A los 17 le tocó agarrar calle y empezó a trabajar en casas de familia. Ya a los 18 años tenía un chamo y tres años después tuvo otro. La cosa se ponía más dura y por eso decidió embarcarse a otras tierras con sus dos chamos. Venezuela era ideal.

Acá Yarcilys Adames, mejor conocida como Yaris (quizá la tildaron así por la marca de carro), empezó a trabajar en otras casas pero, por falta de papeles, tuvo que mandar a los niños a su ciudad natal, junto a su madre.

Ella no se inmuta si de echarle pierna se trata a cualquier empleo, sea simple o forzado, por lo que aceptó trabajar en el autolavado Los Laureles, en Los Rosales, por recomendación de un primo. “¿Quién dijo miedo, si estoy acostumbrada a hacer trabajos de hombres desde pequeña? Una tiene que echar pa'lante, ¡más na’!”, cuenta Yaris. Ahí mismo se

Pasa a la pág 10

ESTUVO TRES AÑOS EN SITUACIÓN DE CALLE HASTA QUE UN DÍA AGARRÓ UN CONTRATO EN UNA CONSTRUCCIÓN. POR LA BORRACHERA CAYÓ DE UN ANDAMIO DESDE UN SEGUNDO PISO. SE VOLVIÓ A LASTIMAR LA RODILLA

Viene de la pág 9

acerca un compañero de trabajo y comenta: “Es verdad, pana, esa jeva es un tipo lavando carros”.

Son cuatro las chicas que laboran allí en medio de puro macho. Las otras solo se dedican a aspirar, secar y limpiar tableros. Yaris es la reina. De hecho, un chico le dice que es a ella a quien quiere para que su carro quede fino. Con sus botas color beis de hule, yin, franela roja-rojita y su cabello amarrado comenzó a ponerle cariño a la cosa.

Suena una changa dentro del vehículo. Ella empieza a echarle agua con la presión del hidrojet. Le da con todo a los rines, la carrocería, por debajo. Se mueve como un pez en el mar. Busca el desgrasante y con una esponja le da a todo el carro. Enjuaga. Es minuciosa. Busca otra manguera con champú. Lo baña completo y vuelve a darle caricias con una esponja. Manda al piloto que siga adelante. Él hace caso. Enjuaga de nuevo. Revisa si todo quedó bien. Busca un trapo, lo exprime y lo seca. Se vacila su trabajo. En 18 minutos todo está listo y Yorman, el conductor, le da 100 bolívares de propina (aparte de los 100 que le cobra el autolavado). “A otros les doy 20, 50 bolívares, depende; pero ella es la mejor. Se merece esa propina”.



Con 500 bolívares semanales que devenga allí, además de 250 a 350 que hace diariamente en propinas, Yaris, con sus 31 años encima, se defiende y le manda los cobres a sus hijos. Trabaja de miércoles a lunes y los martes se los dedica a las labores del hogar. “No hay tiempo pa’ descansar, si no, uno pierde”.

Enrique, a sus 40 años de edad, es todo un experto. Se mueve bien en los bajos fondos. Ya sabe cómo es la movida porque desde los 14 años está en la calle, no porque le faltara algo o porque tuviera malas juntas sino porque se declara un sinvergüenza.

Apenas llegas al lugar, él se levanta inmediatamente y te busca. Te pide qué es lo que necesitas, se pone a la orden: “Yo mismo soy”, te dice golpeándose el pecho con la mano derecha.

Le dio al verde y a la blanca y, por tratar de conseguirlos a costa de lo que sea, le dio también al hurto y otras veces al robo. Por ese motivo estuvo preso en Los Teques, La Planta, El Rodeo y Puente Ayala. Una experiencia nada agradable.

Cuando cogió calle de nuevo siguió en la indigencia hasta que hace 17 años llegó a la avenida Boyacá, a la altura del distribuidor La Castellana y, desde entonces, ahí está pendiente de dar lo mejor de sí para mojarse y ganarse unos realitos. Solo 15 ó 20 minutos le bastan con cada carro para ganarse el día en plena vía rápida.

“Siempre fui rebelde, más bien demasiada confianza me dieron y yo me agarraba el brazo completo. Mi mamá nunca me dio la espalda. A veces la visito y me dice que me quede, que su casa es mi casa, pero no puedo, ¿tú me entiendes? Es que soy adicto, aunque ahora, gracias a Dios, solo le doy al monte. Quiero tratar de fluir yo mismo”.

Diariamente se para en su ranchito (o “bugui” como le dice) que construyó cerca de la Cota Mil, en el Waraira Repano, y desde las 10 de la mañana hasta que se oculta el sol está con tobito en mano, pañito, jabón y el chorrito de ese manantial que baja del cerro. “¡Esa agua se está perdiendo, loco, hay que darle utilidad!”, comenta Enrique.



Pasa a la pág 11

Viene de la pág 10 

Un mal día lava dos carros, pero uno bueno puede llegar a cuatro y hasta a diez. Cuarenta bolívares es lo que cobra, pero si el cliente es fijo y le dice que está pelando, igual le hace “el servicio” por 20. Con eso le basta para comerse algo que cocina con leña y le sobra para “arrebatarese”, aunque también le llama a eso el hecho de “sobrevivir”.

De repente un carro pasa por el distribuidor a 80 kilómetros por hora. Casi le da a otro. Frena y da tres vueltas en sí. Queda viendo en sentido contrario. No pasó nada, ni un rasguño. Se hace una cola de vehículos por el incidente. “Vete, chamo -le dice Enrique-, te van a querer joder los pacos. Anda, ¡dale!”.

Normalmente esas situaciones no ocurren allí, cuenta Enrique, aunque dos semanas atrás una camioneta se montó justo en el lugar donde hacíamos la entrevista.

Llegó otro carro, esta vez para ser lavado. Hay que trabajar. El tobo, el trapo y las ganas de tener “aunque sea” una pequeña ganancia le son suficiente. Con una sonrisa dice que espera un buen empleo con beneficios, una casa y una buena mujer para compartir el resto de su vida, así sea mojándose.

José Ruperto Plaza también se las vio duras. Era albañil y soldador. Ahora diariamente se moja a gusto con mangueras, tobos de agua, cepillos, esponjas y dele.

Siempre tuvo gusto por el alcohol, pero sus problemas no comenzaron allí: El 27 de febrero de 1989, cuando se dio El Caracazo, las manifestaciones se desplegaron hacia otras entidades y al explotar en Los Guayos, allá en Valencia, el Ejército tomó las calles y una bala le dio en la rodilla de José Ruperto.



Hace siete años este personaje de 50 años de edad enviudó y se tiró al abandono. Tocó fondo, como él dice, porque ya no le hacía efecto el aguardiente como quería y le empezó a dar a una droga procesada.

Estuvo tres años en situación de calle hasta que un día agarró un contrato en una construcción. Por la borrachera cayó de un andamio desde un segundo piso. Se volvió a lastimar la rodilla. Le diagnosticaron gonartrosis severa y daño en uno de los meniscos. ¿La solución? En un hospital caraqueño le dijeron que debían amputarle la pierna. “¡Nada de eso! ¡Qué va!”, pensó y se retiró del lugar.

Fue entonces cuando buscó ayuda: acudió a la Vicepresidencia y de ahí lo enviaron al Núcleo Endógeno Simón Bolívar, en Coche. Allí lleva 11 meses, se recuperó y espera ser operado a través del Convenio Cuba-Venezuela.

Allí viven de la autogestión a través del autolavado solidario Simón Bolí-

var, donde atender un carro vale 55 y una camioneta 65. Lavan unos 120 carros al día y con la ganancia cocinan, lavan y demás. Aquí no hay presión, pero sí mangueras y tobos.

José Ruperto habla de su vida mientras lava las alfombras de unos cuatro vehículos. Restriega bien cada una de ellas. Lleva una sonrisa de esperanza. Se da abasto con 10-20 bolívares de propina que le da cada usuario y comparte sus frutos con algunos de sus 60 compañeros que allí pernoctan y tratan de recuperarse del consumo de drogas.

A sus años ya no piensa volver a casa. Apenas sea operado en Cuba volverá al núcleo porque piensa que si de 100 personas 80 se recuperan, su ayuda puede representar un grano de arena. Además, espera conformar un colectivo de siembra en esta urbe.

Así, Yaris, Enrique y José Ruperto se ganan la vida mojándose. Con poco o mucho, resolver es lo que queda. ▀





FOTOGRAFÍA AMBROSIO PLAZA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 64 EL 26 DE ENERO DE 2014

EL MUNICIPAL SE DEFIENDE SOLO

Mercedes Chacón

Manuel Álvarez salió de Galicia, España, en 1962 y en 1974 montó el restaurante El Municipal. Detrás del Teatro Municipal, en pleno centro de Caracas, puede comerse una trucha a la alcaparra, con la que me pasó lo que siempre me pasa con los peces de agua dulce: creo que encontraré un pescado desabrido y siempre me quedo corta con lo rico que sabe al paladar. Los pescadores de agua salada han extendido la máxima según la cual “los peces de mar tiene mejor gusto”. La truchita tenía buen tamaño, buen sabor y la salsita de alcaparra me devolvió a la reciente época navideña.

La decoración de El Municipal es típica de las tascas y restaurantes españoles de Caracas. Madera, vidrios, espejos, divisiones también con madera, amplia barra donde siempre veo comer a hombres solitarios, de espalda al mundo y de frente a la barra.

A las fotos de ciudades españolas, también usuales, se les suma una buena muestra de armería traída de la región

de Toledo, España, en barco, en una maleta, según nos contó Mario.

A diferencia de otros restaurantes de estos lados del centro, más allá de La Candelaria, tienen una carta de vinos que el año pasado tenía unos precios bastantes justos pero que ya no aguantan el escrutinio de ningún bolsillo.

¿Las especialidades de la casa? Cocido gallego los miércoles, ese plato que es muy feo a la vista pero que dicen que es muy bueno (les confieso que dudo en probarlo), y lechón al horno los jueves.

También tienen peces de mar, además de las truchitas. Mero, carite, curvina y pargo son asiduos en su carta. Al ajillo, frito, a la plancha, al gusto, como se dice, son pescaditos que bien merecen una pasadita por allá si gusta de las “delicias del mar”.

De la atención extrañamos a Mario, que todo el año pasado supo qué recomendar, qué decir, qué comentario hacer, qué mesa es mejor para ver un juego de fútbol

(un día casi nos obligó a ver un juego que presumo que le interesaba a él), pero que ya no se cuenta entre los mesoneros del restaurante El Municipal. No es fácil encontrar un lugar donde la atención sea, más allá de un trabajo, eso que llaman vocación. Los cafés negros “envenenados” formaban parte de esa “vocación” de Mario. Se fue porque estaba “cansado”. Y le creemos.

Ese día comimos cuatro pichones y una pichona y dos pidieron un mero poché que es sencillamente un sancocho de mero, generoso en porciones, del que comieron tres que quedaron con el corazón contento.

El Municipal abre de lunes a domingo y tiene, también, entre sus especialidades la paella, el fideuá y el asopado. Cuenta con una clientela afianzada, son casi 40 años de experiencia. El restaurante se defiende solo. Resumen: buena comida, buena atención y precios poco amables con los bolsillos. ▀



FOTOGRAFÍAS JESÚS CASTILLO

PUBLICADO EN ÉPALE N°31 EL 26 DE MAYO DE 2013

UN VIERNES COMÚN

ERA UN VIERNES TAN COMÚN QUE ERA VIERNES 17 DE MAYO, EL DÍA MUNDIAL PARA CONMEMORAR EL MALTRATO A LAS PERSONAS HOMOSEXUALES Y TRANSEXUALES, ACTO QUE DEBE —O DEBERÍA— RESPETARSE LOS OTROS 364 DÍAS DEL AÑO.

María Betania Chacón

Era un viernes normalito en el que todos los zombis salen a su sitio de encuentro. Un típico bulvar de Sabana Grande atiborrado de gente con ganas de consumirlo todo. Un clásico Callejón de la Puñalada —llamado así por un evento truculento que alguna vez allí ocurrió— con su peculiar olor a cerveza, nicotina, orina e incienso; su sórdido desfile de disfraces hechos de bitumen con rostros medievales pidiendo por misericordia dos bolívares; muchas miradas descifrables y una molesta luz violeta de fondo formada por los incandescentes rayos rojos y azules de alguna patrulla estacionada en la avenida. Era un viernes común en una ciudad común, pues: dos jipis/punketos/cirqueros discutían con unos pacos en el Metro porque los descubrieron en un vagón haciendo un truco a cambio de dinero, “sendo” crimen; un evangélico predicando cerca de un tes-

tigo de Jehová que repartía *Atalaya* y un borracho que expresaba su opinión sobre Dios: “Me dejó morir”. Nada de qué asombrarse.

Era un viernes común. En Chacaíto, Sabana Grande, Plaza Venezuela, La Hoyada, Capitolio, La Candelaria, Nuevo Circo, Bellas Artes. Era un viernes tan común que era viernes 17 de mayo, el día mundial para conmemorar el maltrato a las personas homosexuales y transexuales, acto que debe —o debería— respetarse los otros 364 días restantes del año. Ese mismo día, pero del año 1990 —un poco tarde—, la Organización Mundial de la Salud decide suprimir definitivamente a la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales y con esto pone fin a casi un siglo de discriminación y homofobia. Sí, casi un siglo, porque, aunque suene paradójico, la gente de

Pasa a la pág 14

Viene de la pág 13

antes tenía más tintes de androginia que ahora. El 17 de mayo no es tan colorido como el 28 de junio, otro día homosexual en nuestro calendario: celebración del Orgullo Gay. Este último día tiene su origen en el año 1969 en el barrio Greenwich Village de Nueva York, Estados Unidos, cuando una horda de homosexuales, defendiendo sus derechos, se enfrentaron contra aproximadamente 400 policías por ser maltratados con frecuencia, hechos ocurridos en un bar llamado Stonewall Inn. En esa “coñamentazón” apareció por primera vez el lema Gay Power (Poder Gay), del cual muchos cantantes famosos, como Elton John o Freddie Mercury, se adueñaron luego. Se decía por ahí que entre ellos estaba Aldemaro Romero, pero él lo negó hasta la muerte, o al menos en la entrevista malandra que le hizo el periodista Nelson Hippolyte.

Un común viernes por la noche: dinero en el bolsillo, camisa blanca de mangas largas, bufanda de colores verde, amarillo y rojo —a pesar del calor—; pantalón azul/negro y con los ruedos doblados hasta las rodillas; zapatos de marinero; una caja de cigarrillos enterita; la gomina bien fijada sobre un naufragio de cabellos; cejas excesivamente perfiladas, casi formando una “V” entre los ojos; un aroma a polvo de maquillaje para la cara mezclado con agua de colonia para hombres; una pandilla de amigos esperando en algún bar y una sensación certera de que al acabar la noche también se “acababan algunos trapos”. Eran de fácil intuición tales características y situaciones al ver a Miguel por tan solo unos segundos: le brillaban los ojos de saber que iría a una fiesta donde su comportamiento era más que “normal”. Miguel y sus amigos estaban más que listos para asistir a “La fiesta más marica y más política de Caracas”.

“Descíframe o te devoro”, era el nombre de la fiesta que se celebraría en el Nuevo Nuevo Circo a partir de las 8



de la noche gracias a la organización de la Alianza Sexo-Género- Diversa Revolucionaria (ASGDRE). El volante —¡un volante!— decía: “electrónica tropical y videos calientes a cargo de VJ Madame”. Miguel y sus amigos creyeron que la frase de la esfinge tebana era algo que había inventado “una

marica muy marica”. Lo cierto es que, para resumir, “Descíframe o te devoro” eran las palabras que el horrible animal mitológico —con rostro de mujer, cuerpo de león y alas de ave— decía a las personas antes de dictarles el acertijo. La malvada esfinge fue enviada a Tebas para aterrorizar y, cuando aprendió de



Pasa a la pág 15

ESTA FIESTA TAMBIÉN
ES POLÍTICA,
PORQUE DEBEMOS
REFORZAR NUESTRAS
CONSIGNAS PARA
LUCHAR CONTRA LA
IMAGEN HEGEMÓNICA
CON LA QUE NOS
FICHAN, DONDE
PRECISAMENTE SURGE
LA DISCRIMINACIÓN

Viene de la pág 14

las musas el arte de formular adivinanzas, encontró una forma más entretenida para dar muerte a las personas. “¿Qué ser provisto de voz es de cuatro patas, de dos y de tres?” Así cantaba la esfinge, según Sófocles, para retar a los tebanos, hasta que Edipo, el hijo perdido de Layo y Yocasta, reyes de Tebas, dio con la respuesta y el inicu animal, al verse burlado, se suicidó. Pero ya va, el cuento del nombre de la fiesta más marica de Caracas no termina allí, es más rebuscado aún: el “Manifiesto antropófago” del poeta brasileño Oswald de Andrade, en el cual se habla de la antropofagia (canibalismo), metafóricamente, a través de muchas referencias culturales y humor negro, para replantear el sendero cultural que seguía Brasil durante la poscolonización europea. El “canibalismo” era lo que permitiría a tal sociedad parar la imposición cultural. “Quien no sea capaz de interpretar otras formas de relaciones eróticoafectivas, identidades y expresiones de género permanecerá copiando modelos extranjeros, económicos y culturales que lo moldearán”, así mismo lo dijo la Alianza Sexo-Género- Diversa Revolucionaria.

“Imagínate tú, todo el mensaje oculto que hay detrás del nombrecito. Yo que



pensaba que había sido una maricura”. Miguel estaba equivocado, aquí hay investigación y, además de ser una fiesta marica, también es política y revolucionaria. Si no pregúntenle a Rummie Quintero, directora general de Divas de Venezuela, animadora de la fiesta, una excelente comediente y una increíble bailadora de salsa. “En nuestra organización incorporamos a las personas sexo-género-diversas y sexo-género-disidentes en todas las áreas sociales, desde lo laboral hasta lo político, para lograr una mayor inclusión para todas y todos. Esta fiesta también es política, porque debemos reforzar nuestras consignas para luchar contra la imagen hegemónica con la que nos fichan, donde precisamente surge la discriminación”. Y así, sin más, se la llevaron por la fuerza, literalmente, hacia la pista de baile. Era una fiesta normal en un viernes normal: la gente estaba feliz, tranquila, relajada, sin tratar de aparentar ni esconder absolutamente nada; las bebidas, la comida y el *merchandise* a precios solidarios.

Mucho amor en el ambiente, hombres y mujeres, hombres y mujeres, mujeres y mujeres y muchas divas. Una diva muy llamativa, casi inmóvil de su sitio, pero moviendo los pies por debajo de la mesa era Milagros Lima, quien se dio cuenta de que *Épale CCS* estaba en la fiesta y con su voz ronca, añejada y un poco difusa —culpa de la cerveza—, declaró que “los legisladores hacen buenas leyes, las leyes son perfectas, pero no se cumplen, la gente no le hace caso a las leyes, hay mucha indisciplina”. Y se fue a echar un pie.

Mientras tanto Miguel gozaba un puyero: bailaba salsa, reía, brincaba, hablaba sobre los derechos de los homosexuales, daba consejos de moda, daba consejos de convivencia y relaciones laborales —Miguel es trabajador social de la UCV—, se tomaba una, dos, tres, cuatro, cinco cervezas, animaba al DJ, le lanzaba besos a los integrantes de la banda Son de Alta hasta que lo perdí de vista, por lo que fue fácil intuir que la fiesta se puso buena. ■





FOTOGRAFÍAS JONATHAN MENDOZA

PUBLICADO EN ÉPALE N°89 EL 20 DE JULIO DE 2014

VIVIR EN EL CERRO

Gustavo Mérida

No hay luz. Es febrero de 1989 y desde el cerro, en La Bandera, Juan enciende una linterna. Se asoma por la ventana, una ventana de esas que se abren bajando una palanca y que, en lugar de vidrios, tienen metal. La linterna apunta a los callejones, a otras casas y se diluye en la avenida Nueva Granada. Se oye la ráfaga de un FAL. Un par de proyectiles atraviesan la ventana. Juan apaga la linterna, se tira al suelo y se sorprende de estar vivo. Ya no se vuelve a asomar.

Los cerros están unidos desde más allá de las paredes sin frisar hasta más acá del proyecto tricolor, desde más allá de El Valle hasta más acá de La Bandera. En El Cementerio, te puedes perder en Los Alpes.

En 1° de Mayo el hilillo de agua putrefacta y verde bajaba sin prisa y sin pausa. Era mediados de 1977. Ya los cubanos tenían rato ayudando a los angoleños a dejar de ser colonia y Oscar Torres, de Los Sin Techo, el barrio de al lado, tenía seis meses de edad. Juan no lo conoció personalmente pero sí a su familia, conformada por algunos albañiles y un maestro de obras con quien competía para beberse más rápido las cervezas.

Alguna vez, desde la ventana, otra ventana en el cerro, cerca de la medianoche y acabando de entrar, sudado, Juan se animaba a despegar el cable y le daba vueltas al bombillo como un vaquero de los Estados Unidos cuando va a enlazar. En realidad lo hacía desde

la cornisa, pero no sabía que se llamaba así. Desde la avenida Roosevelt su novia respondía apagando y prendiendo el bombillo de su balcón.

Esas señales eran puro romanticismo entre la clase media y la otra clase. Y Juan olió pega en otro cerro de El Cementerio, y un perro casi le muerde las nalgas, y desde las cornisas (que es lo que sobra en los cerros) vio la ciudad allá abajo, a través de amaneceres, oyendo rock and roll y a Alí Primera con su pana del liceo, Binder, quien tenía las orejas como murciélago y el pelo impermeable.

En su casa comían —o asaltaban la nevera—; era un atraco de caraota con espagueti y huevo frito, todo re-

Pasa a la pág 17

"SUBIR EL CERRO A PIE TIENE UN RITMO VARIABLE DE TRASNOCHO, DE CANSANCIO, DE ESPERANZA, DE ENAMORAMIENTO, DE FAMILIA. DE DESEOS DE NO SUBIRLO, DE MIRAR LA TELEVISIÓN O MASTURBARSE EN SILENCIO"

Viene de la pág 16

vuelto. Pan con sabor a cucaracha que no sabe tan mal cuando tienes hambre. Comer directo de la olla o la sartén te ahorra fregar o que te formen un peo por no hacerlo. La abuela de Binder les permitía, solidaria, ciertas conductas porque, desde entonces, las abuelas preferían que uno se quedara en su casa y no anduviese realengo. En el cerro siempre, siempre, donde come uno comen dos, donde comen dos, tres, y así sucesivamente. Cuando, después de la tercera cerveza, tienes que orinar, meas justo en el desagüe, porque así no se arreacha la gente que pasa por ahí.

Bañarse con tobito, quitarse el jabón azul (que también sirve para el pelo), comprar la bombona de gas y volver a llenar los tobos de madrugada. Comprar la bombona de anís.

Cargar agua es un ritual. Equivale a ir a un museo a meditar. Piensas mientras ves el chorrillo, doblas la manguera y te mudas para el otro tobo; te hueles los dedos y todavía te huelen a esa totona especial que huele igual pero diferente.



Los domingos le compras empanadas a la señora Petra, que las hace bien sabrosas y con la masa finita. Te las llevan hasta tu casa sus hijos, que andan con los platos por el cerro dejándolas y luego pasan buscando el plato y la plata.

En diciembre comes en cuanta casa te invitan y comes que jode porque a nadie le gusta que no coman lo que ofrecen. La pobreza se diluye entre tanta hallaca y pan de jamón.

También atracaron a Juan: le quitaron una vez cincuenta céntimos, que era todo lo que tenía justo antes de subir las escaleras que casi terminaban en el cielo. Y Juan se creía poeta:

"La vida sin luz, sin madrugadas, sin pensar la poesía inscrita en los anaqueles, la juvenil esperanza de alguna circunstancia y cogerte a tu mujer por el culo o meterle el dedo en el culo y cogerla por delante y por detrás. Desde el cerro se mira a Petare, desde Petare en la tarde se mira basura y más

basura mientras compras el pan. Para la iglesia un monaguillo es la alimaña necesaria. En el cerro tomas de pico la poca agua de la nevera y te arrecuestras, y te agachas y te arrebatas agachao. Y no todos lo hacen".

Subir el cerro a pie tiene un ritmo variable de trasnocho, de cansancio, de esperanza, de enamoramiento, de familia. De deseos de no subirlo, de mirar la televisión o masturbarse en silencio. Una vez arriba, en la seguridad del callejón, tu callejón, o de la esquina (porque también hay casi tantas esquinas como cornisas), te vacilas la existencia. La gente se conoce. Se saluda con la consabida, y masculina, elevación del mentón y se inventan excusas para comprar en la casa, que también es abasto, donde no te fian nada porque te la pasas rondando ya que allí vive esa muchacha tan bonita.

Cuando llueve baja toda la basura, colchones y se hace un río que se atraviesa. Y si llueve muy fuerte hasta baja un cuerpo muerto que se llama, también, "peluche".



Pasa a la pág 18

Viene de la pág 17 

Antes que amanezca baja la gente, recién bañada y enratonada, ellas con el pelo mojado, negro y sabroso. Los yises suben vacíos a esta hora y se forman enormes colas de gente que madruga, quienes, según, son puros flojos. Flojos porque son explotados y quieren huir a las cinco de la tarde. Flojos y ladrones porque nos rebuscamos. Reivindicamos la explotación y por eso me tumbo las pinturas, las resmas, las propinas, ¿o no? Porque cuando le dieron el destornillador de pala y le dijeron: “Trae cuatro tazas”, él fue y se paró frente al carro, puso el destornillador y casi saca la primera, pero no se atrevió. Esa orden de iniciación no se la dieron en el cerro. Se truncó el apoderarse de lo ajeno como forma de conseguir billete. Pero hay que revisar qué es lo verdaderamente ajeno, porque al maldito que cobra comisión por venderte un carro de venezuelaproductivaautomotriz. mppi.gob.ve no le pertenece, realmente, ese dinero. Porque no es un rebusque. O el otro maldito hijo de puta que consigue dólares a menos de diez, escribiendo cualquier documento y cargándolo en un maletín, para luego venderlos a más de 70. A ese provoca pegarle un quieto.

Y hablando de pegar quietos, aprovecho esta perorata sin fe de erratas para escribirle un mensaje al hampa. El hampa lee la prensa, hojea revistas, va al cine, sale con la jeva. Alguna vez Richard Peñalver dijo que “el hampa está con Chávez”. Cada quien elige cómo ganarse la vida. Si lo tuyo es ir



pendiente de tal, bueno, es tu peo. Hay una vaina que se llama chavismo que te invita, de pana y todo, a otra cosa. Pero si decides seguir, he aquí lo revolucionario: el cachazo. Duro. Contundente. No quites una vida por una mariquera. No siempre es fácil entender que “quieto es quieto”. Por nerviosismo, porque le costó que jode ganárselo o por lo que sea, es posible que la reacción —de alguien que a lo mejor está pelando más

bola que tú—no sea quedarse quieto. Si sucede, no tienes que disparar. Le dices que no te vea y le clavas un cachazo duro, durísimo, en la cabeza. O dos, o tres. Se la rompes pa'l coño. Y el tipo se va con el güiro roto pero se lo puede contar a su mujer y abrazar a sus hijos en la noche. No le quites esa vaina. No seas tan coño 'e tu madre.

Ahora hay mototaxis. 



FOTOGRAFÍAS NATHALIE SAYAGO

PUBLICADO EN ÉPALE N° 101 EL 19 DE OCTUBRE DE 2014

LA SEMILLA DEL MERCADO GUAICAIPURO

*ESTE LUGAR,
INAUGURADO EN 1953,
Y DECLARADO BIEN
DE INTERÉS CULTURAL
EN 2009, TRASCIENDE
SU FUNCIONALIDAD
COMO CENTRO
DE ACOPIO Y SE
TRANSFORMA EN
UN MICROCOSMOS
DONDE LA
CAMARADERÍA ES
MONEDA COMÚN*

Nathali Gómez

La fachada principal del Mercado Guaicaipuro, en la parroquia El Recreo, pareciera tener un trío de ojos semi-cerrados que observan a quien entra. El frente de este mercado municipal caraqueño, inaugurado en 1953, tiene una estructura de tres semiarcos unidos; dicha estructura guarda más parecido con el Salón de la Justicia, sede de los Súper Amigos, personajes de dibujos animados, que con el cacique Guaicaipuro, un guerrero real por el que corría sangre libertaria.

El mercado se inauguró en tiempos de dictadura, cuando los “superamigos gringos” se llevaban la gran parte de las ganancias petroleras de Venezuela. Por eso, en un acto desesperado de reivindicación póstuma al cacique caribe, habría que llamar a ese trío de cúpulas con los

nombres de las Tres Potencias: Guaicaipuro, María Lionza y Negro Primero.

Quienes trabajan allí saben que la zona superior se denomina Mercado Periférico, mientras que la inferior es conocida como el Mercado Libre. Hay unos 900 puestos y dos bancos. Además, un estacionamiento en la parte frontal y una salida, bastante tenebrosa, sucia y descuidada, por un lateral.

En el Periférico hay una coreografía de pasos bien ensayados entre vendedores, compradores y caleteros. Nadie se tropieza ni impide la danza del otro. En las primeras visitas los ojos no saben dónde posarse y los pies son torpes. A la izquierda de la entrada, en esta réplica animada del Jardín de las Delicias, una fila de personas dispuestas de cualquier

AL TOMAR LOS
VEGETALES, PARECIERA
QUE AÚN ESTUVIERAN
ABRAZADOS A LA MATA.
CUESTA CREER QUE
FUERON SEPARADOS
DE UN SUELO FUNDIDO
DE LLUVIA, SEQUÍA,
MONTAÑA Y SUDOR

Viene de la pág 19

forma atacan a dentelladas a sus empanadas, con el ardor que da el hambre y con el placer anestésico que proporcionan las frituras.

Una seguidilla de licuadoras lanzan su rugido monótono mientras que un arcoíris de frutas naturales, atrapadas en sus envases de vidrio, se estremecen ruidosamente y dan pataletas para escaparse de la tortura de las cuchillas. Y lo logran. Al final salen transformadas en jugos que, con un salto acrobático, llegan a los vasos que sostienen manos ansiosas.

En el centro de este nivel, las verduras y legumbres están enrejadas. A través de las rendijas salen brazos de cebollín y frondosas cabelleras de apio española, como pidiendo su libertad. El dependiente va pesando cada uno de los paquetes. Da igual si son papas, ñames, remolachas o pimentones; todos saltan del encierro a la bolsa de plástico.

Todo está identificado en este lugar donde predomina el color ocre, que simboliza el origen de todo lo que se mueve por este mercado: la semilla. En el resto de los locales hay un desorden bien distribuido. Los quesos frescos se



apretujan con trozos de carne de res, con la nostalgia de un pasado común o como una última ironía. Más allá surge la confusión de nacionalidades: aceite de oliva español, aceitunas peruanas, pasta italiana, mermelada francesa, envases de plástico chinos. Un paraíso de la importación, para bien o para mal.

El nivel inferior de este Bien de Interés Cultural desde 2009 guarda el tesoro del mercado, que no es fácil de conseguir. Tras caminar por pasillos custodiados por maniqués sin cabeza, pero muy bien ataviados, y de telas con colores calurosos como una tarde en el Caribe, está el corazón de Guaicaipuro.

Filas de calabacines de un verde mejor que la esperanza, berenjenas que cada noche pule un duendecillo y lechugas que desafían al tiempo deslumbran al caminante que, con las pupilas dilatadas, piensa que solo tocándolas sabrá si son reales. El color anuncia la vida.

Aunque los vendedores conocen el tesoro que tienen en sus cajones, lo comparten. Hablan con amabilidad sobre las propiedades de los alimentos, sonríen como cambures maduros y están dispuestos a dar la ñapa, sin siquiera habérsela pedido.

Al tomar los vegetales, pareciera que aún estuvieran abrazados a la mata. Cuesta creer que fueron separados de un suelo fundido de lluvia, sequía, montaña y sudor. La frescura lentamente contagia al espíritu que se siente hermanado a la tierra y a la semilla. Lejos queda la dictadura y sus “superamigos”, cerca está Guaicaipuro, el cacique.

VERDES Y MADURAS

Jesús Montilla mira el techo del Mercado Libre y recuerda que cuando llegó, en 1953, no había techo. Empezó a trabajar en Guaicaipuro casi a los 20 años. Ahora tiene 80. Cuenta, detrás del mostrador de su pequeño local que en aquel entonces había pocos





Viene de la pág 20

vendedores y muchos compradores. Desde que comenzó vende víveres. Al preguntarle sobre la variación de los precios, a lo largo de los años, dice que hace mucho cinco paquetes de aliño costaban un bolívar.

Los recuerdos llegan a este pasillo donde tiene 50 años. Un viejo amigo lo saluda, juegan con un gato dormido sobre el mostrador y bromean como si aún no hubiera techo y el kilo de caraotas costara dos bolívars.

Ana Sánchez puede calcular el peso sin utilizar balanza, recomendar los ingredientes para un buen guiso y sonreír, mientras, sin mucho ruido, les da la ñapa a quienes acercan a comprar ajos.

Desde 1978 está en los puestos 550 y 551. Cuando llegó, la zona estaba parcialmente techada y el trabajo podía comenzar desde las 4:30 de la mañana. En aquel tiempo, a esa hora, ya había gente comprando. Ahora llega a las

6:00, cuando ya ha despuntado el día.

“El sol sale para todos. Todos tenemos derecho a comer y beber”, dice esta merideña de 68 años, criada en el 23 de Enero, al hablar sobre la ñapa, esa costumbre en extinción. “Si alguien viene con 20 bolívars, le doy su ajo, y de ñapita su cebolla y su ají dulce”. El ejemplo inmediatamente se hace real: una mano le extiende un billete de 20 y le pide unos ajos. Ella sonríe.

Gregorio Mendoza tiene marcado el filo de los cuchillos que prueba en la yema de su pulgar. “Cuando se tranca, está bien; cuando pasa, liso, le falta”, dice luego de pasar el metal del punzón por la piedra de amolar para después deslizarlo por su dedo. Ante la cara arrugada de cualquiera que lo ve, aclara: “No me duele”.

Otro de sus métodos para saber si el metal está bien afilado es ver su trayectoria al cortar una hoja de papel periódico. Un procedimiento que sin

duda causa menos impresión. Cuando termina de afilar, se levanta de su cajón de trabajo, suena el silbato y grita: “¡Eeel amoladorrrr!”.

El trueque de un ramo de flores por uno de espinacas existe en Guaicapuro. Para Wilmer Díaz, dueño de una floristería, es común hacerlo con los vendedores de hortalizas, aunque algunos se nieguen y “les tenga que pagar por su mercancía”.

En su local tiene una variedad de unos 20 tipos de plantas, entre crisantemos, girasoles, pompones, gladiolas, rosas, margaritas y yerberas, por mencionar algunas. De sus 43 años, ha pasado 30 en el mercado. Desde pequeño venía a ayudar a su padre con las flores, como ahora lo hace su hijo.

Considera que, con los años, ha disminuido la cantidad de compradores. Sin embargo, cuando llega diciembre y fechas como el Día de las Madres, de los Enamorados, de los Difuntos o de Santa Bárbara, las ventas se incrementan. “Aquí



Viene de la pág 21

uno se relaja bastante”, dice mientras mira su pequeño oasis floral.

Las hortalizas que tiene Emilia de Delgado en su puesto no conocen el frío de la nevera. “Lo que vendemos es del día”, dice con la zanahoria y el perejil de testigos. “La mercancía proviene de Mérida, lo que implica un largo recorrido y un flete elevado”, dice. Cuando llegó, en 1996, se abría martes, jueves y sábado. Ahora solo se descansa los lunes.

Ha visto crecer a personas que llegaron en los vientres de sus mamás, ha dejado de ver a otras que no han vuelto y ha recibido la visita de algunas que, aunque no le comprenden nada, van a saludarla. “Aquí me siento tranquila. Trabajo con mi familia”.

La frescura que defiende Emilia no solo es para quien paga. Cuando le quedan hortalizas de un día para otro, las regala. “A eso de las 3:00 de la tarde llegan y me preguntan ‘¿No te quedó algo ahí?’ Y yo se las doy. No se las voy a echar al pipote”.

COQUETERÍAS

El peinado “lamido de vaca” o el copete a lo Elvis Presley tenían sus seguidores en Caracas de finales de los años 60. Gustavo Díaz, rodeado de productos de belleza y de cuidado personal, explica que lo que más vendía en esa época era el aceite Glostora y la pomada para peinar, a base de cera de abejas, llamada Brylcreem.

Desde hace 45 años trabaja en la parte llamada Estructura, en los puestos 47 y 48. “Tengo toda mi vida aquí”, dice entre cremas para peinar, protectores solares y cepillos de dientes que “encuentras más baratos que en cualquier lugar”.



Los momentos importantes del país también han pasado por su mostrador. El 12 de abril de 2002, una vez cerrado su negocio se fue a Miraflores a esperar a Chávez, con una compañera de un negocio cercano.

En dos oportunidades ha dejado la santamaría abajo porque no tiene algunos productos para el aseo personal. Dice que aunque en el mercado haya habido tiempos buenos y malos, “no le compro mercancía a intermediarios para vendérsela más cara al pueblo”.

Un equipo de casi 40 trabajadores resguarda las instalaciones del mercado proyectado originalmente por la firma del ingeniero Carlos Blaschitz. Uno de ellos es Edgar Piñango, caraqueño nacido en la parroquia Catedral que vive en el 23 de Enero. Durante los pocos minutos de conversación no deja de ver

a quienes entran y salen. Su mirada pareciera atravesar paredes y bajar escaleras.

El ojo de una costurera es infalible para saber qué le queda bien a alguien. Carmen Martínez lo sabe, y lo comparte con las mujeres que buscan un vestido para una ocasión especial. “Tengo un espíritu joven”, dice mientras recorre con la mirada los modelos de tul con pedrería, lentejuelas, canutillo y torchón que parecieran volar sobre su cabeza.

Desde los 14 años aprendió a coser, lo que le concede la autoridad suficiente para asesorar a las compradoras. “Me gusta que la gente se vea bien”. Dice que los costos de la ropa que trae de Estados Unidos se han incrementado de una manera importante. Mientras habla una mujer se acerca, contempla los vestidos largos en los maniqués, pone a volar su imaginación y pasa a medirse uno. ▀



FOTOGRAFÍAS JONATHAN MENDOZA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 128 EL 10 DE MAYO DE 2015

AUNQUE MAL PAGUEN A VECES...

LA FIESTA HÍPICA IMPRESIONA POR IGUAL A NEÓFITOS Y A EXPERTOS. NO SE SALE ILESO LUEGO DE UNA TARDE EN EL HIPÓDROMO: EL JUEGO AFLORA LO MÁS ABYECTO DE QUIENES APUESTAN, MIENTRAS OTROS SE CONDUELEN DE LOS CABALLOS

María Betania Chacón

Arde la tarde. Pica y quema.

A lo lejos se ven las ondas de vapor que emergen del piso. La sequía ha hecho de las suyas. Es sábado 2 de mayo y el estacionamiento frente a la entrada del hipódromo La Rinconada está hasta las metras. Es un estacionamiento que fue hecho para 9.000 automóviles y no hay puesto. “Tiene que buscá puesto por aquí cerca, porque si lo deja por allá le puede aparecé con un vidrio roto, amol”, me dice un parquero que usó una técnica infalible para que me parara en su área: se atravesó en el medio de la calle. Pero aquí la que manda es una mujer. La que más carros tiene bajo su vigilancia es una tipa arrecha que va a trabajar con sus tres

muchachos a cuestras. 50 bolos es la tarifa. Total, quien va al hipódromo sale buchón, pensarán.

Las adyacencias del hipódromo están desoladas. El Museo Alejandro Otero vacío. El Poliedro cerrado. El parque Hugo Chávez aún se construye. Parece que la única distracción en el Complejo Cultural La Rinconada son las apuestas de caballos.

La entrada al hipódromo supone un anacronismo: la vista ofrece una entrada desvencijada, como detenida en el tiempo, mientras una compañía de seguridad revisa, con un aparato que pareciera del futuro, a quienes van entrando por la puerta principal. Adentro, en la antesala,

Pasa a la pág 24



Viene de la pág 23 

reina el silencio. Basta con subir las escaleras para entrar a otra dimensión. Lo primero que se ve, a simple vista, son los puestos de comida y cervezas: atiborrados. Nos comimos un perro caliente con salchicha polaca en 140 bolos, no nos pareció tan caro. Acto seguido: las cervezas. El ambiente de las apuestas de caballos, bajo los efectos de la cebada, puede llegar a parecerse a una escena de *Miedo y terror en Las Vegas*. El dinero en riesgo saca a relucir las más viles y primitivas expresiones: apostadores que gritan, hacen ademanes, le pegan a las mesas, a las paredes y lanzan insultos al aire. Eso, precisamente, se llama “ligar”. Unos celebran, otros lloran.

Adentro, en los pasillos, en las tribunas, en los baños, se empiezan a ver los estereotipos: Gaceta Hípica y bolígrafo en mano, binoculares si es un veterano, cervecita entre cada carrera. Y no faltan quienes se las saben todas, los expertos que quieren convencer al otro de que le apueste tanto a tal caballo. Es frecuente ver a familias enteras, hasta con niños

recién nacidos. Naturalmente el hipódromo es un lugar atractivo para pasar el rato, pero cuando hay dinero de por medio el ambiente se pone tenso. Dinero, alcohol y quién sabe qué más. “Aquí adentro es otro mundo”, me dijo Madison, un chamo de Caricuao que tiene dos meses trabajando como seguridad.

Todos los sábados, cuando aún no son las 11 de la mañana, Miguel se está montando en el Metro, dirección La Rinconada. Es de Catia y vive de jugar caballos. Tiene 32 años, pero aparenta mucho más, dice que por “culpa de la vida”. A veces trabaja en una finca en El Junquito, allá fue donde se “enamoró” de los caballos. Dice que se ha vuelto un experto con los años y que, fácilmente, se gana más de 3.000 bolívares por día, cuando le va mal. Su mujer lo dejó porque pensaba que Miguel andaba con otra, pero él le dedica su vida a los caballos, a la Gaceta Hípica y a la cerveza. Sin quitar la vista de su revista, me habla.

—¿Por qué juegas caballos?

—Eso es una cosa que siempre ha estado en mi familia. Cuando el crío mío crezca lo voy a traer también.

—¿Y si se vuelve ludópata, como tú?

—¿Quéjeso?

—Que se vuelve adicto al juego.

—Ah, bueno, no sé. Mejor, digo yo, porque por lo menos va a tener dinero.

—Los ludópatas tienden a perderlo todo.

—Ah, no, pero el hijo mío, ese va a ser arrecho.

*

El señor Google no es nada preciso cuando se le pregunta por el “hipismo”. Arroja, aproximadamente, un millón de entradas, de las cuales, según un rastreador genérico de páginas web, 384.000 son de Venezuela. En su mayoría, esta cantidad de portales web nacionales relacio-



Pasa a la pág 25 



Viene de la pág 24 

nados con el hipismo están destinados a las apuestas on line y funcionan bajo la metodología de las “ventanas emergentes”, que llevan al internauta de una página a otra y, en ocasiones, vienen acompañadas con algún *software* malicioso que, entre otras cosas, hace que la computadora pierda su sano juicio y empiece a actuar como loca. La estética de estos sitios web parece haberse quedado estancada a principios de la década pasada: el uso y abuso de imágenes pre-diseñadas (de Power Point, por ejemplo) y de la fuente comic sans, aunado a la saturación de información en cada rincón de la ventana. Incluso, a algunos se les activa automáticamente el “reproductor”, un gadget anticuado que va quedando en el olvido, poco a poco.

El acceso a la información y a las apuestas de las carreras de caballos por internet y la proliferación de los vende-paga (sitios-bares de

apuestas) han influido en la asistencia del público a los hipódromos. En Venezuela solo hay cuatro: Santa Rita en Maracaibo, Rancho Alegre en Ciudad Bolívar, el hipódromo de Valencia y La Rinconada en Caracas. En este último caben más de 12.000 personas entre las tres tribunas y sus áreas de esparcimiento. El óvalo mide 1.800 metros. Cuando el hipódromo de El Paraíso se quedó chiquito, el gobierno de Pérez Jiménez compró el terreno para la construcción de uno nuevo por 213.000 bolívares, ¡una millonada para la época!, lo que hoy puede costar un iPhone. El hipódromo La Rinconada fue inaugurado el 5 de julio de 1959 por el entonces presidente Rómulo Betancourt, después de que Pérez Jiménez fuera derrocado el 23 de enero de 1958.

El hipódromo La Rinconada, en algún momento, fue comparado con las grandes maravillas hípi-

cas del mundo. Era un furor, algo de lo que toda Venezuela estaba enterada, donde asistía una “fanaticada” a aupar a los jinetes. Un arquitecto norteamericano llamado Arthur Foelich y el brasileño Burle Marx fueron los encargados de diseñarlo. En el 67 se celebró por primera vez en Caracas el Clásico Internacional del Caribe, en el que resultó ganador un caballo mexicano. Este clásico entrega el premio más grande de Centroamérica: 100.000 dólares. Durante los últimos años el hipódromo sirvió como refugio, hasta que las, aproximadamente, 500 familias fueron ubicadas en complejos de la Gran Misión Vivienda Venezuela. A partir de 2013 empezaron las remodelaciones con una inversión de más 40.000.000 de bolívares, según el entonces ministro de Deporte Antonio Álvarez. En diciembre del año pasado se terminaron los trabajos más pesados para la celebración de la Serie Hípica del Caribe; sin embargo, muchas de sus instalaciones siguen en desuso y de-



Pasa a la pág 26 

Viene de la pág 25 

terioro. La famosa Bola Continental, ubicada en la Tribuna B, desde donde Alí Khan decía sus sopotocientas frases, está totalmente desvencijada: grandes y amenazantes placas de latón ondean en el aire.

*

Para las neófitas —como yo— las carreras de caballos pueden ser un misterio. Para Joiker, un muchachito de 11 años, es pan comido.

—¿Tú vienes solo para acá?

—Mi mamá trabaja por allá afuera, pero a veces vengo solo.

—¿Te dejan apostar?

—Sí, compro mi tique y no me dicen nada.

—¿Has ganado?

—Ji, bastante.

—¿Cómo aprendiste a jugar?

—Bueno, viendo, y con un primo mío grande que juega bastante, pero hoy no vino. ¿Me regalas 20 bolos pa' apostale a ganador? Va a correr la Negra Andreína.

La Negra Andreína ganó, el número 8 remató en la recta final. J. Urdaneta fue el jockey (jinete) que la llevó a la victoria. Orgullosos sus dueños (y las mujeres de sus dueños), vestidos de gala, con lentes oscuros y una pinta de Tony Soprano que nadie se las quita, entran al *paddock* a tomarse la respectiva foto con su caballo y su jinete, porque también son dueños de este último. Según Madison, el muchacho que habló



*

en el cuarto párrafo, experto en temas hípicas, cada carrera ganada son 350.000 para el dueño, 10% para el jinete. El domingo, Emisael Jaramillo, con Danzante, ganó la copa My Own Business y con ella 600 palos.

Ser jockey debe ser lo máximo. Son los héroes del día. Lo que no debe ser tan bueno es ser caballo: no me gustaría que me pongan gríngolas, me amarren, me peguen en las nalgas, en la cabeza y me saquen la chicha. Lo cierto es que esa es la peor parte de la vida de un purasangre: la carrera. El resto del tiempo son tratados como reyes, según el Instituto Nacional de Hipódromos (INH). Un purasangre es la mezcla de una yegua inglesa con un semental árabe, una raza arrecha, pues. A los rocinantes (que siguen siendo hermosos caballos) los dejan para hacer mandados.

El hipódromo, a pesar de sus viscosidades, puede llegar a ser un lugar atractivo y agradable cuando se está cerca de los animales: en el *paddock* interior, si se acercan bastante, puede que exista la posibilidad de acariciar a uno. Aunque hay que tener cuidado, el carácter de estos caballos es muy volátil. El domingo, antes de la 9na, el número dos saltó la talanquera.

“El hipismo es una industria universal que está presente en la gran mayoría de los países del mundo”, decía un tuit de la cuenta oficial del INH. Mentira no es. El origen de las carreras asciende a las más remota antigüedad, objeto principal de las fiestas griegas. En Venezuela, las carreras de caballos se volvieron tan populares que la revistas más vendidas del país son las hípicas, monopolio que maneja el Bloque de Armas.

El INH, diariamente, se encarga del mantenimiento de La Rinconada. Durante las carreras ponen la ambulancia y la cisterna que riega la pista: miles y miles de litros de agua. Esperemos que, al menos, no sea agua potable. El INH pertenece al Ministerio del Poder Popular para el Deporte. Habrá que indagar los beneficios que obtiene el Estado al patrocinar un lugar de apuestas. Esperemos, otra vez, que sean muchos.

Desde cualquier tribuna se ve el Waraira Repano, lejano pero imponente. Antes de llegar a él con la vista, se ve un valle, el cerro. Dos realidades contrastan fuertemente: un imponente monumento ligado a una cultura suntuosa rodeado de barrios. ▀





PUBLICADO EN ÉPALE N° 130 EL 24 DE MAYO DE 2015

UNA LAGUNA ENTRE BARES Y CANTINAS

*DESDE LA
INAUGURACIÓN DE
LA AVENIDA SUCRE EN
1922 LOS BARES Y LAS
CANTINAS SE HICIERON
FRECUENTES EN LA VIDA
DE LOS CATIENSES. AHÍ
SE TEJIÓ UNA DINÁMICA
CITADINA QUE NO HA
DESAPARECIDO DEL
TODO EN CARACAS*

Francisco Aguara

Cuando se inaugura la avenida Sucre, en 1922, el trayecto serpenteado de la estrecha vía comenzó a ser transitado por las damas de la noche, mujeres de la vida alegre o mujeres de la mala vida, que eran tres de los apelativos con que se designaban a las féminas que se dedicaban a la prostitución. Sus figuras espectrales les hacían compañía a los fantasmas y aparecidos, paridos por la imaginación de una población aún en penumbras por las deficiencias del alumbrado público. Así, envueltas entre las sombras, las chicas ofrecían su cárnica mercancía con su menú de tres platos y su típico ¡psss!, ¡psss! para atraer clientes. Ya para 1931 dos bares marcan el principio y el fin de la vía: el bar Florido en Pagüita y el Tres Lunas,

cerca de la plaza Juancho Gómez (hoy, plaza Sucre), donde se encontraban Los Cosacos y el Bar de Amigos. Hacia arriba, por la incipiente urbanización Nueva Caracas, estaba El Tabarán con su extraña promoción de cenas, jazz y boxeo. Cerca se hallaban los bares La Laguna y el Pulmonía. Estos son los de la primera época, o bares de ambiente familiar, de los que se hacía mención hasta en los avisos de la entrada de cada uno. Estos negocios eran complementados por lugares de recreación familiar esparcidos por la ciudad y que constituían una moda para la época: los clubes sociales. En Catia hubo tres de estos: el Altavista, La Rochela (en la carretera vieja a La Guaira) y El Moro (entre calles Bolívar y Washington).

Pasa a la pág 28

FUE TAL EL IMPACTO SOCIAL DE LOS BARES Y EL NEGOCIO DE LA PROSTITUCIÓN QUE, PARA 1941, LAS AUTORIDADES RECONOCEN QUE HABÍA EN LA CIUDAD DE CARACAS MÁS DE 2.000 PROSTITUTAS 90% INFECTADAS Y 45% MENORES DE EDAD. CIFRA QUE AUMENTA A 10.000 EN 1966

Viene de la pág 27



A este bar de tipo familiar van agregándose otras ofertas de diversión nocturna como los *night clubs*, cabarés y *dancings* dispersos por toda la ciudad de Caracas; y bares de borrachitos o tugurios a los que algunos llamaban despectivamente “botiquines” y a sus usuarios los descalificaban como “botiquineros”. En los años 40 se inauguran los cabarés Tropicalia y el Charlemos. Los *dancings* eran sitios para presentar artistas en vivo y tenían pistas de baile. En Catia se inauguran El Gran Botellón en 1951 (Av. Sucre) y El Canario en 1952 (La Cortada).

EL INVENTARIO DEL NEGOCIO

Cuando llega la década de los 40, Catia es una zona industrial y comercial de relevancia, donde circula mucho dinero pero en la que, en contraste, hay bastante pobreza. La población aumenta enormemente con la llegada de gente venida de todo el país, y parte de su componente femenino se dedica al ejercicio de la prostitución utilizando sus gentilicios como nombres de batalla (La Maracucha, La Llanera, etcétera).

Le hacen compañía un contingente de damas europeas llegadas, aventadas por la tragedia de la guerra y sus consecuencias. Más adelante se incorporan al negocio cubanas y dominicanas camufladas como bailarinas exóticas del teatro burlesque, o mamboletes cuando se pone de moda el cine de rumberas y el país se prende en la fiebre del mambo. De Colombia nos llega una gran cantidad de mujeres que van a asumir como suyo el oficio de mesoneras. En 1941 se inauguran en Catia el principal cuartel de la ciudad (el Urdaneta) y la principal cárcel (la Modelo); se impone como una necesidad darle a los muchachos su complemento alimentario, así como proporcionar consuelo a los presos. Para completar este inventario hay que agregar a las muchachas provenientes de los 24 burdeles derribados en El Silencio.

EL ARCHIPIÉLAGO DE LA PUTERÍA

Con criterios estrictamente capitalistas, había que darle acomodo a quienes ejercían el oficio de la prostitución. Es así como va creciendo exponencial-

mente la cantidad de bares, burdeles y botiquines, quedando inaugurada la etapa del bar-burdel: mampara del negocio de las caricias, el alcohol y el novedoso vicio del consumo y tráfico de drogas que comienza a registrarse en esa cuarta década. Este tipo de bar, además de servir de refugio a los despechados y solitarios que buscaban compañía y consuelo en la semioscuridad maloliente, envueltos en el humo de esos establecimientos estéticamente uniformados con cortinas de pepitas, puertecitas de “película vaquera” y rocolas con su ración de guarachas, porros y boleros —alegría y tristeza, concupiscencia y dolor a ocho canciones por un “bolivita”—; servían también de centro de recepción y distribución de los clientes que traían de la calle las caminadoras para “fichar”, para luego distribuirlos en los numerosos burdeles que llegaron a crearse en Catia de manera legal o clandestina (disfrazados de pensiones y casas de vecindad). Cuando el lenocinio funcionaba en el mismo bar, las habitaciones para el connubio se situaban, generalmente, al fondo: “Allá, detrás de las cajas de cerveza”. La Cueva



Viene de la pág 28

del Humo, El Mantecón, El Mundial, El 17, El Canario, Villa Lourdes, La Mata de Plátano, El Caricari, El Puente, Costa Azul y La Casa de la Gata (burdel al que Salvador Garmendia, en su cuento “El Inquieto Anacobero”, llama Tibiritábara, y ubica como amo y señor al mismo Daniel Santos) son unos pocos nombres de los numerosos burdeles regados por toda la parroquia.

Fue tal el impacto social de los bares y el negocio de la prostitución que, para 1941, las autoridades reconocen que había en la ciudad de Caracas más de 2.000 prostitutas: 90% infectadas y 45% menores de edad. Cifra que aumenta a 10.000 en 1966. Era de tal persistencia el negocio de los bares que las mismas autoridades se vieron en la obligación de crear una policía especial, en 1952, para protegerlo de los borrachitos. Para 1956 ya existían más de 80 bares (legales) en la parroquia que, de acuerdo a una decisión de la Prefectura, debían pagar un servicio de vigilancia especial. La parroquia quedaba dividida en varias zonas de tolerancia: calles México, Perú, Bolivia; La Cortada, la urbanización Colón y La Laguna.

THE GUARRAPITAU IS MADE IN CATIA

A finales de los 50, enmascarado bajo el pseudónimo de un popular luchador (El Médico Asesino), emerge desde Catia el alquimista de la pea nacional: Ricardo Carvajal. Su elixir, sin pago de patente alguna ni registro de derecho de autor, va a ser incorporado a la curda del país entero: la Guarapita que, junto a un coctel del mismo autor (el Zamurito), preparaba en el bar Canaima. Guarapita es diminutivo de guarapo, pero no eran diminutas, para nada, las peas, rascas o curdas que provocaba su consumo. Sobre todo el primero, el del bautizo, que quedó asociado a ritos iniciáticos que marcaban el paso de la niñez a la adolescencia, que difería de épocas anteriores, cuando para dar



el mismo salto había que “echarse los largos”, alargarse los pantalones. En esta ocasión se trataba de “echarse los palos”. Ambas bebidas se sumaron al aporte que hacían los catienses, con su laboriosidad, al paladar de los venezolanos, puesto que en sus predios se producían varios productos para la degustación: las mejores marcas de café, el chocolate más popular -La India-, los helados EFE, los caramelos Fruna y la leche Silsa. Porque no crea, lector, que todo era caña y mujeres.

“TE VAS PORQUE YO QUIERO QUE TE VAYAS”

Lenta, muy lentamente se fue extinguiendo el negocio de los bares. Los descendientes de los portugueses —que monopolizaban ese tipo de comercio— montaron bebederos de caña al aire libre que dieron en llamar licorerías. La “pulitura de hebillas” y el rascabuche sexual, al son de la guaracha y el porro, se mudaron para otros lugares: cervecerías en el Centro Comercial Propatria; tasacas como La Caneca, en la avenida Sucre; fuentes de soda, discotecas, etc. El dolor y la desesperanza de los despechados quedaron para la

casa, porque quien prodigaba consuelo a los que padecían el mal de amores, la rocola, dejó de sonar y ha sido sustituida por el DJ y aparatos más, mucho más ruidosos. Ya ni el nombre de bar se usa. Son como cinco los locales que aún utilizan en Catia esa denominación. Las prostitutas ya no salen de las sombras: en su lugar están los malandros que, pistola en mano, salen para atracar a sus víctimas, no para ofrecerles placer. Además, ya no necesitan —las prostitutas— de la clandestinidad: pueden anunciarse en las páginas de cualquier periódico. Burdeles quedan alredecor de dos. A nadie le aplican la Ley de Vagos y Maleantes por andar con zoquetes —ahora les dicen transformistas. Desde los años 80 comenzó el desmantelamiento del vil negocio que reportó grandes ganancias a sus manejadores y nada para las mujeres que lo ejercían. Junto con el bar y el burdel se fueron los chulos, cabrones, vividores, mesoneras, madamas, policías y jefes civiles matraqueros, borrachitos, prostitutas y el señor cura a su misa. Definitivamente las cosas cambiaron: ahora se sigue bebiendo caña. ¡Saaalud!, ¡jip!.





FOTOGRAFÍA JONATHAN MENDOZA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 143 EL 23 DE AGOSTO DE 2015

LOS ÁRABES DE CATIA

Renaldo González

Que un restaurante cumpla 50 años es motivo de celebración. Implica trabajo, paciencia y, definitivamente, amor, entre otras artes complejas y también bellas. No toda empresa es capaz de sortear las innumerables e inesperadas vicisitudes del país donde está asentada, ni siquiera en lugares que podemos imaginar excesivamente calmos, melancólicos, grises y estables —pienso en la imagen que los medios han creado sobre Dinamarca, Nueva Zelanda o algún pueblo alpino y que no tengo manera de comprobar—, a contrape- lo de Venezuela y aun más del sector, a veces mal llamado parroquia, donde

se encuentra nuestro comedero de hoy. “Los árabes de Catia” están a una cuadra hacia el este del rehabilitado teatro homónimo, aunque vale decir que Catia está llena de restaurantes árabes y cada quien puede pensar en uno distinto cuando surge la referencia. Para evitar confusiones, los llamaremos por su nombre: El Rey del Pincho. En los años 60, un grupo de sirios se congregaba los fines de semana en la calle El Comercio de la parroquia Sucre para jugar *backgammon*. Comían y seguían jugando. La gente que pasaba por ahí comenzó a interesarse por los aromas que salían de una pequeña e improv-

isada parrilla construida con latón. Se acercaban, probaban y aprobaban. Fue cuando estos jugadores empedernidos pensaron: “Podemos vender comida todos los días y jugar todos los días”.

Ya son 50 años jugando *backgammon* y vendiendo shawarma, antiguo plato árabe posterior al döner turco, que es una especie de sánduche de pan pita relleno de carne a las brasas y vegetales. En el caso del shawarma, la carne se gira de forma horizontal, mientras que en el döner la cocción es vertical. La versión que internacionalizó el turco Kadir Nurman en

Viene de la pág 30

los años 60, tras emigrar a Alemania e instalar un puesto en Berlín, eliminó estas diferencias y por eso compramos döner bajo el nombre de kebab o shawarma. La carne, según el lugar, puede ser bovina, ovina, porcina o de pollo. Bachir Derikha, hijo y nieto de los fundadores de El Rey del Pincho, es el actual encargado. Nada ocurre sin su aprobación. “Sácame dos de pollo, de emergencia”. “Siéntate en esta mesa pa’ que no te achicharres”. “Dos shawarmas con nestea: 1.000 bolos”. El papá estaba ahí, pero ahora no vende comida, solo juega *backgammon*. Cincuenta y siete minutos nos tomó sentarnos, pedir un shawarma de kafta (pincho de carne molida condimentada) y otro de lechón (carne de cerdito), esperar la orden, hacer las fotos, comer, pagar y tomar nota de las respuestas de Bachir:

“Venezolano. Nací aquí, en Los Magallanes”. “Mira lo que está llegando: lechón. No se consigue. Ese viene de Betania”. “Ayudamos a gente que lo necesita. Todos los días regalamos 6 mil bolos en comida”.

“El falafel es nuestra especialidad. Viene en el plato mixto”. “Abrimos toda la semana, de 12 del mediodía a 10 de la noche”.

“No tenemos punto. Sólo aceptamos efectivo y cesta ticket”.

“¿Qué es la revolución? Que los precios revolucionen. No puede costar una locha, como hace 50 años”. Bueno... █





FOTOGRAFÍA JESÚS CASTILLO

PUBLICADO EN ÉPALE N° 145 EL 6 DE SEPTIEMBRE DE 2015

HOTEL Y RESTAURANTE ÁVILA

Mercedes Chacón

En Caracas, si usted piensa en hoteles y conoce la parroquia San Bernardino, es posible que piense en el Hotel Ávila. Pero si usted piensa en restaurantes, es posible que el Hotel Ávila no se le presente como una opción. Y es normal. Está en una zona residencial fuera del bullicio del centro y de la diversidad gastronómica que caracteriza a otros sectores de Caracas, más alejados del “mundanal ruido” del centro de la capital de la República Bolivariana de Venezuela.

Pero resulta que sí hay un hotel y allí hay un restaurante que casi tiene tantos

años como el hotel: el Ávila. Fundado en 1942, lo cual quiere decir que tiene 73 años, fue diseñado por el arquitecto estadounidense Wallace Harrison, quien resulta que es el mismo de los edificios del Rockefeller Center y de la sede de la Organización de las Naciones Unidas, ubicados en Nueva York.

El capitán de mesoneros, José Enrique Andara, con 22 años trabajando en este restaurante, nos cuenta que en la cocina trabajan 15 personas lideradas por la chef Christianne Hernández, quien ha tenido especial interés en

incursionar o desarrollar platos de la cocina venezolana. No obstante, la carta de este restaurante tiene sus peculiaridades: en ella predominan platos italianos y gringos. La carta de pizzas y hamburguesas es especialmente extensa, trabajan con horno de leña y tienen un servicio grill de carne de res y pollo, que preparan a la vista de todas y todos, pues está integrado al ambiente de la piscina.

La carta de hamburguesas tiene nombres alusivos a lugares que en su mayoría se encuentran en el Waraira Repano. Son seis tipos de hamburgue-

Viene de la pág 32 

sas: Naiguatá (pico), Humboldt (hotel), Oriental (pico), Galipán (pueblo), Picacho (pico) y Bolívar. Cuenta Andara que allí nació la idea de una cadena de tiendas de hamburguesas con el nombre del hotel. Nos decidimos por la Hamburguesa Galipán con *topping* de queso azul y tocineta. Las sirven con papas y/o yuca frita y una porción de ensalada rallada sin pretensiones de ganar un concurso gastronómico.

Las pizzas forman parte importante del menú. Ahí nos encontramos con las tradicionales, entre las que contamos la marinera (camarones, pulpo y calamares), que ese día no contó con uno de los tres mariscos prometidos: le faltó el pulpo. La masa delgada y crujiente satisfizo paladares, al igual que la sopa de pescado.

El pollo grillet y Toscana, la punta trasera, el solomo y la curvina son los platos más pedidos después de las hamburguesas. “Viene mucha gente de las oficinas a comer acá al mediodía”, precisa Andara, y pensamos que la gente para comer allí debe pagar un promedio de 1.200 bolos por hamburguesa, lo cual es demasiado por tratarse de un pan redondo con un tolete de carne adentro, por más *topping* que tenga.

Trabajan todos los días desde la 7 de la mañana hasta las 11 de la noche, que así debe ser si es un hotel cuatro estrellas que se precie de tal. ■





FOTOGRAFÍA JONATHAN MENDOZA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 154 EL 08 DE NOVIEMBRE DE 2015

QUE NOS LLAMEN LAS BOMBÓN

ME HIZO SUFRIR COMO TODAS A LAS QUE HE AMADO. ME LANZÓ EN LA FOSA DESESPERANTE DEL OLVIDO. ME LLEVÓ AL EXTREMO DEL RUEGO. SE BURLÓ DE MÍ PARA LUEGO TRATARME CON ESA DULZURA DE MELCOCHA DERRETIDA

Marlon Zambrano

La cosa empezó seis días antes, cuando a través de un mensaje de texto, la intercepté por las veredas virtuales:

—Hola Galvis, soy Marlon, periodista. Te quiero entrevistar.

—Claro bebé, ¿cuándo?

Mi respuesta fue “paso hoy en la tardecita, dime dónde te ubico”. Pero al parecer el mensaje nunca llegó, o ella no lo quiso responder, y así empezó el peor de mis calvarios. Esa tarde me lancé orondo, creyendo en la posibilidad infantil de que la hallaría esperando por mí. Pregunté por ella apenas

salí escupido por las escaleras del Metro hacia ese gueto maravilloso y hostil que es Petare, donde los sortilegios cotidianos reeditan el realismo mágico que García Márquez le adjudicó a Macondo.

Todos sabían de ella pero nadie me daba una dirección precisa. La llamé y nada que respondía, los mensajes se quedaban en el tintero o rebotando en el eco sordo de mi aullido desesperado. En medio del casco colonial grité su nombre de loba esquivada, hasta que en la calle Miranda me tropecé con esa fortaleza de la memoria que es la bodega La Minita, donde me entretuve interpretando junto a su dueño, el señor

Viene de la pág 34 

Francisco, los escabrosos designios del extravío.

Seguí buscando. Pregunté en la Francis, la Yura, New York, La Gitana; peluquerías con cierta alcurnia, pero en todas me daban pistas falsas, rutas imposibles o destinos resbaladizos, hasta que llegué a un tugurio sin nombre ni rótulo ni nada reconocible que no fuera un grupo de peluqueras jugando banco.

— Buenas: señoras, ¿dónde ubico a Galvis?

— ¿Gladys? Noooo mijo, ella ya se fue para Ecuador.

— No, no. Galvis, La Galvis.

— ¿Un marico? ¡Ay!, no sé mi amor.

Llegó un momento en que sentí que la Galvis y la pauta entera se me escurrían entre los dedos. Me detuve a almorzar en una “vende y paga” con las birras a un precio caritativo. Su encargado, Búfalo, me escudriñó un buen rato hablándome de las bondades de su celular y esgrimió un estudio comparativo de todos los sistemas móviles que han pasado por sus manos, hasta que el carajo me sacó de mi introspección cuando me recomendó que ni loco exhibiera mi teléfono en la calle, que me guardara los lentes oscuros y me sujetara muy bien el koala que hasta esa hora llevaba trenzado en mi pecho. “¿Tengo pinta de malandro?”, le pregunté con una sonrisita idiota torciéndome los cachetes. “No, pana, de paraco colombiano”. ¡Bicho!, me asusté.

Entendí mejor las reticencias implacables frente a mi búsqueda de una dirección en Petare. Con cara de monje franciscano, que es la que mejor me sienta, toqué el vidrio templado que como una pecera gigante resguardaba otra unisex sin nombre, de donde sur-

*RESULTA GRACIOSO
VER QUE UN POLICÍA
MUNICIPAL DESALOJA
A UN INEXPERTO
VENDEDOR DE
“QUEMAÍTOS”,
MIENTRAS A SU LADO
UNA MUCHACHA DE
PELO TEÑIDO EXHIBE
LA HARINA DE LAS
AREPAS, A UN COSTO
DE ULTRATUMBA*

gió detrás de una cortina de humo espeso y dulzón, un negro de ojos rayados. El olor inconfundible a yerba envolvió su respuesta: “Sí chico, búscala en la calle La Línea, bajando por Baloa”.

La reconocí al instante por su tupida cabellera platinada. Ya la conocía del cortometraje de 2013 “Yo soy yo”, de los chamos de la agencia creativa Guatafoc, que retrata el mundo laboral de las peluqueras transexuales de Petare.

Detrás de otra puerta de vidrio, en el local de uno de los callejones más barrocos de la Caracas del siglo XXI, estaba ella embutida en una falda de licra blanca a punto de estallar. “Hola, yo soy Marlon”. “Hola, yo La Galvis, pero hoy no te puedo atender, papi, estoy full”.

MARTES

El Prieto, uno de los raperos más rundos de la ciudad, lo llama Barrio de Pakistán, pero creo que se queda corto.

Petare es, finalmente, la amalgama de todos los mitos de la urbe postmoderna: el barrio más grande de América Latina, epicentro de la rumba al compás de la changa, del baile erótico con la champeta, colonia colombiana, haitiana y ecuatoriana, reducto de una tribu urbana estigmatizada por su acento barrial denominada “tuki”, un continuum sin fin que se abre paso a través de Fila de Mariches hacia Guarenas, territorio de lo impronunciable y desconocido.

El censo poblacional de 2011 dice que la habitan casi medio millón de almas, pero todos sabemos que eso es imposible. En sus recodos, a donde no llega ni gobierno ni ley y las normas se establecen por los mismos pactos milenarios que permitieron a las tribus compartir las primeras hogueras, sus moradores se multiplican con nuevas necesidades y alianzas, y crecen por millones.

Desde la avenida principal de La Urbina o entrando por la Francisco de Miranda, Petare se abre como una cayena florecida con sus pétalos de rojo sedoso. La gente, con su vitalidad proletaria, desborda las calles y se instala a convivir en las aceras destrozadas o sorteando el pavimento agujereado. No hay esquina virgen ni misterio indescifrable: una mujer baña a su niña en una ponchera plástica sobre las aguas negras que rebosan las alcantarillas, justo al lado de otra que vende limones del tamaño de patillas. Una negra hermética apila torres delicadas de plátanos maduros y hace pirámides de fresas. Un juego malabar mantiene firme un rosario de huevos que se venden a precios inauditos. Se ofertan relojes de utilería, zapatos de las marcas más reconocidas, ramas para conseguir marido o contra el estreñimiento, artesanía rococó, platería de hojalata, pañales regulados, champú, leche, pollo, pescado, café, todo lo que difícilmente puede hallarse en la ciudad formal, hasta ese



Pasa a la pág 36 

Viene de la pág 35 

oscuro objeto del deseo llamado papel toalé.

En medio del reino de la ilegalidad, resulta gracioso ver que un policía municipal desaloja a un inexperto vendedor de “quemaitos”, mientras a su lado una muchacha de pelo teñido exhibe la harina de las arepas, a un costo de ultratumba.

Las motos tienen un reino particular y sus jinetes cabalgan imponiendo su propia ley. Ese día le armaron una trampa vehicular al alcalde por el estado de las calles y la basura, ante la mirada imperturbable de policías y guardias que dejaban gobernar a su antojo a esos justicieros del asfalto, artesanos del caos.

Ella no quiso aparecer.

MIÉRCOLES

Allí, donde confluyen los caminos y se acrisolan los olvidados, donde se mezcla la furia con el ajetreo ciudadano, en esa periferia suburbana que encierra en su perímetro la densidad del alma del pueblo que existe al margen de lo creíble. Donde se toman los yises a El Carmen, Maca y Barrio Unión. Donde quizás tuvieron vértice la ruta de la seda y el camino de los españoles, se extiende, con holgura, la rugosa piel del barrio. Estás en La Línea, que no es más que un callejón de sueños rotos donde mana la vida con la intensidad de las primeras veces. Por allí se entra y se sale a pie o en moto. De sus fachadas costrosas florecen peluquerías, bares, almacenes de chatarra, clínicas dentales. Tiene un aire bohemio y decadente a la vez, lo que le imprime un extraño atractivo.

“Son caprichosas —me confirma Leidy, la encargada— y muy celosas. Una me desgració el pelo una vez, la

desgraciada, porque cuando salimos a rumbar los tipos me caían más a mí que soy mujer, y ellas molestas”. Es una morena desenvuelta de 32 años, cinco hijos y la belleza de una adolescente impulsiva. A su función administrativa le agrega un toque de ternura cuando habla de las muchachas.

“Yo les digo maricos, locas, perras. Ellas se ríen porque son más jodedoras que todo el mundo. Hasta orinan agachadas, no sé dónde se meten la manguera—se ríe a carcajadas—. Pero siempre las defiendo, yo no me calo mariqueras de nadie y sé que a ellas les duele cuando la gente las rechaza”.

En la espera me instalo un rato con Jesús, el dueño del botiquín del frente, un dominicano con 42 años en Venezuela que no ha perdido su acento a perico ripiao y ha sobrevivido a dos acontecimientos que no dejaron ileso a nadie: el ciclón David que asoló a su San Cristóbal natal (a 28 kilómetros de Santo Domingo) y a los saqueos del año ‘89 en Caracas. No le importa compartir la calle con “ellas”, mientras vivan y dejen vivir. Se pone a la orden para cuando me quiera tomar unas frías y jugar dominó en La Línea: “Aquí está el Niño Jesús, pa’ lo que salga”.

Tampoco llegó.

JUEVES

Ya lo daba todo por perdido. Mientras me preparaba para un fracaso estrepitoso, me puse a inventar las palabras que expresan el destino de estas infortunadas princesas: excluidas, renegadas, maltratadas, pero una alegría pueril se adueñó de mí cuando vi a tres gacelas brincar sigilosas por entre el frigorífico Elí Carnes y la cola para Maca. Eran ellas, empujadas por La Galvis como una capitana del pink power.

“Papi, es que hemos estado muy full, sacando papeles”, me soltó como si curara las heridas de un perrito faldero, mientras se apoltronaba a la entrada de la peluquería Will Lory, un cubículo de no más de tres metros cuadrados que ahora es su reino y que habían decorado con hilachas de bolsas negras y calaveras danzantes en la víspera de Halloween.

Leidy, Galvis, Johana, Brainer y La Gorda Shantal me hicieron un círculo de boquitas pintadas y respondieron, con soltura mimosa, todas las interrogantes que había saboreado por una semana y que ahora casi me salían desde el ahogo. Al fondo, una fila de muchachos esperando ansiosos su turno para un corte, peinado, lavado o tinte.

Me juraron que la fidelidad no existe, que el amor es un acuerdo entre las partes, que son así desde que tienen memoria, la crisis del país no ha afectado el negocio, que tienen pene hasta pa’ regalar y no les importa el qué dirán, porque tienen familias amorosas que entendieron el camino que decidieron labrar con mucho esfuerzo y resistencia. Pero las imagino regresando a casa, al final de la jornada, como gatas en celo que huyen sobre los tejados de zinc, ronroneándole a la noche petareña y su luna perlada, llevando a cuestras las penas del desamor y la fobia machista, con el garbo errante con que se han defendido desde el día en que confundieron los carritos de sus hermanos con muñecas roñosas.

Nacidas niñas, pero forradas en traje viril, les confieso que no sé cómo llamarlas. Responden, casi a coro: “¡Que nos llamen Las Bombón!” 





FOTOGRAFÍAS JESÚS CASTILLO

PUBLICADO EN ÉPALE N° 158 EL 6 DE DICIEMBRE DE 2015

LLEGAR A LA CUMBRE DE CARACAS

DISTANCIA:

ALREDEDOR DE 13
KILÓMETROS. ALTURA:
2.765 METROS SOBRE
EL NIVEL DEL MAR
CARIBE.

TIEMPO DE RECORRIDO:

POCO MÁS DE 10
HORAS.

RESULTADOS:

CONMOVERSE...
Y SEGUIR VIVIENDO

Gustavo Mérida

El sábado 28 de noviembre, dos horas después de empezar a subir, llegamos a El Edén, una pequeña explanada desde donde se ve un pedazo de la más hermosa vista de esta ciudad, del lado este. En el punto más alto de esta montaña, el pico Naiguatá, está esa vista más hermosa, completa y conmovedora, sin pedazos ni retazos. Es donde el cerro y las nubes se enamoran, pelean, tienen sexo salvaje y tierno, se reconcilian, se perdonan, se compenetran. Todo eso pasa en Caracas, pero se nos olvida. Conviene recordarlo.

Hacer cumbre —con el perdón de los verdaderos montañistas— es lo mismo que culminar. Que el orgasmo. Paroxismo, llegan a decirle a aquella sensación que se tiene — para no olvidarla jamás— en el único lugar de Caracas en el que usted puede estar más cerca

del cielo mientras, al mismo tiempo, tiene los pies bien puestos sobre la tierra. En El Tanque, otro de los sitios de descanso en la subida, obviamente hay un tanque. Está recién pintado de un azul eléctrico y alguien, en un arrebato (otro, hay muchísimos) de amor, escribió, para que lo sepa todo el mundo, que ama a Mariela. O Marianela.

Aunque se tropieze uno con bastantes personas que suben y bajan, es una ruta solitaria. Se escuchan solo el viento, el sonido tenso del roce del morral, el vapor de las reflexiones y, a veces, el ruido implacable del tráfico del que no es fácil escapar, ni siquiera en la mitad de esta montaña. Es un sendero duro, difícil a veces. En ocasiones, parece que se escalara. El sudor baja vertical por la espalda y por la frente y ves muy cerca de tus ojos



Pasa a la pág 38

SOBRE EL MAR CARIBE
SE PROYECTA LA
SOMBRA DE OTRA
CÚSPIDE QUE ROZA LAS
NUBES. ES UN AMOR
COMÚN. COMO OTROS
AMORES COMUNALES
QUE SE GESTAN ALLÁ
ABAJO

Viene de la pág 37

la tierra y la tocas sin agacharte y no te atreves a mirar hacia abajo porque, cuando estabas abajo y viste hacia arriba pensaste que cuando estuvieras subiendo no podías mirar hacia abajo. Al miedo se le puede ganar.

Después de pasar por Dos Banderas (no hay una buena respuesta al porque de ese nombre); por un sector llamado por un nombre absurdo (una marca japonesa de vehículos); por un topito o topo que se llama Goering (en homenaje a un señor europeo); por una explanadita que se llama El Urquijo (otro homenaje a un sacerdote jesuita y montañista que lideró la limpieza de ese sitio para el descanso, dos años antes de que se decretara esta montaña como Parque Nacional) y cruzar a la derecha, en Fila Maestra, al anochecer, llegamos al Anfiteatro, una explanada mayor que sirve de antesala al pico Naiguatá.

UBICARSE

Los montañistas utilizan una especie de código para marcar la ruta. Es fácil perderse entre tanto sendero, tanta bifurcación, tanta esperanza. Trozos de bolsas de plástico amarradas a ramas, tiras de plástico amarillo amarrado con alambre a determinados troncos; cuadritos, triángulos y rectángulos fluorescentes adheridos a otras ramas; flechas hechas con *sprays* en las piedras. Si se está atento, y se sigue tantas



señales, es menos posible extraviarse. Pero cuando se baja, de manera inexplicable, esa misma atención no sirve para nada. Haciendo una pequeña digresión en este intento —salpicado de otros intentos, los románticos— de contar una parte de Caracas, es importante la preparación seria para un paseo como este. Debe usted antes de subir informarse muy bien de todo lo relacionado con acampar en una montaña, los permisos, avisar de la pernocta en el puesto de guarda parques La Julia (subiendo por El Marqués, que es la vía más cercana a pico Naiguatá), llevar todo lo necesario, no llevar todo lo innecesario (que llevamos bastante. Por favor, no lo haga) y ser una buena persona, respetuosa con la montaña llevándose todo lo que trajo, incluyendo lo más importante: la basura. Fin de la digresión. Tal vez por causa del cansancio, no sabemos, el caso es que es muy fácil extraviarse en el regreso. Es mejor bajar en grupo para evitar perderse y ayudarse mutuamente, de ser necesario. Hay gente que de verdad

siente cariño por esta montaña. Los bomberos forestales son, y esta mención no les hace todo el honor, unos héroes. Desde todas las personas que trabajamos en la revista, les damos las gracias. Totales.

LA PERNOCTA

Desde Topo Goering (se pronuncia guerin) la temperatura cambia. La topografía también. Las piedras se llenan de musgo, más bonito que el que están vendiendo ilegal y descaradamente en el centro de Caracas. Como dije, llegamos de noche y hasta entonces no había llovido. Por un momento, al llegar al Anfiteatro, me pareció estar en la parroquia Universitaria, o en Plaza Venezuela, o en Caribe: gente joven escuchando música y charlando animadamente. Es sábado por la noche. Mi compañero y yo armamos la carpa —con la pericia típica de dos tipos de mediana edad, luego de caminar con suficiente peso por un sendero duro durante más de diez horas— alumbrados por una linterna que podía sostenerse con la boca. Sacamos una

Viene de la pág 38

exquisitez, congelada la noche anterior y que, extrañamente, aún continuaba congelada: caraotas. La mezclamos con arroz, calentamos, comimos, pusimos aislantes y *sleepings* y nos dispusimos al descanso tan necesario.

Se empiezan a escuchar las gotitas. Luego de un rato, se empiezan a escuchar los gritos desde las otras carpas: “¡Estoy en una piscina!”, “¡está flotando la linterna!”. Más tarde, pero no mucho: “¡Me va a dar hipotermia!”, “¡no puedo dormir!”. Y así. Entretanto, la terrible sensación de no saber qué hacer también flotaba dentro de nuestra carpa. Afuera llovía, sin exageración y, de verdad, torrencialmente. Una lata de agua, pues. Adentro, parecía que desde el techo, alguien estuviese atomizando a placer. Supimos lo que sienten las cucarachas cuando las rociaban con Baygón, sin poder escapar. A pesar de todo eso, mi compañero roncó. Un aislante y un *sleeping* no hacen, pero ni remotamente, las veces de una colchoneta, por lo menos. La dureza del camino no es una metáfora. La lluvia y la falta de sueño duraron casi hasta el amanecer. “Pana, ¿puedes abrir un poco para que entre aire fresco?”, me pregunta mi compañero. Mojado e insomne, deslizo el cierre de la puerta de la carpa y el chorro de aire más frío del planeta nos sacude. “¿Cierro?”, le pregunto. “Sí”. El pensamiento casi se escuchaba en un grito desesperado de deseo insatisfecho: “¡Que escampe!”. Como pasa siempre, amaneció. Después, alguien comentó: “Es que si el sobretecho (de la carpa) hace contacto con las paredes (de la carpa), pasa el agua”. Bueno, ya supimos que pasó.

LA VISTA MÁS HERMOSA

Antes del amanecer, un chocolate caliente alivia contundentemente. Una



rápida encuesta a seis montañistas, que tampoco durmieron, dio como resultado una temperatura estimada en 8 grados. Calentar ese chocolate dentro de la carpa, que aún era piscina, ayudó bastante.

Cuando llega ese amanecer (a veces llega antes, a veces después. Estamos hablando de ese amanecer, aquel, por el que valió la pena, o vale, todas las peripecias, las ronchas, los desamores, las circunstancias, los conflictos, las temporadas y todo lo que quiera ponerle o quitarle a la suma de esas noches, o esa noche, que usted escogió o tuvo que pasar para ver entonces ese amanecer. O aquel. O este), repito, cuando llega, usted lo intuye. Sabe que valió la pena el camino. Entonces el cuerpo y la esperanza se preparan para verle. El anochecer de un día como el de hoy, 6 de diciembre, se parece a alguno de aquellos amaneceres.

A las 6 de la mañana una pequeña multitud caraqueña se agolpaba al-

rededor de la pequeña cruz metálica que corona el pico más alto del Waraira Repano. Gente joven que no paraba de tomar fotos y pensar, de tomar fotos y mirar, de tomar fotos y llorar, de tomar fotos y celebrar. Sobre el mar Caribe se proyecta la sombra de otra cúspide que roza las nubes. Es un amor común. Como otros amores comunales que se gestan allá abajo.

Una compañera de ruta, de uno de los tantos grupos con los que uno se cruza, afirmaba que en los senderos o caminos de montaña es donde se conocen las miserias y virtudes de las personas. Hay sudor y solidaridad, camaradería y competencia, reflexiones y arrepentimientos, soledades y nostalgias. Esta montaña digna nos arropa, nos protege, nos sacude. Nos conmueve. Se baja lleno de paz, a pesar de las dificultades. El anochecer de un día como hoy, 6 de diciembre, tiene que parecerse a alguno de aquellos amaneceres. Que haya paz. ▀





FOTOGRAFÍAS MICHAEL MATA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 170 EL 20 DE MARZO DE 2016

EN EL VIENTRE DE EL SILENCIO

CONCEBIDA DURANTE LA FIEBRE DESARROLLISTA DE MEDIADOS DE LOS CINCUENTA HASTA SER EN LA ACTUALIDAD UNA ESTRUCTURA SUNTUOSA QUE INSISTE EN PERVIVIR, EL CENTRO SIMÓN BOLÍVAR, Y SUS IMBRICADOS PASILLOS, SON UN EMBLEMA DE LA CIUDAD TERCA QUE SE EMPEÑA EN RESPIRAR

Nathali Gómez

Clark Gable, con un impecable traje de paño beige, y su característico peinado engominado, camina bajo las torres de El Silencio. Sus zapatos con pátina dorada pisan los azulejos traídos de Italia para este proyecto, cuyo primer boceto data de 1942. El mármol de las columnas reluce bajo las lámparas, que le dan a este pasaje una iluminación acariciadora. El cristal de las vitrinas de los cien locales comerciales reluce. Picadura de oloroso tabaco, pipas, plumas fuente, cigarreras de metal, billeteras de cuero y boquillas, reposan sobre fieltro rojo surcado por hilos de oro.

Clark Gable no compra nada en el primer centro comercial construido en Venezuela, e inaugurado por Marcos Pérez Jiménez en 1954. Él lo tiene todo. Solo camina para dejarse fotografiar por la prensa, que lo persigue por cada pasillo. Los limpiabotas ven el fulgor ante

sus ojos y continúan su labor. El protagonista de *Lo que el viento se llevó* se acerca al joven Héctor Eloy Rivas y le pide que lustre sus zapatos pintados a mano. Así lo hace. Nadie toma una foto.

Lo que quizá no sepa el actor estadounidense es que Héctor Eloy vio a César Rengifo durante todo un año, entre 1954 y 1955, crear su mural “El mito de Amalivaca”, concebido por el artista caraqueño en 1952, tras haberse negado inicialmente a participar en el proyecto solicitado por la dictadura. Al final, Rengifo fue convencido por Salvador de la Plaza y Rodolfo Quintero de hacer esta obra pública de gran magnitud.

Es así como el mito de los Tamana-cos, sobre la creación de los primeros hombres, queda plasmado, a través de millón y medio de piezas de mosaico, en los 90 metros cuadrados de una de



Viene de la pág 40 

las paredes del Centro Simón Bolívar, que alberga a las torres Norte y Sur de El Silencio. Es un grito de resistencia indígena presente en el vientre de una ambiciosa obra arquitectónica como consecuencia de la visión desarrollista de la época.

Gable se despide, su tiempo es escaso. Lo esperan directivos de Televisa para almorzar. Tal vez tampoco le hayan dicho que habría podido alojarse en el Hotel Majestic, si no hubiera sido derribado en 1949 para construir este lujoso lugar por donde hoy camina. El progreso devora al progreso.

HACIA ABAJO

Al entrar a las torres de El Silencio el color que predomina es el

ocre, sin necesidad de filtros artificiosos. Los ojos se empeñan en ver pasado en el presente. La luz de la plaza Diego Ibarra, devuelta a la vida en 2011 por la Alcaldía de Caracas, trata de llegar a los rincones del que fuera el primer centro comercial de Venezuela, pero no lo logra.

La herradura conformada por las 120 tiendas, de las que funciona solo una cuarta parte, se hunde por caminos sinuosos, que cada cierta cantidad de pasos son atravesados por ocho pasillos que tratan de insuflar luz en tanta oscurana. El olor a orines es la guía que deja el humano para los que prefieren cambiar de dirección.

Las vitrinas invitan a conocer el tiempo detenido, aunque los precios se impulsan en un rápido ascenso al futuro. Rara dicotomía. Ya Clark Gable no camina por estos recovecos donde el mosaico lucha con el grafiti y el polvo. Si lo hiciera, vería peluches de tamaño natural que hablan de amor felpudo, tan irreal como un oso rosa.

Las fuentes de soda y los restaurantes, entre los que se incluye uno chino sin nombre, alimentan a los trabajadores de los ministerios que se encuentran allí. Afuera, las películas quemadas, la ropa de moda y los vendedores ambulantes, custodiados por “El hombre americano” (1954), un mural de cristal veneciano del artista ecuatoriano Oswaldo Guayasamín (rescatado por



Viene de la pág 41

Fundapatrimonio, el Gobierno del Distrito Capital y la Embajada de Ecuador, en 2013).

Héctor Eloy sigue puliendo zapatos, como desde hace 62 años, en el Centro Simón Bolívar. Desde su banquito habla de los arrebatones y del esplendor que se ha desdibujado. Además de los zapatos que según él le pulió a Gable, en 1957. No lejos, dos policías le piden la identificación a un hombre. Es una tarde como cualquier otra.

Algunos hablan de la trata de personas, principalmente de transexuales; otros incluso han visto escenas de sexo en los baños de algún local de expendio de bebidas alcohólicas y otros más prefieren no pasar por allí después de las seis de la tarde o los fines de semana. Hay mucha oscuridad y soledad, que no presagia nada bueno. El puesto de información del Terminal Río Tuy está vacío.

En las agencias de lotería y en las peluquerías se ve mayor movimiento. Hay varias a lo largo del vientre de las torres. El resto de los comercios están abiertos, esperando a un eventual comprador nostálgico de artículos que ya no se regalan.

El mural del “Mito de Amalivaca”, rescatado por el gobierno entre 2006 y 2012, deslumbra al caminante y hace que se acerque para hacer un recorrido por la historia de nuestros orígenes que nos cuenta Rengifo. Es puente, que une a la herradura comercial, y es el oasis. Sus colores son fulgurantes y está muy bien conservado e iluminado.

Sin embargo, en otro mural sin identificación, que queda en frente



de las antiguas entradas de los ministerios de Hacienda y del Trabajo, los peces de bronce que lo componían no sobrevivieron a la red desvalijadora. De ocho, solo quedan seis. En el espacio donde estuvieron los anteriores queda el trozo de cemento desnudo. Fue vil pesca de arrastre.

Héctor Eloy dice que antaño caminaron por ahí Alfredo Sadel, Benny Moré, Daniel Santos, Barbarito Diez. Un historiador presente afirma que le cree y que prefiere no decir nada cuando él habla.

Los objetos de las tiendas son una amalgama inexplicable en estos tiempos, no apta para un indeciso. Pipas, anillos, cadenas, artesanías “típicas”, lentes, artículos de oficina, billeteras, carteritas de licor, productos naturistas, linternas, brochas de afeitar, yesqueros, bolígrafos, relojes, juegos de mesa y navajas. Esos productos que eran para hacer regalos, en un pasado lejano, con sonido de bolero.

Debajo de todo esto, rugen y exhalan humo los autobuses del Terminal Río Tuy, inaugurado en 2011. Donde diariamente se movilizan unas 18 mil personas, que van a Bello Monte, Chuao, el Clínico Universitario, Santa Mónica, Prados del Este, El Cementerio, La Rinconada, La Bandera, Baruta, La Trinidad, El Hatillo y Petare.

La tarde cae y los limpiabotas comienzan a recoger sus implementos. El flujo de personas también comienza a reducirse, pues los trabajadores ya han culminado su jornada. Los pasillos volverán a quedar solos, con la dignidad de sus materiales que resisten al tiempo destructor. La Plaza Diego Ibarra apunta sus rayos de luz al mural de Amalivaca, como diciéndole que es posible salir de la oscuridad del abandono y volver a respirar. El vientre del Centro Simón Bolívar, que palpita aún lleno de vida, lo cree y espera. Ojalá que no tenga que volver Clark Gable para verlo. ▀





FOTOGRAFÍA JESÚS CASTILLO

PUBLICADO EN ÉPALE N° 174 EL 17 DE ABRIL DE 2016

LA ESQUINA DE ○TSIRC

Reinaldo González

La pregunta, incluida en la obra *El Cristo al Revés*, del dramaturgo Humberto Orsini, tiene varias respuestas fuera del libreto, como ocurre con otras esquinas de Caracas.

Requerido el prefecto de policía Carvallo para dirimir el empeño de los vecinos de La Yerbera (hoy avenida Fuerzas Armadas) y de La Pastora en llamar “El Cristo” a una de sus esquinas, resolvió favorecer a los primeros y agregarle “al revés” al ángulo pastoreño. ¿Herejía?, ¿falta de creatividad?, ¿le mojaron la mano? Quizá su mentalidad represivo-católica lo llevó a pensar que los habitantes de La Yerbera necesitaban más del símbolo cristiano. Carvallo sabía que esa zona había sido controlada en

los años 50 del siglo XIX por un respetado bandido de apellido Veitía —luego de eliminar a varias pandillas armadas que asesinaban sin contemplación—, “a tal punto que para que don fulano de tal pudiese dar una recepción en su hogar, invitar a un juego de Tresillo o sorber una taza de chocolate en amena camaradería con sus relaciones de amistad, tenía la obligación de informar por medio de escritos dejados en paredones de Jesuitas u otro lugar cualquiera, la petición del permiso para no ser interferido por Veitía y sus hombres”, dice Lucas Manzano en *Itinerario de la Caracas vieja*. Si a estos antecedentes les sumamos el terror que sembraban el Hermano Penitente, la Mula Maniá y otros espantos, que llevaron a los curas a colo-

car la efigie de Cristo en la esquina en cuestión, no es difícil comprender la decisión del prefecto. En torno a esa imagen se celebró por años, con flores, luces y hasta toros coleados, el día de Corpus Christi. El que esté libre de contradicciones, que tire la primera piedra, parafraseando a Jesús.

La versión más conocida sobre Cristo al Revés la expone Carmen Clemente Travieso en *Las esquinas de Caracas*, la comparte el pastoreño Víctor Zambraño y es la que recoge Orsini en su obra.

Prudencia: Resulta que allí en esa esquina vivía un zapatero remendón que casi no tenía clientela, mientras que un poco más abajo había otro zapatero que tenía muchos clientes. El zapatero

Viene de la pág 43

de poca clientela tenía un cristo de madera y era devoto de él, y un día molesto decidió castigar al santo por no proporcionarle clientela y lo puso con la cabeza pa' abajo, y enseguida se corrió la voz del Cristo al revés y se hizo famosa la esquina y al zapatero le llovió clientela. ¿Qué te parece?

La casa de aquel zapatero es habitada desde hace 33 años por Miriam Depablos. "El zapatero era un italiano. Acá vivieron otras tres familias antes de nosotros". La imagen invertida ya no existe. En cambio, hay una capilla dedicada a la Rosa Mística, "pero la vamos a demoler y a construir una nueva, porque la chocan a cada rato. Acá tengo todos los santos guardados".

De la esquina hacia el norte (El Perú) vivieron los padres del maestro José Antonio Abreu y todavía cae neblina, a pesar de la calima. Al sur (Castillitos) se podía ver a Carlos "Morochó" Hernández salir sediento de su casa rumbo al Club de los Carteros, ubicado de Cristo al Revés hacia el este (Totumos); hoy dan clases de tambor. Y al oeste (hacia Termópilas) cre-crecrió "El Gago" González, quien no hablaba muy fluido, pero cómo pedaleaba...

Una tercera hipótesis, recogida por Rafael Valery en *La nomenclatura caraqueña*, atribuye el nombre a una persona que sabía pintar letras pero no escribir. De ser cierta, hoy hablaríamos de la esquina de Otsirc, o algo así. ■



FOTOGRAFÍA ARCHIVO

PUBLICADO EN ÉPALE N° 233 EL 25 DE JUNIO DE 2017

¡PÁRATE EN EL NOMBRE DE LA LEY!

Francisco Aguara

Dos disparos y una voz marcial y determinante rompen el pétreo silencio de la noche: "Paaarateee, cooño 'e tu maaadreee, en nombre de la leey". El perseguido logra esconderse, toma una bocanada de aire y responde temerariamente: "Pa... pa... párate tú... guevón que... que es el que me está persiguiendo." Un contrapunteo de perros y gatos escandalizados terminan por alborotar la semioscura calle de Los Magallanes.

Desde el segundo piso de una de las casas un hombre trata de ver, a hurtadillas, lo que ocurre y su silueta es agigantada por la luz del televisor. El policía lo ve, se

atemoriza y dispara. El curioso se desploma con un certero balazo en medio de la frente. Es su primera muerte. Los niños y la esposa gritan aterrorizados y su desespero es ahogado por el escandaloso ulular de tres patrullas que se detienen frente a la casa. Los policías entran en tropel; al escenario llegará uno o varios de los excelentes fotógrafos de los diarios *Ahora*, *La Esfera* o *Últimas Noticias* buscando el mejor ángulo del cadáver, para ponerlo debajo de un gran titular que, invariablemente, dirá: "Muerto peligroso terrorista al enfrentarse a una comisión policial". Primera entrega de la segunda muerte: la difamación. Los juglares

Pasa a la pág 45

Viene de la pág 44

pregoneros venderán su tétrica mercancía cantando sus propios titulares: “¡Extra! ¡Extra! Acribillado un terrorista criminal que quería matar a una familia con los niñitos adentro. ¡Extra! ¡Extra!”. Segunda entrega de la segunda muerte. La tercera y última muerte se la dará el funcionario ante quien los familiares van a reclamar por el asesinato. Este les pedirá formales excusas por la equivocación, al tiempo que les prometerá cubrir todos los gastos del sepelio. ¿Qué más quieren, pues? Al despedirlos les hará una advertencia: no deberán hacer comentarios a nadie, y mucho menos a periodistas con fama de denunciantes ni a ninguna autoridad extranjera, caso contrario sufrirán las consecuencias de su desobediencia. Los familiares se marchan cabizbajos e impotentes. Es la tercera y definitiva muerte: la del olvido.

La voz de alto era solo un ardid para obtener testigos oyentes y detener al perseguido para luego aplicarle una ley no escrita: “la ley de fuga”. En lo sucesivo, ese sería el modo de operar de los numerosos cuerpos policiales que se van a crear a lo largo del período conocido como “el puntofijismo”. Las funciones de la tenebrosa Seguridad Nacional, creada en tiempos de López Contreras y reformada entre 1946 y 1950, serían esparcidas en otros cuerpos policiales como la Policía Técnica Judicial (PTJ, 1958); la Digepol (1959), luego Disip (1969), que fue constituida con excrescencias de la SN y de la policía del depuesto dictador cubano Fulgencio Batista, entre quienes se destacaron, por más de 30 años: Morales Navarre, Tony Canaves, Rolando Otero, Ugarte Bresselau, García Vásquez Paniagua y, por supuesto, Posada Carriles.

Los militares cooperaron en la intensa represión desatada en esos años con grupos especializados como Los Cazadores, el Servicio de Inteligencia de las Fuerzas Armadas (SIFA, 1963) y los teatros de operaciones. Hasta los jefes civiles, una especie de capataces parroquiales, tendrían a su servicio cuerpos de inteligencia como Sipol. A esta parafernalia policial hay que agregarle los grupos par-

1966: EL MINISTRO DE RELACIONES INTERIORES ADMITE QUE EL HAMPA DESBORDÓ A LA POLICÍA. EL 10 DE JUNIO HAY TRES HERIDOS EN EL RECIÉN ABIERTO RETÉN DE CATIA

apoliciales como “la sotopol”, “la manzopol”, “la cobra negra”, “la polpol”, atribuida al ministro de Interiores Luis Augusto Dubuc, y las bandas armadas del partido AD, con sus cabilleros especializados en sabotear elecciones sindicales que perdía el partido y en atacar cualquier manifestación contra el Gobierno.

LA ERA ESTÁ PARIENDO UNA TRAICIÓN

En 1958, en diciembre, casi no se realizan las elecciones pautadas debido a los intentos golpistas del general Castro León. El ungido es Rómulo Betancourt, un individuo pugnaz, intolerante y de un anticomunismo cerril y obsesivo solo comparable a su inclinación proestadounidense. Con él y el apoyo de tres partidos políticos se iniciaría el período histórico conocido como el “puntofijismo”, la época más violenta de la Venezuela del siglo XX. La violencia de todo género sería, entonces, el signo que caracterizaría ese período, sobre todo en los primeros diez años. Así lo definió, como en un bautismo de fuego, la represión ocurrida en la plaza La Concordia en agosto de 1959, cuando cientos de obreros protestaban por la eliminación del Plan de Emergencia instrumentado por Larrazábal en 1958, para enfrentar la crisis económica de aquel año. ¿Resultado? Cuatro muertos y más de 60 heridos, que iban aumentando al pasar de los días porque la represión continuaría con ferocidad nunca vista hasta ese momento.

SIN ALIENTO: CRONOLOGÍA DE UNA TRAGEDIA

Pero el pueblo, las organizaciones políticas y los movimientos populares se organizarían para dar respuesta al intento del Gobierno por aplastarlos, en medio de una década convulsa a nivel mundial por el enfrentamiento entre dos bloques hegemónicos, con uno de los cuales, el representado por los Estados Unidos, se alinearía el gobierno de Betancourt. Por razones de espacio, y por ser esto una crónica, pasaré por alto algunos, o muchos, episodios ampliamente tratados por la historiografía nacional, para concentrarme en lo ocurrido en Catia y así tratar de cumplir con un deber moral que tenemos todos: darles rostro a las víctimas y a los luchadores caídos durante tan turbia época.

1959: otro intento de golpe y los catienses vuelven a levantar barricadas en sus calles para enfrentarlo; en Los Frailes amenazan a 30.000 personas con desalojos. 1960: en mayo se aprueba la Ley de Medidas Económicas o “ley del hambre” o “la mayobrada”. En junio el presidente del Banco Obrero amenaza con desalojar a los vecinos de Lomas de Urdaneta. El 24 de junio ocurre el atentado en Los Próceres; uno de los responsables, Yánez Bustamante, es atrapado en la carretera vieja Caracas-La Guaira; otro de los implicados en ese hecho, Cabrera Sifontes, casi muere al voltearse la patrulla que lo llevaba a La Modelo. Se divide AD y nace el MIR. El Gobierno intenta desalojar a los habitantes del barrio Isaías Medina para proteger al terrateniente Ochoa Palacios. El 17 de septiembre hay diez heridos graves por explosión en calle Argentina, edificio Iruma. Octubre: se cierran varios periódicos; el 17 hay un conato de rebelión en la Cárcel Modelo promovido por el mayor Alipio Márquez; preso Humberto Cuenca en La Modelo. La “sotopol” se despliega con saña y asesina a Iván González en Cútiara. El día 30, en el marco de una arremetida violenta, que el Gobierno llamó “La Marcha sobre Caracas”, se sitia Lomas de Urdaneta por guardias nacionales y soldados del Cuartel Urdaneta. Allan-



Viene de la pág 46

aron el Bloque 10 y se llevaron detenidos hasta menores de edad; ese mismo día una banda de la “polpol” hiere gravemente a Jimmy Salaverría, estudiante del liceo Agustín Aveledo. Noviembre: se suspenden las garantías, aumento sin precedentes de los crímenes. El 1ro, guardias nacionales que custodiaban la antena de Radio Continente asesinan a un joven de 16 años del Bloque 6 de Propatria cuando colocaba una bandera en la azotea; guardias nacionales hieren, de gravedad, al niño Oscar Martín en Lomas de Urdaneta; el día 6 asesinan a Carlos Tomás Naranjo, de 16 años, estudiante del liceo Luis Ezpelosín. En ese mes ya se contabilizaban 2.000 presos políticos en retenes policiales. Los “sotopoles” eran comandados por, entre otros, Manuel A. Rodríguez “Escalera”, Juan Pablo Peñaloza y José M. Quintero, guardaespaldas de Hugo Soto Socorro. En Catia ese cuerpo clandestino lo dirigía Ricardo Ávila, de la calle El Tranvía de Los Frailes. 1961: los grupos de izquierda declaran la lucha insurreccional y muchos se van al monte a crear frentes guerrilleros. En Catia varios sectores van a constituirse en vanguardia de la lucha revolucionaria. Se cometen 43.000 delitos en Caracas. Se aprueba la Constitución Nacional y son suspendidas las garantías que esta otorga. 1962: el 1ro de abril comienza una huelga de hambre en el Retén de El Junquito, a la que se sumaron otras 150 personas en todo el país. El 4 de abril hay un muerto en nuevos disturbios en Catia. El día 6, dos heridos y cuatro vehículos incendiados frente al Miguel Antonio Caro. La Agencia Internacional para el Desarrollo entrena policías venezolanos en la Escuela de las Américas en Panamá. Freddy Cárquez, del partido comunista, es atrapado en el Bloque 8 de Urdaneta, donde imprimían periódicos clandestinos. Huelga de hambre en el Retén de Menores de El Junquito; el líder es Alejandro Tejero y la consigna “libertad o tribunales”. 6 de diciembre: activistas del



PCV y MIR, autores de nuevos asaltos, capturan un radiotransmisor en La Silsa. Mueren en Catia cuatro policías, hay 15 heridos y estallan 75 niples ese año. 1963: el 2 de enero el Gobierno advierte que no habrá amnistía. 2 de mayo: detenidos por la Digepol ocho miembros de una banda comunista; el jefe era José del Carmen Bolívar y, junto con él, caen Jeremías Mendoza “Jarajara” y Eduardo Ekhout. El 6, hombres armados incendian empresa Unión Gráfica. Noviembre 19: diez muertos y diez heridos en disturbios y allanamientos en Propatria, Casalta, La Silsa y Lomas de Urdaneta; Botini Marín, del Bloque 5, Jesús Celestino Aguana, alias “Billy”, y Omar Mora Díaz eran los líderes del PC en Propatria. Ese año se cometieron en Caracas 34.292 delitos. Es detenido el comandante “Pastor” (Félix Pastor Suárez), jefe activista de Casalta y Propatria. El día 6 “la Cobra Negra” mata a Francisco Antonio Acosta; el 13 es herido un agente de la PTJ en Lomas de Urdaneta; el día 19 hay 10 muertos y 100 heridos en disturbios en La Silsa, Propatria, Lomas de Urdaneta y Lídice; el día 20 hay nuevos disturbios en La Silsa; el 21 ocurren 6 muertos y 8 heridos e intentan quemar

negocio en Altavista. Ese mes se crea una comisión nacional para la pacificación del país. El Gobierno anuncia, el día 22, nuevas detenciones contra comunistas y se suspenden las clases hasta enero. Estalla un sangriento motín en el Retén de Menores de El Junquito. Diciembre: “Ciudadano, no te dejes amenazar por el hamponato comunista. Vota, las FAN te protegen”, decía un aviso el día 1ro. El 2 hay un tiroteo entre soldados y hombres armados en el colegio Sergio Medina. La parroquia Sucre tuvo el mayor número de inscritos para las elecciones con 108.626; en La Modelo gana Uslar Pietri. El día 4 hay un muerto y un herido al estallar bomba en la calle Argentina; seis heridos en disturbios en El Silencio y La Silsa. 1964: 29.730 delitos en Caracas. “Tenemos la policía más cara del mundo y a la vez el mayor índice delictivo”, dice un titular de la revista *Momento* en marzo. López Sisco inicia su carrera criminal en la PTJ. El sábado 20 de ese mes un agente del SIFA dio muerte al estudiante Florencio Gustavo Landaeta, por delación de un “cuerda floja” llamado Domingo Muñoz. El 21 de mayo se realiza un paro nacional estudiantil al que se suman los liceos de Catia; el 23



Pasa a la pág 47



Viene de la pág 46

de mayo ocho estudiantes de la Escuela Técnica Industrial de Catia resultan heridos por disturbios. En julio los anticastro cubanos residentes en Caracas se pronuncian en contra de la amnistía, seguidamente el Gobierno prohíbe manifestación proamnistía. 1965, abril 18: detienen a personas que recogían firmas para pedir la libertad de Pérez Jiménez; la PTJ allana casas de los Peña en las calles Maury y El Cristo. El lunes 19 de abril bloquean los barrios caraqueños para impedir la quema de Judas. En Cútira prohíben uno de tres cabezas. El sábado 24 de abril desmantelan banda armada que asaltó el bar Palestina y era comandada por Jesús Aguana; 10.660 presos en las cárceles venezolanas. Agosto 6: jovencito pierde la mano en Propatria al estallarle niple y un pordiosero pierde, también, una mano al estallarle niple al frente. El 14 de septiembre se descubre en Lídice el destacamento guerrillero Jesús Alberto Trujillo. Atrapan a Rosalio Aponte, Pedro Urbina y Amable Ruiz. El 1ro de octubre son asesinados dos guardias nacionales por un comando guerrillero, en misión de rescate de un procesado; el 16 de octubre fueron detenidos José Fernando Vilorio, “Tarzán”,

Luis Antonio Mora, “comandante Daniel” y Alberto Landaeta, “el Chino”. Aumenta el índice de criminalidad juvenil y se cometen 29.693 delitos en Caracas.

CINCO DÉCADAS

1966: el ministro de Relaciones Interiores admite que el hampa desbordó a la policía. El 10 de junio hay tres heridos en el recién abierto Retén de Catia. Octubre: el día 2 muere un policía al frustrar un atraco en la empresa láctea Prolaca, realizado por un comando guerrillero; al día siguiente guerrilleros disfrazados de policías roban una bomba de gasolina en la avenida Sucre. 1967: en marzo ocurren allanamientos en Los Magallanes por el asesinato de Iribarren Borges; allanan el barrio Vista El Mar. En junio se realiza la operación “raqueta”; paro nacional estudiantil; la Guardia Nacional demuele ranchos en Gramován. En julio fiscal de tránsito mató al joven Rogelio López en Brisas de Propatria. Se inaugura cuartel de policía en Los Flores de Catia. 1968: en enero 15, más de cien detenidos al estallar niple que destruyó abasto en La Silsa. Diciembre 4: 11 niples estallaron en Catia; el 4 de diciembre hay

un muerto, 18 heridos y varios desaparecidos en incendio y explosión terrorista en zapatería La Popular y comercial Gregor en la calle Argentina. Un estudiante venezolano, de Altavista, es apresado en Rusia, acusado de espía. Los presos políticos de La Modelo, comandados por Julio Cabello y Manuel Negrón, denuncian maltratos a los familiares. 1969: se crea la Disip y la Policía Metropolitana. Enero 24: más de cien detenidos en los barrios por operación antiguerrillera Zonal 3. Guerrilleros tomaron barrio La Silsa comandados por mujeres. Herido en el cuello guerrillero. Se realizan elecciones y, luego de una prolongada y tensa espera, se declara vencedor a Rafael Caldera por cerrada diferencia numérica con el contenedor adeco: comienza “la guanábana” o el bipartidismo adeco-copeyano. La represión, lejos de disiparse, se profundiza aún más, aunque se llega a un acuerdo con los líderes insurrectos a través de una Ley de Pacificación, a la que se acogen, principalmente, muchos dirigentes. La represión continuó, pero la lucha en las calles, liceos y barrios se intensificó. ■





FOTOGRAFÍAS MICHAEL MATA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 321 EL 28 DE ABRIL DE 2019

EN MARÍN FUE QUE EMPEZÓ LA COSA

LOS HEREDEROS DEL CÓDIGO POSTAL 1015 AFIRMAN CON VEHEMENCIA QUE FUE EN SUS FUEROS, Y NO EN CARICUAO, DONDE NACIÓ LA SALSA. CONSIDERAN SU COMUNIDAD COMO LA MEJOR DEL MUNDO Y ANTEPONEN LA CULTURA A CUALQUIER VICISITUD COTIDIANA. CONOZCAMOS PARTE DE LA PARROQUIA QUE TIENE MADERA FINA

**María Eugenia
Acero Colomine**

Lo bonito de la misión que tenemos en la revista *Épale CCS* de difundir la personalidad de las 22 parroquias que conforman la inmensidad del Distrito Capital es que, al aproximarnos a cada comunidad, nos queda la profunda sensación de que Caracas no es Caracas. Esto es: Caracas no es una sola ciudad, sino múltiples ciudades que cohabitan dentro de un mismo imaginario. Así, acercarnos a La Pastora, por ejemplo, nos deja con la sensación de que en cualquier momento se nos aparecerá José Gregorio Hernández buscando el dichoso medicamento que se lo llevó a la eternidad. En el caso de San Agustín se abre ese mismo portal espacio-temporal, y basta nomás traspasar la pasarela que conecta a la

comunidad con Parque Central para sentir que te encuentras en los años 60 o 70 y que en cualquier momento te vas a topar con una comparsa. Llegamos a la Avenida Principal de San Agustín y ahí nos recibieron vecinos jugando dominó y bebiendo cocuy al son de Ismael Rivera. Una venta ambulante de verduras, un quiosco-quincalla y un puesto para remendar zapatos complementaban la escena, haciéndonos olvidar, por segundos, que nos encontrábamos en Caracas, en el año 2019. Hacia el costado sur de la gran montaña, que inicia con el Jardín Botánico y que termina con El Helicoide, la dinámica cotidiana desacelera el paso y despliega un tumbao en su andar.

Pasa a la pág 49

Viene de la pág 48

“Tengo 56 años. Llevo toda mi vida viviendo aquí y puedo asegurar que la inseguridad en la zona ha desaparecido casi totalmente desde que llegó Dios al sector. También por la presencia de FAES y de la PNB, que no dejan de custodiar las calles. Yo abro mi negocio todas mañanas a las 5 am y cierro a las 10 pm. La única vez que me atacaron fue cuando las guarimbas, que le dispararon al negocio. De resto, aquí se respira paz. A los lectores les recomiendo que vengan a conocer San Agustín. Que visiten las canchas de La Charneca y la cancha de básquet”. Así abrió el pastor José Luis Pérez quien, aparte de predicar el evangelio, repara todo tipo de calzado en plena Avenida Principal. Seguimos caminando y conversamos con Lila Campomar, comerciante informal de 33 años. De entrada, irrumpió: “Con el chavismo aquí no hay nada bueno. Pero ya que me preguntas sobre San Agustín como comunidad, sí debo decirte que somos el mejor barrio del mundo. Aquí todo el mundo es solidario. Si algo te sucede, los vecinos de inmediato acuden a auxiliarte. Aparte, aquí todos somos muy rumberos, así que la música siempre está sonando en la comunidad.” Cuando se le preguntó a la joven en materia de seguridad y otros servicios básicos en la zona, no expuso quejas. Solo nos recomendó: “Lléguense a la tasquita de Longa para que pasen un rato diferente. Siempre serán bienvenidos a San Agustín”, concluyó.

Nos paseamos por sus calles principales y las casas aún mantienen parte de la arquitectura original de la comunidad. Esta parroquia fue creada hace 143 años, cuando adquirió su estilo arquitectónico de la mano de Antonio Guzmán Blanco, en 1876. Algunas de las localidades más emblemáticas de la



parroquia San Agustín son los sectores San Agustín del Norte, San Agustín del Sur, El Conde y barrios o zonas populares como Hornos de Cal, La Charneca, El Mamón, El Manguito, Marín, Televisora, La Ceiba, El Dorado, Roca Tarpeya, entre otros; y los nuevos urbanismos que están a lo largo de la avenida Bolívar.

“Su construcción se hizo desde lo alto de las montañas hacia abajo. En esos primeros tiempos el río Guaire no estaba canalizado, y cuando crecía ocupaba toda la zona baja de la parroquia”, es la razón fundamental por la que se construyó así, contó uno de sus historiadores, el señor José Agapito Hernández, quien junto a otros compañeros decidió rescatar la memoria histórica del lugar que los vio nacer y crecer.

En 2010 la comunidad dio un vuelco a su cotidianidad y ritmo

de vida con la inauguración del Metrocable, el primero en toda Venezuela, con cinco estaciones: Parque Central, Hornos de Cal, La Ceiba, El Manguito y San Agustín. Esta innovación social mejoró cuánticamente la calidad de vida de sus habitantes, quienes, además, cuentan con el urbanismo Brisas del Alba, un Centro de Diagnóstico Integral y una sede de Mercal.

Caminando por el paseo principal de la comunidad llegamos hasta el teatro Alameda: una leyenda para la historia musical de San Agustín. Se dice que Daniel Santos, La Lupe y numerosas orquestas y músicos llenaron la ciudad, en los años 60 y 70, de sabor y ritmo latino desde estos predios. El profesor de teoría y solfeo Alexis Pacheco nos recibe: “Trabajo aquí desde 2004 y mi labor es formar a niños en teoría y solfeo. También trabajo con adultos



Pasa a la pág 50

Viene de la pág 49 

mayores de la comunidad. De aquí, mis estudiantes salen preparados para profundizar en sus conocimientos musicales. De hecho, muchos de nuestros muchachos integran el Sistema Nacional de Orquestas. Aquí, en el teatro Alameda, también damos clases de danza, percusión afrovenezolana, percusión caribeña, guitarra, cuatro, iniciación a la teoría y solfeo y cantos populares”. Alexis Pacheco se despide de nosotros. Le preguntamos por los famosos bongós Pan con Queso, pero nos indicó que ya no se están manufacturando. El profesor Pacheco aprovechó para presentarnos a José Alberto Francia, mejor conocido en la zona como Caraotica. Francia recuerda cómo Ángel Méndez lo reseñó en una crónica, que aún conserva en su casa, y aprovechó para hacer la denuncia de que a músicos como él no los toman en cuenta ni para eventos del tipo Suenar Caracas ni para la radio. “Yo tengo cinco discos en mi haber. Toqué con Daniel Santos y ‘Canelita’ Medina, así como con las orquestas de Cheo García y Memo Morales. Me gustaría que nos tomaran en cuenta, pero estoy resignado. Así como yo hay muchos otros aquí, en El Valle y La Pastora con el mismo sentir. Respecto a la comunidad, estoy conforme: somos unidos y nos respetamos, pero en la parte cultural nos están dejando de lado, y eso es grave”. José Alberto Francia aprovecha para escoltarnos rumbo a La Tasquita, un bar cuya entrada no se divisa desde el bulevar pero que nos recibe con una cancha de bolas criollas y grupos jugando dominó, bailando y disfrutando de la partida. En este recinto conocimos a un nutrido grupo de músicos que compartieron sus testimonios.

“La identidad musical de San Agustín viene por la gran oleada de negros que

*TUVIMOS EL HONOR DE
CONOCER A PEDRO
GUAPACHÁ, HIJO DEL GRAN
CULTOR CUBANO Y DIRECTOR
DE LA BIBLIOTECA LA CEIBA.
“ME FORMÉ DE NIÑO CON
MI PAPÁ Y EN FAMILIA
LEVANTAMOS LA IDENTIDAD
MUSICAL DE LA ZONA”.*

llegamos desde Barlovento y los Valles del Tuy. Fue esa masa migratoria la que, originalmente, moldeó a los habitantes del sector. Luego vinieron más influencias musicales desde La Victoria, y con esta llegada se desarrollaron cultos religiosos como el de San Juan Bautista”, nos explica Evelio Palacios, alias Sarabanda. Afirma haber sido parte de los docentes que formaron y moldearon el grupo Madera, ícono por excelencia de la identidad salsera de la zona. “Yo, originalmente, vivo en Cotiza, pero la vida la hago aquí. Son muchas décadas de trabajo y militancia. He formado cientos de muchachos. Pasa que una vez que crecen, se olvidan de uno. Esa ingratitud me duele, pero yo sigo con mis chamos y con mis grupos musicales”.

Carlos González, director de Ensamble Latino, lo interrumpe para hablar de su proyecto. “Mi banda nació aquí en La Tasquita. Una vez me escucha-

ron cantando y me empezaron a proponer para participar en diversas bandas. Desde entonces no he parado. Y todo esto gracias a la comunidad”. Nos despedimos del animado grupo de embajadores musicales, mientras veíamos cómo el equipo local de Los Zumbaos les daban paliza al equipo visitante en bolas criollas. Para interesados en conocer este espacio, les informamos que la botella de cocuy está en Bs. 5.000. Sin embargo, nos advirtieron que ese espacio no era muy bendito, así que recomendamos que vayan en grupo y temprano, por si las dudas.

Llegamos a la tasquita de Longa (recomendación de la joven que entrevistamos) y ahí tuvimos la oportunidad de conocer a Carlin Rodríguez (hijo). Rodríguez sigue el legado de su padre, Carlin Rodríguez, como presidente de El Afinque de Marín. “La cultura de San Agustín es tan amplia que no nos toman en cuenta. Aún así, y con las uñas, mantenemos la tradición y la vida de El Afinque. No crean en el país de las maravillas. Crean en lo que nosotros estamos haciendo con nuestro esfuerzo. Carlin Rodríguez (hijo) nos extendió la invitación a llegarnos en mayo, cuando se conmemoran siete años de la partida física de su padre. “Habrá música hasta el amanecer, no se la pueden perder”. Finalmente, tuvimos el honor de conocer a Pedro Guapachá, hijo del gran cultor cubano y director de la biblioteca La Ceiba. “Me formé de niño con mi papá y en familia levantamos la identidad musical de la zona. Fue en Marín que empezó la salsa. Aquí venían La Lupe, Daniel Santos, ‘Nené’ Quintero y muchos más. El grupo Madera que formamos, y el que sobrevive, hace una labor social importante. Mi mensaje es que, como cultores, debemos tener conciencia del trabajo social”. ■





PUBLICADO EN ÉPALE N° 322 EL 05 DE MAYO DE 2019

SOBRE RÍOS Y QUEBRADAS: MEMORIAS QUE SON PUENTES

Jessica Dos Santos

CONSTRUIR PUENTES PARA ESQUIVAR PRECIPICIOS, RÍOS O RIACHUELOS NO FUE UNA NECESIDAD URGENTE EN LA CARACAS DE ANTAÑO. DE HECHO, EN EL AÑO DE 1772, LA CIUDAD CONTABA CON TAN SOLO DOS PUENTES; TREINTA AÑOS DESPUÉS (ESPECÍFICAMENTE EN 1801) LA CIFRA APENAS HABÍA AUMENTADO A SIETE; MIENTRAS QUE PARA 1889 LLEVÁBAMOS 33. SIN EMBARGO, CADA UNO DE ESTOS ELEVADOS POSEE UNA HISTORIA MEJOR QUE LA OTRA. VEAMOS

¿CUÁL FUE EL PRIMERO?

Se dice que el primer elevado construido en Caracas fue “el puente del Catuche”, el cual posteriormente se llamó “la Candelaria”, y luego “Puente Real”, hasta que finalmente, durante el siglo pasado, recibió el nombre de “Doña Romualda” o “Romualda” a secas.

Romualda Rubí fue una famosa matrona, quien al parecer preparaba unas delicias gastronómicas inolvidables, y vivía justo en ese lugar.

Actualmente, al cruzar la esquina de Romualda, casi nadie sabe que está transitando por aquel famoso y renombrado primer puente de la ciudad, pues se encuentra totalmente oculto por el embaucamiento y las construcciones de concreto.

No obstante, según el plano de Caracas de Enrique Mendoza Solar este puente data del año 1735 y sería, en efecto, el más antiguo de la ciudad.

“Enrique Mendoza Solar, reconstruyó el plano de Caracas para el año de 1810. Se sirvió de las noticias del obispo don Mariano Martí, los planos de Francisco De Pons, Ángel Jesurum, y otros ingenieros e historiadores. Su plano nos permite reconocer fácilmente los sitios más importantes”, afirmó el cronista venezolano, Enrique Bernardo Núñez.

PERO...

Sin embargo, algunos estudiosos afirman que treinta años antes, el sargento Nicolás Puncel Montillas, ya había construido, por sus propios medios, un puente de ladrillo y cal, para co-

Pasa a la pág 52

NO OBSTANTE, SE CUENTA QUE EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN DEL PUENTE EL GUANÁBANO EL PESO DE LA GENTE LO HIZO ESTREMECER, RAZÓN POR LA CUAL FUE CLAUSURADO DE INMEDIATO PARA LUEGO HACER UNA CONSTRUCCIÓN MUCHO MÁS SÓLIDA

Viene de la pág 51

municar su estancia con el centro de la capital.

Puncel le había pedido al ayuntamiento un terreno en la otra banda del río Catuche, para establecer su vivienda y una industria de corambre (conjunto de cueros o pieles). Por ese sitio pasa hoy la avenida Fuerzas Armadas, al norte de la Plaza España.

Al respecto, se indica que la población usaba regularmente la edificación, incluyendo a los arrieros con sus cargas y recuas. Ergo, el “Puente de Puncel” también pudo haber sido la primera construcción solida y perdurable que tuvo Caracas.

En este sentido, la hoy esquina de Punceres lleva su nombre en homenaje a él.

¡No hablemos del primero sino del más polémico!

Mientras tanto, otro elevado de Caracas ostenta una macabra contabilidad: al menos dos mil personas decidieron usarlo para acabar con sus propias vidas.

Se trata del puente Guanábano, frente al Tribunal Supremo de Justicia, en la Avenida Baralt.

“Muchas historias trágicas conoció el Puente del Guanábano (...) El puente



sirvió, como dice el pueblo en su lenguaje criollo, de ‘revólver del pobre’. Y bajo sus arcadas de hierro se estrellaron más de dos mil personas locas o desesperadas, que creyeron encontrar en el suicidio el remedio a todos sus males”, relató la escritora, Carmen Clemente Travieso, en su famoso libro *Las esquinas de Caracas*.

El puente fue construido cuando el presidente Antonio Guzmán Blanco decidió edificarse una lujosa mansión en los altos de La Pastora.

“Cuando el viejo Guzmán se fue a vivir a su lujosa quinta, no existía ninguna calle que uniera el sitio con el resto de la ciudad, por lo que se hizo urgente echar un puente sobre el abismo donde se encontraba un hermoso árbol de Guanábano”, agregó Travieso.

Este elevado fue realizado por el ingeniero Jesús Muñoz Tébar, quien fue ministro de Obras Públicas en cinco

ocasiones durante el gobierno de Antonio Guzmán Blanco.

No obstante, se cuenta que el día de la inauguración, el peso de la gente lo hizo estremecer, razón por la cual fue clausurado de inmediato para luego hacer una construcción mucho más sólida.

Antes de este elevado, el único puente que unía la parte alta de La Pastora con el centro de la ciudad, era el puente de Carlos III (en honor del entonces monarca Carlos III de Borbón), fabricado en el siglo XVII, por disposición del entonces gobernador José Carlos de Agüero. Hoy por razones históricas y arquitectónicas es considerado patrimonio de la ciudad (según Gaceta Oficial n° 31.139 de fecha 27 de diciembre de 1976).

De hecho, a Guzmán Blanco se le atribuyen al menos 4 famosos puentes, construidos entre 1870-1877: Caño

Pasa a la pág 53

Viene de la pág 52

Amarillo y Curamichate al oeste, Puente de Hierro al sur y Guanábano al norte.

NO ERA EL ÚNICO SUICIDA...

No obstante, los suicidios no sucedían únicamente en el Puente del Guanábano. Por ejemplo, se suele recordar mucho el caso de María de Lourdes Cimeña.

Cimeña estaba desechada por un boticario que no correspondía a su amor. En medio del dolor, decidió quitarse la vida desde el Puente Guanábano. Pero, el infortunio fue doble, pues sobrevivió a la caída con fracturas en ambas piernas, por lo cual fue apodada como “La Mocha” de la ciudad.

Entonces, la mujer decidió intentarlo nuevamente. Pero, esta vez desde el puente “El Viaducto” ¿y adivinen? También sobrevivió.

“Había en Caracas puentes fatídicos: el Viaducto y el Guanábano. Ambos eran muy útiles para aquellos que deseaban quitarse la vida y no tenían con qué comprarse un revólver, especialmente el segundo, ya que el primero fracasó pues muchos suicidas se salvaron al enredarse en los cables del alumbrado público. También era muy adecuado para el suicidio el Puente de Miraflores; pero algunos lo desdénaban porque le tenían más confianza al del Guanábano”, relató el cronista Luis A. Narváez Vaz.

PUENTES METÁLICOS

Años después, muchos puentes nuevos empezaron a cruzar el Río Guaire. Pero con una novedad: eran metálicos.

El primero fue el denominado “Puente Regeneración” aunque en realidad fue rebautizado como “Puente Hierro”. Esta construcción se terminó en el año 1875.

Años después, en 1882, vino el “Puente Constitución”, el cual tras una crecida del río fue sustituido por uno nuevo llamado “Puente Sucre” al final de calle



sur 7, en lo que hoy es la Avenida Fuerzas Armadas.

Asimismo el conocido “Puente El Paraíso”, también derribado por una crecida.

Finalmente llegó “El Puente Dolores”, llamado así por su cercanía a esa esquina. Fue construido en 1897 y cierra el circuito de puentes metálicos de finales del siglo XIX.

Muchos de estos elevados ya no existen. No obstante, en sus lugares aún se conserva algún rastro del ayer.

“Puente Hierro, Dolores y Paraíso se sustituyeron por estructuras de concreto armado, hiperestáticas, y luego se dio la aparición de nuevos puentes tales como el arco y pórtico doble a la entrada de la Ciudad Universitaria, los pórticos del Puente Lincoln, Puente Roosevelt, Puente Las Mercedes, los arcos múltiples del puente de la Autopista del Este sobre el río Guaire, las

separaciones de rasante en la Avenida Fuerzas Armadas, Avenida Sucre, Los Caobos y tantos otros que han marcado la superación”, explicó el ingeniero Eduardo Arnal.

Los informes actuales señalan que en toda Venezuela hay unos 6.125 puentes en servicio con una longitud total de 93,3 kilómetros. El 66% de los puentes tienen más de 40 años de servicio y el 22 % más de 50 años.

¿Qué tal si entre todos nos proponemos revivir sus historias? Al fin y al cabo, estos tiempos nos requieren un poco de los puentes, como dice el poema del español Manuel Benítez Carrasco: “El puente es como clavar voluntad y fundamento; ser piedra en vilo en el viento, ver pasar y no pasar. El puente es como cruzar aguas que van de vencida; es darle la despedida a la vida y a la muerte y quedarse firme y fuerte sobre la muerte y la vida”. ▀





FOTOGRAFÍA ARCHIVO

PUBLICADO EN ÉPALE N° 327 EL 9 DE JUNIO DE 2019

LAS PRIMERAS 5 ESTRELLAS

Se dice que en el mismo terreno donde el presidente Antonio Guzmán Blanco erigió el Congreso Nacional, antes solía existir una posada.

Esta posada era la más digna de la ciudad y con el paso del tiempo se transformó en el llamado “Hotel Saint Amand”.

De hecho, dos militares norteamericanos se alojaron allí en el año 1857 y el relato de su estadía fue publicado en la revista “Harper’s New Monthly Magazine”:

Jessica Dos Santos Jordán

“...frente a nuestra posada están las altas paredes de un convento, que la Revolución y el terremoto parecen haber respetado; hay unas sesenta monjas venerables que ocupan esta manzana principal de la ciudad”.

En efecto, en los terrenos del actual Palacio Federal Legislativo también se encontraba antiguamente el Convento de las Reverendas Madres de la Inmaculada Concepción.

Guzmán Blanco ordenó expropiar un solar del convento entre las esquinas

de La Bolsa y San Francisco, para la construcción del cuerpo sur del Capitolio Federal

Pero, en 1876, el Ejecutivo decretó la construcción del cuerpo norte, y en 1877, todo el terreno que pertenecía al convento estaba ocupado por el conjunto de edificios que forman el Capitolio.

EL GRAN HOTEL

No obstante, el primer hotel realmente conocido de Caracas fue “el Gran Hotel”.

Según el reportero y cronista, Guillermo José Schael, “este hotel estaba

Pasa a la pág 55

Viene de la pág 54

ubicado entre las esquinas de Bolsa a Mercaderes, en el mismo inmueble que durante mucho tiempo ocupó la afamada posada 'El León de Oro' de los hermanos Delfino”.

Esta edificación fue fundada por el gerente hotelero, Juan Rodríguez Cordero en 1909, de cara a la celebración del Centenario de la Independencia.

Por aquellos años, en las ediciones de la revista *El Cojo Ilustrado* se promocionaba el hotel como uno de los puntos más importantes de Caracas:

“El Gran Hotel de Caracas posee un estilo europeo con piezas empetatadas y empapeladas (acabados de pisos y paredes) con zócalos al óleo, alumbrado eléctrico y muebles a todo lujo (...) ideal para las personas que deseen tener el confort de los grandes hoteles de Europa, con un salón recibo alfombrado, su baño, water closet y un bidet”, escribían.

Quizás por esta razón el hotel contó con huéspedes de altura como el cantante de ópera italiano Titta Ruffo, el científico Alexander Graham Bell (inventor del teléfono), y la bailarina rusa Anna Pavlova.

EL QUÉ TAL

Hasta que llegó El Hotel Majestic, una edificación inaugurada el 30 de diciembre de 1930, frente al Teatro Municipal, en lo que hoy se conoce como la torre sur del Centro Simón Bolívar.

Este hotel fue diseñado por el arquitecto hispano venezolano Manuel Mujica Millán y la construcción estuvo a cargo del ingeniero Eloy Pérez Alfonzo.

“También fue diseñado en parte por el arquitecto catalán Marcelino Mari y terminado luego por el arquitecto Manuel Mujica Millán. El hotel configura-

ba con el semicírculo de sus columnas neoclásicas, un espacio urbano muy particular, en cuyo centro estaba la estatua de José Gregorio Monagas (el presidente que en 1853 decretó el final de la esclavitud en Venezuela)”, escribe el arquitecto Nicolás Sidorkovs.

En aquella época, el lugar se caracterizó por ser el edificio más alto de la ciudad, el primer hotel con ascensor, y el único en poseer griferías con agua caliente. Esto lo convirtió en el sitio de encuentro de la alta sociedad de Caracas, Venezuela y América Latina.

Allí se hospedaron grandes personalidades incluyendo a los artistas del Metropolitan Opera House de Nueva York, y al célebre Carlos Gardel, quien se alojó en el segundo piso durante el año 1935.

Pero además, nuestro reconocido periodista, poeta y humorista, Aquiles Nazoa, se desempeñó como aprendiz de carpintería, telefonista y botones en este hotel desde el año 1932 hasta 1934.

Asimismo, a partir de 1942, el músico, compositor, y director de orquesta



Pasa a la pág 56

Viene de la pág 55 

venezolano, Aldemaro Romero, fue el encargado de tocar el piano en el hotel.

A su vez, el famoso economista merideño Alberto Adriani, al ser nombrado ministro del gobierno de López Contreras en el año 1936, decidió trasladarse a vivir en este hotel, donde fue encontrado muerto el 10 de agosto de 1936.

El Hotel Majestic fue demolido en el año 1949 para dar paso a las obras del Centro Simón Bolívar.

“En la cúpula del Majestic lucía un ángel tocando una trompeta ¡Lo vi caer cuando la arremetida de una bola gigantesca derrumbó el hotel! Estaba seguro de que, antes de caer, tocaría por última vez su trompeta para significar que se sacrificaba en aquel estrépito de escombros solo para hacer posible el comienzo de una modernidad urbana intensamente anhelada por los caraqueños”, escribió en aquel entonces el ensayista Rodolfo Izaguirre.

EL CURIOSO HOTEL ÁVILA

Pero, años antes de la demolición del Majestic, Nelson Rockefeller, político y vicepresidente de los Estados Unidos (1974-1977), también se interesó en el mercado hotelero de nuestra ciudad.

Rockefeller fundó en 1940 la Compañía de Fomento Venezolana, tras reunir 3 millones de dólares de capital inicial, del cual su familia aportó un tercio, el otro tercio lo dieron sus socios venezolanos (entre los cuales estaban los Vollmer y los Boulton), y el resto las compañías petroleras.

Entonces, el proyecto piloto de la compañía resultó ser el Hotel Ávila, inaugurado el 11 de agosto de 1942.

*EN LA CÚPULA DEL
MAJESTIC LUCÍA UN
ÁNGEL TOCANDO
UNA TROMPETA ¡LO
VI CAER CUANDO LA
ARREMETIDA DE UNA
BOLA GIGANTESCA
DERRUMBÓ EL HOTEL!*

El emblemático Hotel modificó la movida caraqueña pues hasta esa fecha la vida comercial y social de la ciudad giraba alrededor de la Plaza Bolívar.

No obstante, Rockefeller rompió el patrón. Su hotel de 120 habitaciones se ubicó al final de una arbolada avenida de San Bernardino, oculto entre la vegetación, y orientado compositivamente hacia el Ávila.

Para lograrlo, el magnate le encargó el diseño del hotel al arquitecto personal de su familia, Wallace Harrison (autor del Rockefeller Center en Nueva York)

Harrison decidió adecuar su construcción a los materiales locales y las condiciones climáticas de Caracas.

Según sus palabras, el hotel tenía la dualidad perfecta: un exterior complaciente con el lugar y un interior más internacional.

Tras esto, se inició la llamada “americanización hotelera” con varias edificaciones construidas también en San Bernardino: Hotel Waldorf (dos cuadras al sur de la primera sede de la Em-

bajada de EEUU en Caracas), Hotel Potomac (en este lugar fue secuestrado la estrella de fútbol italiana Alfredo Di Stefano), Hotel Astor, entre otros.

LLEGÓ EL CONDE Y MANDÓ A PARAR

Ante esta americanización, el 1 noviembre del año 1948, en la esquina El Conde, a una cuadra de la Plaza Bolívar, abrió sus puertas el Hotel El Conde.

En este lugar ocurrió una de las “venganzas” más bonitas de la época: En aquellos años en varios hoteles de Caracas (El Tamanaco, el Lido, el Broadway) “no se admitían negros”.

En medio de ese panorama, un 29 de noviembre de 1957, el famoso jazzista afroamericano, Louis Armstrong, llegó al Hotel Tamanaco y fue rebotado por sus dueños.

Tras este bochornoso racismo, algunas fuentes señalan que Armstrong se trasladó al Hotel El Conde, donde le otorgaron la Suite Presidencial y lo nombraron “Huésped de Honor”.

No obstante, otros apuntan que el trompetista estadounidense se habría refugiado en el Waldorf e incluso hay quienes afirman que tras algunas protestas, el Hotel Tamanaco terminó recibiendo “para ahorrarse el escándalo”.

Posteriormente, nació el tiempo hotelero del este. Todas las edificaciones se orientaron a este lado de la ciudad con contadísimas excepciones: el Caracas Hilton (hoy Hotel Alba) o el Hotel Humboldt (Waraira Repano). Pero, seguramente por allí también se anda fraguando más de una historia. Seguimos. ■





FOTOGRAFÍAS ENRIQUE HERNÁNDEZ

PUBLICADO EN ÉPALE N° 327 EL 09 DE JUNIO DE 2019

LAS CAMPANADAS DE PARROQUIA CATEDRAL

MIENTRAS LA MARABUNTA HUMANA BULLE Y SE SANCOCHA EN LOS ARDORES DE LA COTIDIANIDAD CARAQUEÑA ACTUAL, DEBAJO DE LAS PIEDRAS DE LAS CALLES DEL PASAJE LINARES, JUNTO A LOS RIELES DEL METRO DE CAÑO AMARILLO Y DETRÁS DE LA HUMAREDA DEL TRÁFICO POR LOS LADOS DE PUENTE LLAGUNO, LA NOSTALGIA AÚN RETUMBA COMO DEJA VÚ DE LA HISTORIA VIVA DE VENEZUELA

María Eugenia
Acero Colomine

Para la gente euro y gringocentrista, los pequeños territorios de Mónaco, el Vaticano, San Marino, Malta, Liechtenstein, Luxemburgo, Andorra y Chipre son las pequeñas parcelas más ricas y poderosas del orbe. Gente así es la que suspira y se llena la boca afirmando con fervor que Chacao es el municipio más acaudalado e importante de Venezuela. También el más “decente”, por supuesto. ¿No lo va a ser? Si Chacao es la sede de las guarimbas más grotescas del mundo, bajo la mirada consternada de la pobre Virgen de la Milagrosa (que ya se ve derruida y jipata de tanta estupidez), debajo de la antena velada de información masónica llamada Obelisco de Altamira. Para fortuna de los pobres de espíritu, Venezuela no solo cuenta con Escualilandia como referente de poder.

Con un área de apenas 0,76 km², y una población de 5.509 hab. (2009), la parroquia Catedral es en realidad el epicentro del poder central de Venezuela. Como los buenos perfumes y venenos, en ese piacito territorio, lo más granado del alto gobierno nacional y sus instituciones opera desde hace siglos. También es el espacio idóneo para comprar todo barato, donde hoy en día los viernes y sábados se prenden sendos guateques tanto en Caño Amarillo, como en el Bulevar Panteón, la Plaza El Venezolano y todos los alrededores de la Plaza Bolívar. En esta parroquia también se encuentran las sedes de algunas de las principales instituciones bancarias, y también es posible pasearse por el centro de compra y venta de oro, plata, dólares, euros y almas en el espacio que antiguamente se conocía como la

Pasa a la pág 58

Viene de la pág 57 

Torre La Francia (donde actualmente opera la Asamblea Nacional Constituyente).

El Palacio Presidencial de Miraflores se encuentra en esta parroquia. También la Asamblea Nacional (antiguo congreso o parlamento), donde hoy en día dos Venezuelas sesionan ante los ojos atentos del mundo entero. A las afueras, la emprendedora Eunice Rodríguez, propietaria de ArteAromas (y a quien reseñamos en nuestra edición anterior en tributo a las y los emprendedores de nuestra ciudad capital), rememora: “Acá frente a mi negocio, donde contemplamos este mural de Lydda Franco Farías y César Rengifo, antes había una botillería y se servía helado de sorbete. En aquellos tiempos, las familias que salían de misa, se sentaban a disfrutar de una cerveza y sorbete de vainilla y chocolate mientras escuchaban música de retreta. Ahora, la gente se pasea plácidamente, mientras comerciantes ambulantes venden chocolate, menestrones con punto, dulcitos de leche, golfeados y hasta se monta un puesto de artesanía con piezas únicas de creadores populares.

A dos cuadras de la esquina del Chorro se encuentra la casa que vio nacer a nuestro niño Simón. Aunque dicen las malas lenguas que en realidad esa no es su casa real, sino que años ha derribaron su casa natal y levantaron esa para meter el paro con los turistas y tal. Más arribita, en la Plaza El Venezolano, dicen que un loco anunciaba el terrible terremoto que azotó a tiros y troyanos en 1812, para desvanecerse y desaparecer misteriosamente tras la ruinas de la otrora “ciudad de los techos rojos”. Por esos lados, un poquito más atrás, cerca de la terminal y mercado popular de Nuevo Circo, se encuentra la Iglesia Corazón de Jesús. Esa casa del señor está hoy en día at-



estado de graffitis y pintas por la despenalización del aborto, la liberación de Palestina, y más. “Dios bendiga este negocio”, es la más contundente. Se dice que esa esquina es un espacio donde los automóviles de tipos birriondos pasan lentamente a recoger a trabajadores sexuales masculinos. Pero esos son rumores de las malas lenguas. Y cuando el río suena...

En el edificio Gradillas, cuando se suben las escaleras de noche, aún se sient-

en los espantos. Detrás de la Catedral de Caracas, y a un lado se encontraba el cementerio principal de la ciudad. Hoy en día es posible tocar la primera piedra fundacional de Santiago de León en el jardín contiguo del Museo Sacro. Ahí, reposan los restos del gran amor del Libertador, doña María Teresa Josefa Antonia Joaquina Rodríguez del Toro y Alayza (pese a que nuestra revolución actual insista en decir que fue Manuela Sáenz la que frao de su corazón). Dentro del lúgubre, pero



Pasa a la pág 59 



Viene de la pág 58

fascinante Museo Sacro, se divisan sotonas y trajes religiosos de los tiempos de María Castaño. También hay un cafecito a los lados del jardín central donde se puede respirar aún el aroma de aquellos tiempos.

Hoy en día, a la salida del fascinante Museo Sacro, uno puede conseguirse todos los días a los cotidianos de siempre: poetas, políticos, intelectuales, hippies, músicos, comerciantes, vendedores de chupetas, dulces y cigarros, tarjeteros comprando oro y la sempiterna cola de usuarios del Banco Bicentenario que pareciera no avanzar jamás.

La emprendedora Eunice Rodríguez, propietaria de ArteAromas (y a quien reseñamos en nuestra edición anterior en tributo a las y los emprendedores de nuestra ciudad capital), rememora:

“Acá frente a mi negocio, donde contemplamos este mural de Lydda Franco Farías y César Rengifo, antes había una botillería y se servía helado de sorbete. En aquellos tiempos, las familias que salían de misa, se sentaban a disfrutar de una cerveza y sorbete de vainilla y chocolate mientras escuchaban música de retreta. La coquetería y finura de las damas antañonas me apasiona tanto que con onoto estoy creando una línea de maquillaje ecológico y venezolanista, que integre las yerbas, aromas y sabores de nuestro gentilicio patrio”, concluye.

Justo por esa misma cuadra, por donde está Cancillería fue donde el pobre Vicente de Emparan no pudo con tanto chalequeo y boicot por parte del pueblo, gracias a los buenos oficios del presbítero José Cortés de Madariaga. El 19 de abril de 1810 se hallaba en los alrededores de la Iglesia de la

Merced, cuando fue advertido de los acontecimientos que se estaban ocurriendo esa mañana, trasladándose al Ayuntamiento en momentos cuando los cabildantes y otros señores allí reunidos estaban pidiendo al Capitán General, don Vicente Emparan, una definición de su actitud frente a la situación política planteada por la invasión napoleónica en España. Cortés de Madariaga en representación del clero, fue uno de los que le conminaron en tal sentido. Emparan, antes de tomar alguna decisión, se asomó al balcón del Ayuntamiento, y dirigiéndose a la muchedumbre congregada en la Plaza Mayor, le preguntó si le querían como gobernador. Cortés de Madariaga, quien había seguido al Capitán General, detrás de este, hizo señas negativas con la mano, a lo cual la multitud respondió “No, no lo queremos”. Al oír esta exclamación,



Pasa a la pág 60

Viene de la pág 59

Emparan dijo “si no me queréis, pues yo tampoco quiero mando” y presentó la renuncia de su investidura. Acto seguido se constituyó un nuevo gobierno que tomó el nombre de Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII, formando Cortés parte de ella.

En representación de la parroquia Catedral, conversamos con la cronista y promotora cultural Ángela Sánchez:

—¿Qué es para ti la parroquia Catedral?

“Me siento muy feliz de haber nacido en esta parroquia. Gracias a Dios que me dio el honor de nacer en Catedral el sábado 10 de enero de 1948 a las 12:00 pm, en punto. Me siento demasiado orgullosa y feliz porque compartí con mis padres mi infancia aquí. Mi infancia fue muy feliz y bella con mis viejos. Nosotros paseábamos por la zona: me llevaban al Calvario, la Plaza Bolívar, Pagüita. Aunque no era de Catedral, mi sitio favorito de infancia era el Parque Los Caobos, ir a montarme en los columpios. ¡Me encantaba comer churros! De cuando las churrerías que llegaron de España. Mi madre era muy coqueta y pizpireta. Yo nací en la casa de Caño Amarillo. Honrando su nombre, su color es amarillo. Mira la foto que tomé del Instituto de Patrimonio Cultural. Acá con Kike (nuestro fotógrafo Enrique Hernández), tomamos fotos. Esta casa tiene el nombre de Quinta Santa Inés. Ella era la esposa de Cipriano Castro. En esa época, esa era la residencia presidencial. Desde allí se divisa el Cuartel de la Montaña, donde duerme el descanso del guerrero nuestro Comandante Hugo Rafael. También pueden verse las casitas de colores, los bloques del 23 de Enero y un tanque gigante pintado por el colectivo Alexis Vive. Si caminas hacia Miraflores, verás la sede de Catia TV y el legendario Bar



Gardeliano, donde Carlos Gardel abarrotó a la fanaticada enardecida con su melodiosa voz. Vivíamos en la casa número 51 de Caño Amarillo. Esa casa queda debajo del viaducto que une hoy en día la avenida Sucre con El Calvario. Mis padres, Arturo Sánchez e Isolina Rodríguez de Sánchez, llegaron a esa casa en los años 30. Ahí fue donde mi viejo montó el bar-restaurant Caño Amarillo. A una cuadra, se podía divisar el ferrocarril Caracas-La Guaira. De ahí llegaban toda clase de turistas: tanto de las regiones del país, como extranjeros. En el año 1935, cuando llega Carlos Gardel a Caracas, mis padres tuvieron el privilegio de saludarlo de cerquita. Él pasó frente al negocio y pudieron abrazarlo, extenderle la mano. ¡Ese es mi orgullo! Mira mi mami como era en esa época”. Ángela ha tenido experiencia con Fundapatrimonio,

el Centro Nacional de Historia, en la recopilación de la memoria e identidad de la parroquia. Fue bautizada en la propia Catedral, la misma que retumba campanas todas las horas mientras contempla a Bolívar sobre su corcel relinchando en sus dos patas en la plaza donde bulle la realidad de nuestra nación.

“Yo recorría desde niña todo el casco histórico de Caracas con mis padres: La Plaza Bolívar. Todos los 31 de diciembre la gente se agolpaba en la plaza principal a recibir el año nuevo, cuando yo era niña en aquellos tiempos. Solía venir a visitar los cines Rialto (hoy conocido como Teatro Bolívar), el Teatro Principal, el Teatro Ayacucho y el Capitolio”.

—¿Qué anécdotas puedes compararnos de tu infancia, y otros recuerdos memorables?

Pasa a la pág 61



Viene de la pág 60

“Por costumbre, desde niña teníamos en Semana Santa la tradición de la visita a los siete templos. Así que nos llegábamos a la Iglesia de San Francisco, Catedral, Santa Capilla y Pagüita. Pude divisar cómo la avenida Sucre en aquellos tiempos todavía era de tierra. Luego en el año 1953, cuando el gobierno de Marcos Pérez Jiménez, las obras de asfaltado se llevaron a cabo. Desde que yo nací, toda la vida, el Palacio Presidencial de Miraflores ha estado siempre donde lo conocemos. Lo mismo con Cancillería y el congreso (actual sede de las Asamblea Nacional y Asamblea Nacional Constituyente). Detrás de Miraflores quedaba una avenida llamada ‘Camino Nuevo a Morena’: por allá quedaban casas antiguas, que luego demolieron para darle cabida a la avenida Sucre del Silencio a Catia. Para mí eso es un recuerdo bellísimo de mi infancia. Todo esto me trae recuerdos. Hoy en día, en estos tiempos actuales, estamos rescatando toda esa memoria. Los jóvenes y niños deben saber estas historias para que conozcan el pasado que vive alrededor de ellos, y que se siente aún en las instituciones, edificaciones, plazas, y espacios que conforman la parroquia Catedral”.

ÁNGELA DIXIT

“Se hace urgente, indispensable y necesario rescatar la memoria, los relatos, las tradiciones y las historias de nuestra bella Caracas: patria del Libertador. Más aún, justo en los callejones de piedra y aceras que vieron nacer, crecer y bullir la historia que hizo posible la libertad de cinco naciones y la independencia definitiva de Venezuela del yugo español”.

Suenan las campanas. La brisa de la temporada de lluvias obliga a los transeúntes a correr para resguardarse del chaparrón inclemente de las fiestas de San Juan Bautista, invocan pasado presente y futuro, anunciando victorias revolucionarias desde la parroquia Catedral. ▀





FOTOGRAFÍA JACOBO MÉNDEZ

PUBLICADO EN ÉPALE N° 367 EL 03 DE ABRIL DE 2020

MARZO EL PEOR MES DE NUESTRAS VIDAS

SI ALGO PASÓ ES QUE CAMBIÓ TODO. FUE UNA MUTACIÓN EXTREMA PARA LA QUE NO ESTÁBAMOS PREPARADOS, QUE VINO A TRANSFORMAR EL METABOLISMO DE LA CIUDAD Y NOS DEVOLVIÓ EL ENCIERRO DE CUANDO CARACAS ERA UN POBLACHÓN CARIBE Y CONVENTUAL, DONDE LA FIESTA MÁS ESPERADA ERA LA SEMANA SANTA

Marlon Zambrano

¿Algo cambió? No sé, supongo que sí. El otro día intentaba llegar al terminal de pasajeros de donde parte el autobús que me traslada a mi casa, y fui espantado por unos hombres embutidos herméticamente en trajes blancos, disparando desde unos armatostes guindados sobre sus espaldas, unos potentes chorros que iban barriendo las calles, las barandas, los vehículos estacionados, las paredes, y la gente.

Era lunes y no pasaba del mediodía, cuando me tocó correr y luego caminar por lo menos 45 minutos debajo de un sol opresivo, hasta que llegué a destino

con la lengua pegada al reverso del tapabocas.

No sé si es algo distinto o qué, pero nadie me quiere abrazar. Supongo que ha hecho mella la dolorosa recomendación del distanciamiento social, que implica el metro y medio de separación prudencial, el saludo rockero, el apache y el “coditos”, y la inmensa lista de encargos para que no se nos pegue el coronavirus.

Supongo que Caracas, sus alrededores y el país entero, estarán sufriendo lo indecible por no poder coronar (nunca mejor dicho) los distintos escenarios de so-

Pasa a la pág 63

Viene de la pág 62

cialización habitual con un estruendoso apretón de manos, un estrujón licuado, y un beso cercano al lengüetazo concupiscente y lascivo.

Hay quienes se resisten, torpemente, y organizan mega rumbas un lunes desde la tarde, como los muchachos de Los Palos Grandes, que armaron tremenda pachanga infectándose impunemente unos a otros, con dosis de drogas, alcohol y DJs como receta médica para el fin del mundo.

QUE NADIE SE MUEVA

Marzo, pocos lo dudan, ha sido el peor mes de nuestras vidas. No es que algo cambió, es que todo mutó estrepitosamente, al ritmo desafiante de los contextos distópicos con los que no contaba el más efectista cine de ciencia ficción: la familia en casa, higienizada hasta el hartazgo, con los hijos embotados de tareas como nunca antes había estilado nuestro sistema educativo, armados de hábitos, asfixiados de encierro, ensayando música según los quehaceres instruidos a través del correo electrónico por el Sistema Nacional de Orquestas, y los katá y kumité ordenandos por la escuela de kárate a través de videos por wasap.

La reposición de alimentos —porque la comida se diluye misteriosamente por los albañales de la monotonía— se transformó en una aventura épica. Ya lo era, pero con mascarilla y guantes, tomó el matiz de una excentricidad heroica que papá y mamá emprenden por separado, por recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Es un ir, no rozarse, ver, escoger, pagar si se puede, y de nuevo hacia atrás antes de que desaparezca la vida humana sobre la faz de la tierra, cuando despunta la tarde, y las bestias salvajes agazapadas o extintas, retoman el hábitat que les robó la crueldad del concreto.



La recomposición del metabolismo social, en plena cuarentena, incluye la alteración del paisaje nuestro de cada día: ya no hay juntadera en las esquinas, ni caminatas tomados de la mano por el parque, ni saludos arrebatados de compadres en las puertas del mercado, ni un par de birras pal camino.

Apenas la mirada vacía desde el borde del antifaz ese que nos impuso la pandemia y que rematan los buhoneros sediciosos desde las aceras, o nos vende un pana “que nos quiere mucho”, o confeccionan

las doñas del barrio que se organizaron (como siempre) con sus máquinas de coser, para salirle al paso a ese destino falaz al que, casi, estamos acostumbrados.

Nuestro nuevo mejor amigo (quizás el peor enemigo): las redes sociales. Interlocutor fiel, hermano que nos cobija, padre que nos aconseja, madre que nos orienta, la amante que nos da placer, un territorio invadido hasta la descomposición por nuestros pulgares atomizados, sobre el que depositamos fe ciega.



Pasa a la pág 64

Viene de la pág 63

Y decimos amén cuando alguien asevera que el Covid-19 se cura con tres oraciones al Santo Niño de Atocha; o que hay más muertos de los que revela Jorge Rodríguez; o que es un experimento chino para apropiarse definitivamente de los mercados; o que despertará una nueva humanidad, más justa, luego de este trance.

MÁS CASTIGOS

Rumores de golpe e invasión aderezan nuestro encierro. Más castigo: las redes, y el boca a boca, desde el rugido sordo de las paredes contiguas, nos van avisando día a día de la inminencia del fin. Es un adiós a la humanidad, a la vida como la conocíamos, y por sutileza, un supuesto adiós a la revolución bolivariana de manos de los superhéroes salvadores del planeta, que no han logrado ni salvar a su pueblo del repunte del virus en Nueva York, pero tienen la desfachatez de ofrecer dinero por la cabeza del presidente constitucional de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro, y buena parte de las máximas autoridades del Estado.

Por si fuera poco, se alían las fuerzas del mal (las visibles y las microscópicas) y ensayan ataques desde la frontera occidental, nos salpican desde Colombia, nos acechan, y nosotros encerrados sin tener muy claro cómo se hace la guerra asimétrica sobre la que ya avisó José Roberto Duque, rodilla en tierra, y tapaboca en cara.

De fondo, se oye el antiguo *jingle* que suena desde el inicio de la vida en la tierra: “y va a caer, y va a caer, este gobierno va a caer”.

Los días más bellos que se recuerden, desfilan radiantes desde la ventana. Nunca la brisa había sido tan diáfana, el sol tan tenue, el Waraira tan solícito y el calor tan benigno, como para abarrotar las calles de una Caracas imposible: sola y callada un miércoles a las 3 de la tarde.

ESTA VEZ NI ESO. SOLO FUE EL MES MÁS ACIAGO DE NUESTRA HISTORIA, Y PARAFRASEANDO AL POETA JOAQUÍN SABINA, OJALÁ NO NOS ROBEN TAMBIÉN EL MES DE ABRIL

EL INFIERNO QUE NOS PROMETIERON

Revisemos las estadísticas: la pandemia ocasionada por el elevadísimo nivel de propagación del Covid-19, ha calado en el 98% de los países del mundo, exigiéndonos mantener distancia social para quebrar la cadena de contagio. Cuidando en extremo las medidas de higiene, incursionando en todas las tareas posibles del ámbito laboral, escolar, deportivo, de ocio y entretenimiento, y manejando con mucha “inteligencia” las relaciones interpersonales para evitar el desmadre.

Revisemos más mediciones: por las redes circula al menos 2 millones de videos donde familias perfectamente desconocidas se ejercitan bajo techo; más de medio millón de recetas de tortas de auyama con pasitas; 1 millón y medio de poses de yoga imposibles para andar por casa; la canción “Venezuela” desafinada en familia 10 millones de veces; 5 millones de chistes malos (y pocos buenos) repetidos una y otra vez. Son los embates del encierro.

Así llegó a nosotros la muy temida “crisis global” que tanto nos prometieron los apologetas del desastre, predicadores histéricos, la Biblia, y madres agotadas de sus hijos sinvergüenzas, aderezado con

los más variados sobresaltos postmodernos: el cambio climático, el colapso de los mercados financieros, el desplome del precio del petróleo, oleadas migratorias sin control, la sobrepoblación mundial, la exacerbación de los fanatismos religiosos, la crisis de la identidad política entre izquierda y derecha, el fin del capitalismo y la sexogenerodiversidad.

Lo que no imaginábamos era que nos iba a alcanzar así, añorando el mañana que no acaba de venir, luego de casi un mes de cuarentena social. Apoltronados, soportando la crueldad doméstica del hogar, donde se perpetran los más espantosos crímenes de la rutina.

¿Qué comeremos hoy? ¿Cómo nos entretenemos? ¿Qué informará la allocución presidencial de hoy? ¿Por qué llegamos a esto? ¿Fue mi culpa? Son algunas de las preguntas que se asoman al amanecer, mientras la familia repasa, una vez más, la agenda diaria:

10:00 am: sintonizar VTV para las clases de Cada familia una escuela.

11:45 am: separar a los niños que ya se están dando trancazos.

2:00 pm: comenzar las tareas.

4:00 pm: yoga, rapel, training, en la sala de la casa.

4:55 pm: separar a mamá y a papá que están a punto de agarrarse por las mechas.

De 6:00 a 6:30 pm: búsqueda intensiva de mamá y papá por los resquicios de la casa. Nadie sabe dónde coño se metieron.

7:00 pm: película en familia.

8:45 pm: separar a los niños que otra vez se están matando a coñazos.

11:00 pm: a dormir todo el mundo. ▀





FOTOGRAFÍA AMBROSIO PLAZA

PUBLICADO EN ÉPALE N° 57 EL 24 DE NOVIEMBRE DE 2013

PELABOLAS ANCESTRALES

MALÚ RENDERO

Todo pelabola del siglo XXI cree haber vivido en carne propia lo que es una verdadera peladera de bola, pero hasta en eso estamos pelando bola.

La última vez que en Caracas no existió un solo pelabola padeciendo hambre y sed por falta de real fue en el año 1492, cuando comenzó el gran saqueo colonialista, y el rugido del hambre entre los indios y esclavos negros fue creciendo hasta convertirse, casi quinientos años

después, en un ensordecedor estallido llamado El caracazo.

Se quedaron con la tierra pa' vendernos la comida

Eso es ahorita, que no comemos acure por ser roedores parecidos a las ratas, y darnos grima. Cuentan que durante unas obras realizadas en el casco histórico de nuestra capital, fueron encontrados un mamonzito de esqueletos de roedores pequeños, que en vida corrieron por nuestro valle, y que

el caraqueño de antaño atrapaba con pericia para invitarlo al almuerzo.

Para el siglo XVII, la tradición alimenticia caraqueña (del que tenía real) había cambiado. Tenían reses y un consumo de maíz que había desplazado a la yuca, convirtiendo el casabe, que hasta entonces había sido un tesoro culinario de orígenes ancestrales, en el pan de los pobres. Un alimento de segunda que sólo lo comía la gentuza de las comunidades rurales.

Viene de la pág 65

Según la investigación de Mario Sanoja e Iraida Vargas, *Visión Histórica de la gastronomía y la culinaria en Venezuela*, cuando los mantuanos caraqueños, que ya habían ganado bastante real a costa del sudor de los esclavos, empezaron a obtener créditos de los capitalistas europeos, se dio un mejoramiento del nivel de vida de la clase dominante que significó para el proletariado el descenso a una pelazón de bola nunca antes conocida en estas tierras.

“La clase mantuana comenzó a importar para su uso elementos que cambiarían sus hábitos culinarios y gastronómicos”, cuenta el estudio de Sanoja y Vargas. Mientras tanto, los hábitos alimenticios de las clases populares caraqueñas se mantenían intactos. El problema era uno solo: la tierra era de los mantuanos, no había mucho espacio para que el pobre sembrara, “los bajos ingresos y los índices de pobreza crítica” alejaron a las familias de la culinaria tradicional criolla, “derivándola hacia un consumo masivo de alimentos de producción industrial, donde sobresalen la pasta, la harina pan, los embutidos, etc. dentro de una concepción alimenticia totalmente utilitaria y de supervivencia”.

DEL CASABE A LA LATA DE PEGA

Los mantuanos, los mismos de hoy en día, acabaron casi totalmente con nuestra tradición culinaria y la limitaron a los productos que ellos mismos nos vendían. Una movida rastrera que llevó a muchos caraqueños, del casabe y la arepa pelada, a la boloñesa de perrarina con pasta y el agua de bollito pa' los niños.

Los más grandes pelabolas de Caracas en la última mitad del siglo XX terminaron oliendo pega para matar el hambre, pero eso no es comida, esa historia te la dejo pa' otro día. ■

ÉPALE CARACAS

CARACAS: JUEVES 2 DE DICIEMBRE DE 1965

VENEZUELA POSEE ENORMES RECURSOS NATURALES Pero el Mejor Recurso es su Pueblo

Expresó el Senador Robert Kennedy
antes de emprender viaje de regreso a Nueva York

En el aeropuerto repartió ejemplares
de la obra de su hermano, "Perfiles de Caraje"

Senador, R. (Especial).
El senador de la república de Estados Unidos, Robert Kennedy, al visitar Venezuela, expresó su admiración por el pueblo venezolano, su cultura y su historia. Kennedy, después de una visita de varios días a Caracas, expresó su deseo de acompañar a los venezolanos en su lucha por el progreso y la justicia social.



Kennedy se dejó del vehículo, después de los grandes esfuerzos y al salir el senador había con el pueblo a repartir ejemplares de su libro de su experiencia de viaje a Venezuela. Kennedy, después de una visita de varios días a Caracas, expresó su deseo de acompañar a los venezolanos en su lucha por el progreso y la justicia social.



FOTOGRAFÍA ARCHIVO

PUBLICADO EN ÉPALE N° 337 EL 18 DE AGOSTO DE 2019

¿QUIÉN SERÁ?

Pedro Delgado

Un lujoso Cadillac negro patinaba atascado en el barrial dejado por la incesante lluvia ya amainada. El tránsito por la carretera hacia El Junquito, sector Boqueroncito, Catia, lucía algo detenido. Algunos adultos y muchachos acercados hasta el sitio del suceso: la calle, sin pavimento para la época, que sube hacia el barrio Isaías Medina Angarita. Esto ocurrió a inicios de la década de 1960.

Por más esfuerzos que hacían los escoltas y el chofer del auto, no lograban hacer continuar la marcha del viajero, quien, visto al trasluz trasero, suponía ser un importante personaje. El apremio se notaba en sus rostros. Nunca antes se había visto por allí un carro semejante. Poco a poco se conformó un grupo dispuesto a ayudar. Uno de ellos, el señor José Romero, mecánico del barrio, instruyendo a viva voz: “Métela toda pa la derecha. Dale más”. Fui uno de los que con la curiosidad en los ojos se planteó la interrogante: ¿Quién será ese hombre en tan extraño carro y con placas tan raras?

Sudorosos y con los nervios en punta, los escoltas cedieron en su desconfianza permitiendo a los adultos ayudar en la tarea. “Cuatro por aquí y cuatro por allá”, guiaba el señor José. A cierta distancia, algunos penetraban la curiosidad al in-

terior del vehículo logrando divisar el blanco y sonrosado rostro de un hombre con aspecto de preocupación sentado en la butaca trasera. En la parte delantera el chofer, junto a otro hombre con lo que parecía un radio transmisor, hacía gestos de estar hablando y pedir instrucciones.

“Vamos, a la una, a las dos y a las tres”, se dijo a coro y el auto fue rescatado. Se oyó una algarabía a la espera de una propina que nunca llegó; pero sí la satisfacción de haber ayudado al prójimo, ocasión aprovechada por el personaje para saludar desde el hermetismo del carro en señal de agradecimiento.

De inmediato, una maniobra hizo retroceder el Cadillac, virando hacia el este de la ciudad. Fue cuando las *Harley Davidson* arrancaron a toda sirena abriéndole paso a la comitiva.

Se supo luego que el senador norteamericano Robert Kennedy había llegado a Venezuela para supervisar la misión llamada Alianza para el Progreso. Un error de logística fue haberlo conducido aquella tarde al sector equivocado. También se supo que era a un barrio homónimo al descrito inicialmente, pero en la comunidad de Petare, hacia donde se dirigía. ■

MINI BIOGRAFÍAS CRONISTAS COTIDIANOS



ANDRÉS PARAVISINI

1985 lo ve nacer en Candelaria, Caracas, el 28 de octubre. Desde el vientre de su madre se adentra a los sabores, y su primer olor fue de mar al ajillo. Su niñez en Paria afina sus "más de cinco sentidos" y crece apasionado de las artes y el surf. Como periodista trabaja en diversos medios y en la revista *Épale CCS* muestra las posibilidades gastronómicas de la urbe, mientras experimenta la alquimia de sabores entre esencias y cacao. Actualmente cocina en España platos multiculturales.



ROCÍO CAZAL

Egresada de la UCV en Comunicación Social. Ha trabajado en *El Mundo*, *Últimas Noticias*, *Ciudad CCS* y en la revista *Épale CCS*. En 2007 ganó el Premio Cecodap y le otorgaron la "Orden Carmen Clemente Travieso" por parte de Inamujer. En 2015 ganó el Premio de Periodismo Aníbal Nazoa. En 2020 fue nombrada jurado de la mención crónica del Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca. Actualmente es jefa de información de Cultura y Espectáculos de *Últimas Noticias*, y escribe la página Candilejas y Aplausos en *Ciudad CCS*.



MARÍA BETANIA CHACÍN

Mutante. Sacada de las cloacas de la Escuela de Comunicación Social de la UCV. Eyectada de su paraíso tropical hacia caminos inciertos en el viejo continente. Si le preguntan su gentilicio dirá que es una mezcla entre gracitana, cumanesa y caraqueña. A sus 30 (suponiendo que leemos esto en el 2020, año inaugural del Apocalipsis) tiene muchos oficios: musicóloga, herbolaria, ciclista de pista escarpada, escritora de plaza, experta en mudanzas, activista de bar, domadora de gatos. Aunque no pareciera, al día de hoy, todas sus pertenencias caben en una sola maleta.



MERCEDES CHACÍN

Periodista, escritora, cronista, directora-fundadora de una revista dominical como su hermano Pedro, conocedora de las curvas, y de las rectas, de algunas carreteras de este país. Profesora universitaria y fundadora de la Escuela de Comunicación Popular Yanira Albornoz; editora jefa y directora del diario *Ciudad CCS*, ahora semanario; madre, cocinera (sus hallacas son famosas, al igual que su pastel de mapuey morado) y magallanera irredenta, a pesar de, bueno, a pesar de. Por ahora: sigamos.



GUSTAVO MÉRIDA

Menos escritor que ciclista, más ciclista que periodista, menos periodista que cualquier otra cosa. Caraqueño de la segunda mitad del siglo pasado, empeñado en poder hacer (con el empeño que no dan las casas de empeño) papel con fibra de cáñamo, por ahora.



NATHALI GÓMEZ

Periodista caraqueña hija de madre colombiana y padre venezolano, con predilección por los temas de la ciudad, las pequeñas historias, la luz de Caracas y las buenas conversaciones. Ha obtenido dos menciones especiales en el Premio Nacional de Periodismo (2015 y 2017) y una en el premio municipal Aquiles Nazoa (2016). Actualmente escribe las columnas 'El rumor de las bolas', en la revista *Épale CCS* y 'Caracas en alta', en *Ciudad CCS*.



FRANCISCO AGUANA

Profesor jubilado, maestro de barrio pero todero de vocación pues estudié teatro y cine en México y aquí en Caracas; incursioné en las artes plásticas a través de los talleres de grabado de la Uners Caricuao y en la artesanía textil. Cursé el doctorado en Arte y cultura latinoamericana y del caribe en el Pedagógico de Caracas pero no entregué la tesis.



REINALDO GONZÁLEZ

Nací en Caracas pero crecí en Los Teques. Mis días de estudiante de primaria y secundaria transcurrieron en los rincones tequeños (nuestro gentilicio, que dio nombre al más popular pasapalo venezolano porque nosotros lo inventamos, o eso queremos creer). Eso soy: un tequeño nacido en Caracas, parte del "monte y culebra", un dormilón y también un satélite porque finalmente terminé estudiando y ejerciendo el periodismo en Caracas. Por consiguiente, me sé todas las curvas de la Panamericana. Por ahora vivo en Argentina.

MINI BIOGRAFÍAS CRONISTAS COTIDIANOS



MARLON ZAMBRANO

Caracas, octubre de 1971. Periodista de la UCV y Magíster en Comunicación de la Universidad Complutense de Madrid. Autor de: *El San Pedro de Guatire*, de la tradición ritual al espectáculo urbano (ensayo); *Temporada de Huracanes* (poemario) y *Caracas para principiantes* (recopilación de crónicas urbanas). Fundador del periódico cultural *Tere Tere* (Premio Nacional de Periodismo 2005). Cronista de *Épale CCS* desde 2015, Premio Nacional de Periodismo 2020, y articulista de diversos medios impresos y digitales dentro y fuera del país.



MARÍA EUGENIA ACERO COLOMINE

(Caracas, 1977). Traductora UCV inglés, alemán y portugués, docente y escritora desde 1998. Ha trabajado en Radio Nacional de Venezuela, La Radio del Sur, TeleSUR, Aporrea Internacional y la revista *Épale CCS*. Talleres de poesía y narrativa en el Celarg y la UCV. Ganadora del concurso de cartas de amor de la UCV en 2010 y participante por Venezuela del Congreso Mundial de Traducción en Berlín en 2014.



JESSICA DOS SANTOS

Cronista, periodista y docente universitaria. Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Central de Venezuela. Es profesora de Periodismo Interpretativo. Ha ejercido como periodista en *RT en Español*, *la Radio del Sur*, *Épale CCS*, entre otros medios. Es autora del libro *Caracas en Alpargatas*. Fue ganadora del Premio de periodismo Aníbal Nazoa 2014, mención impreso, y merecedora de una mención especial del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, mención radio en 2016 y 2018.



MALÚ RENGIFO

Caraqueña. Estudié arquitectura y comunicación social hasta que decidí inventar mis propias formas de comunicar y hacer arte. En esta ciudad asombrosa he sido columnista del *Correo del Orinoco* y *Ciudad CCS*, redactora en *Misión Verdad*, *15 y último* y *Épale CCS*. Conduje un programa matutino en *Ávila TV*, hice un libro de crónicas llamada *Caracas Pueblo* (editorial El perro y la rana), soy muñequera, pinto, coso e ilustro, y espero en algún tiempo tener nuevas cosas que contar.



PEDRO DELGADO

72 años. Nacimiento: La Guaira. Habitación: Caracas. Educación: Esc. José G. Artigas y Esc. Industrial del Oeste. Musical: Solfeo, Pedagogía, Esc. Lino Gallardo. Talleres : Narrativa, crónica, poesía. Casa de las Letras Andrés Bello, Celarg, Casa José Martí, Univ. Bolivariana, Casa Nacional de la Historia. Publicaciones: *Últimas Noticias*, *Épale CCS*. Libros: *Amor de museo* (cuentos) *El Fantasma del Urdaneta* (crónicas).